

IDA Y VUELTA

DE

D. QUIJOTE



J. SINGLA

T. II. *Alguacil (Jose)*. Vida y muerte de Don Quijote, con un comentario de Mario Verdaguer de Traves. Palma de Mallorca, Balears, 1916, en 8.º, 214 páginas.

Escrita con colaboración del Quijote.

Ida y vuelta de Don Quijote

IDA Y VUELTA

— 22 —

Don Quijote

POR

JOSÉ SINGLA

(CON ILUSTRACIONES)

DE

MARIO VERDAGUER DE TRAVESÍ



PALMA DE MALLORCA

EDITORIA DE BARTOLOMÉ TUTTMAN
1910

En representación del:

LIBRO PRIMERO



CAPÍTULO I

De la llegada al nido mudo de Don Quijote de la Mancha
y de su escudero.

En casa averiguada, sin de pocas sabidas, que cuando Sancho Panza por el día por el día mudo encontró al don Quijote que «esperaba», y juntos siguieron por aquel camino estrecho y triste, por aquel a verda desconocida y escueta. A la era nos empuja la muerte.

Así anduvieron bien rato, y ya separados de la emoción y sorpresa que les causara el encontrarse, fueron recordando lentamente á aquel apercibido donde el camino se divide; apareciendo á la derecha una senda dilatada y hermosa, en el centro una plaza amplia é incommensurable, y á la izquierda un camino construido y preñado.

Don Quijote, dirigiéndose á Sancho, le dijo:

—Amigo Sancho, esta es la última aventura que nos espera, aventura que no es de lasas sino de enver-

fuera; y lo de menos sería salir de ella por buenas razones si los lleváramos todavía; sueltra de indole eterna en la que de nada nos serviría la fuerza de brazo la rebeldía de ánimo, ni la sabiduría de ningún encantador.

Ahora que con el reposo y sosiego de la tumba he recobrado a go de mi juicio, veo que mis acciones dejan mucho que desear, a pesar de que yo creaba el bien y la verdad; parece los medios que yo empleaba no eran buenos, aparte del orgullo que me dominaba.

—Si así os juzgáis vos—observó Sancho—qué deberé yo decir de mí, bellaca, glotón y helgazán, costal de melicón y sacn de realidades cuando todos mis actos eran examinados por si la gloria de Dios o del diablo, en el bien de los hombres o de ningún ser, eran por suavemente a mi mayor provecho. Allí mi robusto cuerpo debía fuer liador, y 'os pades y millones, 'os pelleros y 'os sabores, eran como intereses en crédito cobrable. Pero ahora ¡m espíritu será tan fuerte en esta nueva aventura?

De esta manera empezaron don Quijote y Sancho sus 'ameter nes y exámen de conciencia. Allí fué el enumerar los paes dados y los recibidos, los hechos llamados y los sueros hecos, los laceros regaridos y los no echados, las verdades enseñacax y las mentiras apadidas, y el velar los castaños con rebuscadas paruras. Allí fué el maldecir de la espada, el escupir sobre los héroes armados en el y un razonador impropetico y lamentar e sobas de misas ay y te to de virindas. Allí el miedo en urn y el lemar en el olin quíntaesencien en sidicón ten destrozados héroes. Allí en fin, vió el hidalgo don Quijote que su espíritu era humilde, y que también era ineninto el ne hidalgo de Sancho Panza, y que la sabiduría de sus favañas ocas, corria parejas con la toia de las de Sancho.

En estas y otras interesantes menudencias tiempo indefinido emplearon los dos héroes, hasta que irreflexos y expulados por repentina multitud de espíritus aereos, que, también iban viniendo, llegaron á la planicie.

Este lugar, inmenso como la superficie del mar, era la plataforma del cielo, sílice nebulosa á donde bajaban celestiales habitantes, subían ángeles y se arremuchaban dioses nómades. Allí alternaban, en confusa muchedumbre, ángeles con alas y sin alas, dioses de estro largo y cuerpo no carnal, gnomos cerrados y zaheridos, estirios anidos y con las y hircas peladas y hasta algún santo y bendito, tirado de veinte cuerdas.

Apenas fué calada la llegada de los dos héroes, un rumor confuso de curiosidad y asombro de, se oía, y despertó el interés general para conocer á simple que se esperaba.

Así que San Pedro y Salen hicieron avisa de la llegada de don Quijote y Sancho, fué descargada de sus archivos eternos el proceso quijotesco y legadamente revuelto ya que tales héroes, por su condición eterna, eran bien conocidos en el Cielo, en el Infierno y en el Olimpo.

San Pedro llamó á consejo á varios magister celestiales, y así por vez de dejar de ser uniformes, ángeles bien, ser adios y confusos. Unos apreciaron los sentimientos y pasiones de los dos héroes dignos de recompensas; otros negaron en ser administrados en el cielo aventureros de tal sedric; culos afirmó que a se ciega y enemiga de heterodoxia, por e los tan é bier profesada, era cosa por si sola ya meritoria; otro dijo que a credulidad en a cosa de pura mérito y así lo tubo que abogar con estufozo para que los calidos y religiosos caballeros no dejara de ser admitido aunque fuera que ser eternas en e plegado; pero así sin su maligna compañía.

que se detuvieran, y con ademán descompuesto gritóles:

—Volvens atrás, En el Cielo ya queremos estar, ni nos hacen falta los tesoros de los mares, ya tenemos bien vertebrados.

Ante aquella inesperada repulsa Sancho y don Quijote retrocedieron e inclinándose dirigiense hácia la izquierda, cuando apareció Satán y, con voz roncadora y fuerte como un trueno, les dice:

—Desfereza. Tampoco en el Infierno queremos desequilibrados.





CAPÍTULO II

Don Quijote y Sancho entran en el Olimpo

Rebeldes del Cielo y no admitidos en el Infierno, reducidos los dos héroes de esta parte alá alzan la voz enojosa, echando en todo iridos lados, y con dolo intentan de que sea muestra su elociente malismo, hola el Olimpo se encaminaron.

Desde que el señor de la nube se mantén suya la llegada de don Quijote, experimentó singular emoción, entre la que adquiere el que era de ser un deseo cree la ser un medio de satisfacción.

El Dios del Olimpo estaba triste. A la en los primeros tiempos «silectos» todos sus caprichos ocurrióse una nueva «fente» en garas por ser la Verdad.

Era esta cosa la más bella y discreta de cuantas había, le estaba el al exreplueda, y por la misma en le podía pertenecer, lo cual entendía, mayormente en su ánimo el deseo, iba ella toda cubierta y al bien se «adivina».

ban sus hermosas formas y resplandecía el singular
 fulgor de sus ojos no podía conocerse loán su sér.

Júpiter bebía por ella los vientos, se menea por sus
 pezones, y deseando comérsela desnuda y air vele perió
 conseguir é a fuerza lo que no podía de buen grado.
 Pero no le consiguió, porque ella huyó del O'mpo y tr-
 devía es la hora en que ha de volver.

Desde entonces se veía allí la alegría y el encanto
 de sales y aciel a marañón no se parece ya á un cielo.

Los príncipes magnates pusieron á entibiar de sus
 propios legeros para descubrir á O'mpo la alegría per-
 cida. Magos espelúsimos vacieron los pozos de sal cen-
 ría y se quemaron las pestiñas para en verles á lier
 de algo que les sirviera en aquel negocio. Venus extramó
 sus carlines, el Amor sus lavaseras, los Niños y Gra-
 cias sus finezas, y Baco refirió sus cegías... pero Júpiter
 no se alegraba.

Las musas nítreo en sus pechos más lemosos, lego-
 nes de bulones en concursos salubísimos perturbar lo
 más gratesco de su repertorio á eran sondeces y lante-
 rias, hicieron gorgineadas y estupiores y expeciaten tes-
 tualdades y ünñerías... pero Júpiter no se alegraba.

Séñores eruditísimos dieron á conocer las más extran-
 gantes adiciones. La Risa, er fin, apñueró la erasión
 de ser útil á su señór... pero Júpiter no veía.

La diosa más famosa por su volupinosidad no tuvo á
 meros el ofresco á su señór con un repertorio de reli-
 radas sensualesidades que comprendía murtre nímicos...
 pero Júpiter no se reforilaba.

Aceptáde como buena, o'idea de admitir á pñue la
 receta que propuso a mayor ga'ero, preceeder de todas
 las correías del arir de curer per'ledes les precedim en-
 los; unarle al señór el omb'igo con puma de pavo real
 unjada en sargre de uca rinia virgen... pero Júpiter no
 se innulaba.

Creyó Júpiter, por otras razones, sea a sus deseos
arrancarse y empezar por imitar a Baco y engendrar por
semecar a Marte con tantas conquistadoras y guerreras
entre otros mundos.

Cual alze *Judín errante* quiso andar hasta encontrar
y tener a la Verdad. Esto hubiera hecho empezando una
serie de andanzas por los caminos del Tírrenos y de ello
no le diera de desistir uno de los pigromantes olímpicos
nada temerosa quien consultado al caso, afirmó que la
Verdad era exásped del planeta terrestre y que sólo al-
gún héroe humano que quisiera vivir en su buena, pu-
diera hallarla.

A todo héroe que, no adalido en el cielo o infierno
por insubordinación, en bondad o malicia, prefería en vez de
entrar en el purgatorio, ir al Olimpo, en donde eran ad-
mitidos si sus hazañas loerna célebres, Júpiter propiamente
llevar a cabo la empresa, premiando las mayores re-
compensas. Pero en vano entre los poetas héroes que a
ello se ofrecieron, no encontrándose ninguno cuyos cualida-
des fueran apropiadas al caso, o que con ellas fuera va-
luminbrada la esperanza de éxito. A unos se les la falta
valencia pero sí energía y ciencia; a otros les sobra el
exceso de credulidad y fanatismo; tales eran necesita-
dos de fortaleza y los más eran vanos y presumes.
Hubo quien observó que tal cosa en el terreno era ec-
cepcional; pero añadió que aque la hazaña se cubría y re-
volvía en las ropas que era imposible el éxito que se
claramente de otras divinas talens y entusiasmaba que se
revelaban por las hazañas con dioses sí, y en tal
tempo al fin de que el regreso de la Verdad co-
mo del mundo humano, preste al los humanos como eran
a Verdad, serían insalvables por lo que, en tendrían
rutas dadas y deseos que son fuentes de la vida, y por
tanto la humanidad sebaria por desahucio y morir.

Cuando llegó don Quijote a Olimpo, lo que se halló a
 har los olímpicos al inmortal emprendedor; así es que
 Júpiter, al tener de élle noticia, se alarmó en extremo
 pensando que aque héroe, desde sus alcázares, tal
 vez estaría en mejores condiciones y de más de lentar
 la tierra.

A penas don Quijote y Sancho, llegados a la real pre-
 sencia hubieron tendido homenaje, ya Júpiter habiéndose
 del encarguito y esfuerzos del caso.

Admirados quedaron saber y encender de la nueva
 aventura, sobre todo por la clase de ella, no leida ni co-
 nocida en libros de caballería.

Después de varias observaciones que hizo Sancho,
 de preguntas y consultas que hizo don Quijote; bien por
 temor ó esperanza, por vanidad ó vanidad, por la
 empresa prometida, bien por desconocidos motivos,
 lo cierto es que los dos héroes empezaron con la empresa
 de averiguar si la Verdad se hallaba entre los humanos,
 y á ser posible conquistarla.

Luego de saber que ya se había encontrado todo un
 hombre, desahogado a alegría en fiestas y regocijos
 celebrados en el Olimpo desde hacía largo tiempo.

Pruebas de aprecio y simpatía, de admiración y en-
 daga y de toda diversa guerra, recibíéndolas sobre hé-
 roes. Nada hubo que dió por tres á Sancho, y dió a
 don Quijote; y hasta la Sabiduría dióles en-
 tanzas y consejos de inestimable valor.

Entre tales regocijos mena la Historia unas fiestas
 famosísimas que existieron nada menos que en la re-
 presentación de la vida de Quijote por la mayoría de los
 más célebres personajes que existen en el Cielo y en el Infierno—
 por gentes alluecas, fiestas celebradas con dura-
 ran muchos días, y en las que la Mancha y el Tiohoso.

Rezarle y al rito a, fueron sup'ides por cosas agénie-
ximas y hasta apropiadas.

Flebas de lo o memóla, ee os que se repit eren las
bueas endanzas y élasazern eñeramente las naas,
pues Sancho consintió en repel r su comedia beerna,
mientras os aaduezas, palca y bontezas fueren no si-
mu ados. Al l supid Merlietnes—que todavla estaba en
el Purgatorio—una rida muy salada y apelinza, y ro
meras inger'osamente se portaron todas las demás. A l
fueron puerada como en triunfo por todas las émbitas
de a mansión de este, recibiendo homenaje y larmárde-
le corte de herar eñilleras ardientes; ro bailado en
parrera d en representación Amadís de Gaul's, don Re-
vania de Orada, la señora Cr ahe al Gardalla y demás
gent eato lezesa. Al l os Be les Artes tra eren de num-
w eñezes y aumantaras indas'as belezas y lilipitanas
que sus la enla espezieren por e muno, leyendo de
nueva para ambas éreces, nupz yala lmeria. Y, en
lle, hasta se repit osaron eñeradas pleanles y de todo
eato, er'es que e guio dioses temadrnn A lra des
éreces, obigándose a Merle l'ert de Qiliale y A Raco
de Sancho Parza, y de Ulcinea una diosa digna de e la.





CAPITULO III

De las cosas que del Olmeca averiguó Don Quijote
y de otras interesantes.

Ni las fiestas o impicas que en honor de los dos héroes se celebraron, ni las demostraciones de aprecio que Júpiter les hizo, ni los favores que dióles y dióles a premia se esforzaron en prodigarles, ni ellos muchas merceden-
cias que fuera por lo de estar merecen poca de la gran-
tancia comparada toda ella con la inmensidad de las co-
sas que del Olmeca averiguó don Quijote, y de las ense-
ñanzas con que le enseñó a Sahidra.

De entre ellas seña a la Tlaxcala todo le siguió la:

El Olmeca había progresado desde que Marte hubo
deseruido en calcomaria. En guerra al día ya se había
hecho innecesaria, porque la fuerza había cedido a puer-
la y la razón, y aquel dos llenaba ya sólo las líneas de
paciencia.

Los inmortales que debían sus puestos a la expedición

lucían de ellos remosidos. Era cosa sorprendente ver héroes de la altura de Alejandro Magno y Aníbal hacer de peñascos, y puentes vacantes de *guindillas* olímpicas reservados para héroes de «*guerrillas*» de Napoleón.

No se crea que la gran revolución fuera realizada sin obstáculos y protestas. Hubo entre la, célebre héroe *terrestre*, una, llegada al Olimpo protestó cada día porque sus proezas eran interrumpidas con sólo que las gris policíacas. A su protesta siguió un ejemplar castigo: se le condenó por largo tiempo a sólo *entrenarse* de cráneos martirizados y piléas vergüenzas de los mundos destruidos.

Desde que Júpiter, empujado de la Verdad, llenaba su ausencia, pasó en su recordación, estudió y examinó la vida y milagros de infinitas razas, las proezas y hazañas de héroes, las habilidades y acciones de incógnitas genios, los descubrimientos y estudios de muchos sabios, las lecciones y deducciones de innovadores inventores, las obras y producciones de literatos y artistas, los sistemas y utilidades de filósofos y matemáticos, y en fin, toda la grande *historia*, para llegar a conocer de entre todo a esta hermosa criatura, era de mayor mérito y podía repartirle mayor utilidad y ayuda.

De tal examen conoció lo equivocado que estaba en el concepto de herencia, al otorgar a un puñado de hombres guerreros, en segundo de excelencia y talentos y en el útero a los sabios y pensadores.

De los primeros a quien se otorgó a Júpiter para la empresa de su deseo, legando así a tener un era feliz aquella de que:

«De héroes a bardido
sólo me a la finura...»

De los segundos tampoco hizo quien se ofreciera; y entre los últimos a penas halló a quien que se creyera con fuerzas para «Hó».

No entre en demás héroes no pertenecientes á una casidocidad deformada, sólo una parda, bajo excepcionales condiciones y simultáneamente con don Quijote á ello se prestaron. Excepcionalmente, pero entre ellos tenemos la Histórica y Píngles, Tristán, Emilio, Hamlet y Arquero.

Júpiter decidió por don Quijote—á pesar de sus notables guerras, esta era recomendable—por considerarle, junto con Saccho, el héroe más completo y más genuinamente humano, por emprenderlo y anhelo, por haberse ofrecido incondicionalmente y por ejercer de excepcional importancia la campaña del ascenso.

Una vez todo decidido, Júpiter recomendó á la Sabiduría la instrucción y pillaje de otros héroes. Por la sabiduría—desde la revolución memorable—la verdadera guerra del Olimpo, parece tener dominado por completo á Júpiter. Ella era su mejor amiga y más buena consejera; y si no le atraía con las redes de la volupia, la reñía con otros no menos fuertes y más duraderos á la discreción y prudencia. Ella pues, cumplió con aquel deber impuesto por su cuenta á don Quijote, y dijo entre otras cosas lo siguiente:

—Sin duda reconocemos á todo la hazaña que vais á acometer, y no habéis meditado sobre su trascendencia é importancia. No es, no, reñar el peregrino é gargar y colomar, despanzarras ni andres de hacer esfuerzos y proteger doncellas. Todas vuestras proezas y las hazañas de locos locos héroes no valen ni sólo no comparadas con la que supone el trabajo de buscar y hallar en la tierra á la Verdad. Ella es la peor que encontrada sólo el conocimiento es trabajo, también y es prometedora de la vida útil. No es a fuerza de brazo, sino la de ingenio y claridad de entendimiento lo que necesitáis, ni la animosidad y valentía de cuando sino la rectitud en la voluntad y tiempo en los sentimientos.

El camino que conduce á las verdades en que sue-
re refugiarse aquella beldad, es harto difícil y oscuro; y los
medios de que podéis valeros, sobradamente mezquinos
y equívocos. Encontratela, sí, dioses y ninfas que se pa-
recen á la Verdad por ir cubiertos con el mismo ropaje;
pero es engaño.

La Verdad científica—que se le asemeja mucho en su
figura—es una de las que pretenden pasar por la auténti-
ca, pero está lejos de ella: porque sólo conoce lo que le
enseña la experiencia y lo que le descubren los sentidos;
pero desconoce lo ultrasensible y todo aquello que se
halló fuera de su alcance.

La Verdad religiosa—otra muy parecida—es la más
consoladora si además de dominar el corazón no domi-
na el cerebro, pero al ésto prefiere valerse de la razón,
serela presa de la duda, porque en las religiones, las ver-
dades más sublimes van envueltas en mitologías y simbó-
lismos; por lo cual su principal apoyo, la Lengua dogmá-
tica, fluye de pretendida ciencia algo más que de real,
por la débil de sus cimentos—el parecer de la razón—,
con la pretensión de que cada una de ellas está en pose-
sión de lo verdadero, estándolo las demás de lo falso.

Otra confundida, es la Verdad filosófica, la más pre-
suntuosa y menta rabia de las tres: la que más se enva-
nece y la que menos progresa en la adquisición de cono-
cimiento, y la que más caro hace pagar sus oráculos.

Cada una de ellas vende y pregona sus teorías y sis-
temas como panacea universal, como remedio infalible,
como suma de lo cognoscible.

Si del camino científico para encontrar la Verdad pa-
samos al de las Artes, todavía os será más difícil hallarla.
A ella, si no se escabde entre las diosas sabias, menora la
hallareis entre las niñas artísticas. El arte se nutre más
del corazón que del cerebro, de las ilusiones más que de
las realidades, de lo falso que de lo cierto.

Los Mozas, por lo regular, tienen más de locas que de cuerdas, generalmente cesan la ilusión y la voluptuosidad, el amor y el éxtasis y la fuente de el verbo son las pasiones. Hay quien de ellas se confesando ingenuamente por boca de cierto famoso poeta, que la Fuente tiene mucho más de lírica que de aristocrática. Casi todos los poetas de los géneros profanos, en cuanto á telería—d sea fuerza orgánica de verdad—no pasan de medianías, salvo aquellas que más que poetas son filósofos en verso. Los por es privilegiados de todos los tiempos, han estudiado y buscado la explicación de los fenómenos de la vida. Por eso es mayor la importancia de la ciencia que la de arte, toda vez que este sólo busca la parte estética y por igual motivo, «Heme a Verdad, en los cielos, en los mares y en los montes, en las más escondidas y más secretas y en las más altas y más nobles de las cosas».

Nada os digo de los demás vicios y caminos que se os ofrecen en ayuda de la empresa. Si en aquéllos, los principales, hay deficiencia, imaginad lo que habrá en éstos.

Aún que mi ánimo se me de desquitar de vuestra gratitud, os por no debo dejar de hacer las oportunas observaciones que debe ser dadas. Son ellas hijas de penitencia y buen deseo, y tal es su dirección sin de guía, de razón para evitar las mayores obstáculos.





CAPÍTULO IV

De la que vend a lectos

Agradecidos a la Sabiduría quedaron don Quijote y Sancho por las observaciones con que los enseñó. Pero deseando conocer los secretos de Universo lo interrogaron sobre la Creación, el origen del Hombre y de los seres en general.

Adulterando la Sabiduría que todo ello era un misterio que era fecho de serlo para el Creador.

Para no rebalsarse — dijo — daré a conocer a Ilusión de existencia, dos expensas sobre la Creación, tradicionalmente conservadas, en las que se resuelto algo verdaderamente por las débiles algarías.

Idé aquí la primera:

Mec éncien en el espacio, cual nube impulsada por el viento, y en aparible suñen estaba a Cierla creador cuando despedido: quedó pensativo y luego exclamó:

—Ella es que de esa monotonía sublime pero s encicla, brete la actividad, el movimiento y la vida.

Y nació con resolución: Nacer al Tiempo, la Materia y la Vida.

Nacieron y crecieron el primer día.

Tiempo, Vida y Materia presentábase ante su Señor, quien después de ser adorado dijo:

—¡Oh, Tiempo!

Todo le sabrás, todo le describirás, todo le medirás.

¡Materia!

Todo lo llevarás.

¡Vida!

A todo darás el ser y sin ti todo será muerte.

¡Es, pues! Describidme vuestras potestades facultades.

¡Haced algo grande y portentoso, digno de dársele á Nos, vuestro Señor.

Toda aquella noche—que duró millones de años—tan- to el Tiempo como á Vida y á Materia entregáronse en febril actividad á cumplir su cometido.

Al día siguiente se presentó el Tiempo ante el Creador y le dijo:

—Cumple este tu mandato. ¡Vé á la cámara del Universo, mira, observa y juzga!

Va el Señor y sorprendese al ver la hermosa de estrellas á bóveda celeste, azul desnuda y ahora tan llena de maravillas. En medio del Espacio y sostenido sobre un globe de air y de fuego ve al Dios Pan tendido la faja, á cuyo ser, mundos y monjes de brillantes colores giraban y cantaban en impetuosa y veloz movimiento. Coge el Creador el antejo de la Sabiduría—por el cual conoce y ve el pasado, lo presente y lo futuro—diríjale hacia el y estremécese de admiración. En cada uno de aquellos mundos, como por lo pegado á un baln de cañón lanzado al abismo, habitar multitud de seres organizados y vivientes en inmensa variedad y número.

Señalaba el Señor de la lota de sus brazos alertos,
 con ánimo de recompensarles, se dice:

—Pedidme una gracia.

Contesta a Vida:

—Señor: Ya que las aires pobladorez de estos mundos
 son mortales, como salidas de nuestras manos, há-
 moslos a un concurso y a los que sean de la agrado, con-
 cédeles la inmortalidad.

—Sea, —balbucea el Señor.

Dóblase las campanas de la torre que en la cima del
 último cielo se levanta, y los quejidos y ronc enstruendo
 del bronco herido resuecan en el espacio. A esto señal
 los danzantes y pobladorez mundos se dirigen a aquel prin-
 to y sus habitantes desembarcan.

En medio de uno de los hermosos é inmensos jardines
 del último cielo, sobre un tróco de piedra de diamante y
 circundado de indecible aparato, hállese Jehová. En oro
 de plata y a sus piés están el Tiempo, la Vida y la Mate-
 ria, rodeado de servidores de orden inferior.

De pronto las grandes puertas del jardín, como dos
 moxles de bronce, giran y dan paso a los concursantes,
 quienes, á medida que entran, van colocándose en distin-
 tos puestos, según su categoría é importancia. En los pri-
 meros asientos, entre gran multitud de seres, desquellan
 Júpiter, Neptuno, Venus y Baco, habituales del Olimpo;
 Apolo y Cía de los Tenedos; Ence y Helena de la He-
 neraida. En otros más interiores aparecen Isis, Osiris, Be-
 lis y los Silfides del Pandemonium, los Titanes de la Trá-
 cia y las Furias de la Quimera. Entre los últimos se ve á
 los Uranios, Morclabos y Adán y Eva, de la Tierra.

A una señal dada, levántase la Sabiduría y dice estas
 palabras:

—Llamado os ha el Señor para daros una prueba de su poder y desgraciadamente El que Es, se ha dignado llamarnos al sólo impulso de su voluntad, y conceder la inmortalidad a que de vosotros salísíaga esta pregunta: ¿Cuál temple de os que vosotros habitáis es el más digno de ser su templo?

El que de vosotros salísíaga le interrogado, á manera de contestación, coja ese fruto,—y señala con el dedo un hermano goliote de oro que, fabricado por los Espérides y entre hojes de esmeralda, pendia del árbol de la inmortalidad, plantado en el centro del jardín.

A pocas horas pronunciadas las anteriores palabras, todos aquellos seres, como impulsados por un mismo deseo iban á abalanzarse sobre aquel fruto, pero el temor de encontrarse cada uno de ellos las manos de todos y en el codiciado tesoro los delos.

Una nueva lentitud y el mismo temor les vuelve á detener.

Iba ya á declararse desleria y confusión, cuando Pua, aprovechándose del temor que embargaba á sus compañeros, arrojando en deseos de excitar la avaricia de y envidia, é incitara por las miradas expresivas que le dirigían el desvelamiento y la presunción, se levanta y, apoyada en el hombro de Adán, suena tristemente en mano temblorosa de emoción coja la fruta, la prueba y ofrece de ella á Adán.

Un hercúleo grito de indignación y de envidia, lanzado por millones de seres, hace estremecer las columnas del firmamento.

—¡Nosotros, habitantes del hermano Olimpo, quedar inferiores al hombre!—exclamaban unos.

—Nosotros, pobladores de grandísimos mundos y seres más elevados que esos estúpidos de Adán y Pua, ser despreciados!—repetían otros.

— ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Jamás! — Gritaron todos.

A tal punto sufrieron e despecho y sed de venganzas contra Arah y Fua, que Júpiter iba á lanzar sus rayos. Neplura exhortó á todos á Taldemle amenazaba castigarlos, cuando de repente se dirigió Pan, que, encaramado sobre el Sol, su tronco contemplaba aquella enjambreada de barcos y barcos u últimos nidos de enfilas. Al parir los mundos que, agitados se empujaban en las alcobederos de las pueras celestes, empezaron á agitarse los concubios, á verterse y adiverterse de cenizas, huyen con pavor y se apresuran á embarcar por temor de quedarse en aquel sitio y danzando, danzando, en el mar.

Desde entonces la Tierra es última de la venganza de que los vultures. Júpiter descarga frecuentemente sus enfermidades rayos. Los Furios desencadenan tempestades y tormentas. Vientos y las Si flices benar de vergonzosas enfermedades á la Puerilidad. Poco se ha de adorar como un gran dios. El Dolor y la Muerte hacen presa en las hijas; á infirmitad y a capullos borlones y de contradicción pululan por el espacio atiborrando los aires á las aperturas para rayar á los hombres, dominarles é inspirarles á locuras y excentricidades, creando en á crímenes.



Atiende a este:

«Una vez á guisa de ángeles de aquellos que luego descendieron á dioses — ya á través de entendedes — penetraron en el liberalismo donde el Cienno creacion guardaba todos los ingredientes para hacer mundos. Allí había embriones de soles, semillas de lunas, esencias de vidas, espíritus de seres, esquemas de mundos y multitud de cosas más.

Parlo de todo en él, mezclando en ligantesca mermita, en celda sobre luzbre iraxi aguable, que más tarde serviría para el calderón, en reselle acompañada y maldiciéndole por el revolvimiento con el uno, y de estas sáblas combinaciones resultaban creaciones perlasas.

Uno de aquellos alreudse le propuso a sus compañeros imitar á su señor, o que lui se obrado.

Primariamente examinaron ludo aquello con el mayor asombro, luego se alresiprar á tocarlo y a llin la revol- y en todo. Luego enjeron una mermita pequeña y en ella cada uno arrojó un poco de as mil y mil ingredien- tes que enenizaron. Allí mezclaron y confundieron los plomeríos del bien y del mal, de dolor y de la alegría, de la tristeza y de la hermesita, de la atnagacida y del agrima, del culce y de lino; revolveron los principios de la unidad con los de la caxa, de espíritu con la ac- ción y lingo, concluyendo cómo se mane brebe a las impetencias y los deseos la grandeza y la pequeña, la vida y la muerte.

Para completas la cosa y ayudas es en la tierra lene- ron del O. dre al Atre. En la tapaz enjón un frasco verde que lino el se ha labu en un alceda, verlé por com- pleto en la mermita y meose en ludo llin.

Por eso se explica que a más sea á veces un conre- sion irrelclado de muerte además de ya ser verde y suelo.

Hecha la operacida, dejón enlirar y con aquellas pas- sa he eron más bellitas que lban volando desde el cie'o, nalladas sobre el abismo sin lende.

Cada una de estas brillas con el tiempo figeróse y ludo el mundo.



CAPÍTULO V

Del principio de la Historia de las Saturninas.

Antes de partir don Quijote, uno de los magos principales averiguó que si la Verdad, no se hallaba en la Tierra, debía hallarse en alguno de los mundos habitados por seres iguales á los humanos, ya que no había posibilidad alguna—por motivos sólo del Creador excusados—de que se encontrara en los mundos habitados por espíritus y seres de naturaleza superior á la humana.

Ahora bien. De entre los mundos habitados por seres de naturaleza igual á la humana, sólo había dos que se estaban en Tierra y un astro pareció á un planeta—Saturno, indudablemente por lo que llamaremos saturninos á sus habitantes.

De los demás astros, unos estaban deshabitados, otros tenían que hablarse todavía y los había que empezaban á serlo por manifestar precursores de seres iguales al hombre.

Por eso para enseñar a Sabiduría a con Qujote y Cructo, hicieron un viaje por aquel país. Así lo reso vieron antes de volver a la Tierra.

Condenados, agraceridos, sembrados y bendecidos por Júpiter y la Sabiduría se enramaron al nuevo mundo.



No dice la Hístia a lo que reueló a nuestros vécees ni haberse con los saturninos, ni si entre ellos induraron la Verdad; el bien es de suponer que no induró, porque hubieran apresurado su regreso al Olimpo, caso que se efectuaron. En cambio, trae un resumen comentado de la Hístia a los Saturninos que a pesar de ser incompleto, es interesante y necesario para esta narración.

Dice así al hablar del origen de los saturninos y de su historia antigua.

Los saturninos son seres iguales a los habitantes de la Tierra puesto que proceden de la misma casta.

Los saturninos fueron creados también por un Acan y una Eva.

Un día el rapto Amor y un ciablillo, acercándose al país en habilitado por los primeros padres de los saturninos y los hallaron seriados sobre yerbas y en tener nada. El ciablillo dijo a su compañero:

— Parece que estos dos imbéciles se aburren.

— Hagámosles comer morzotas y tal vez se alegrarán almorzando el Amor.

Los comieron, desdoblándose un manchar y cuando los hubieron probado tuvieron más ganas de ellas. Por lo cual fueron maldecidos.

Por lo visto si era eran de buen cien Evas, cuenla

Además cometen matanzas, aún que son prohibidas, merced a no dejaron de ser salvajes.

También varían en Culin y en Azo. No dicen a Huelo el leñar que es hombre y a Ate' su muerte era una quijada de burro; pero, sí, se sabe que Culin le mató.

Igualmente hubo necesidad de buscar luz de fuego y de agua; pero los salurninos no se acordaron. Quedaron la y volvió a halarle la naturaleza en aquel mundo.

No salió un pueblo ejercido, parecido al de la Tierra, pero no tan alto y marfilado. De él nació su Redentor, hijo de Dios y de una Virgen. En esto no están conformes todas las naciones, pues—al igual que los humanos—algunos muchos que el Jesucristo es único hijo de Dios, su Madre, a quien reina de los cielos y los principales magos celestiales, se pretenden, son de origen salurnino; otros dicen no están en que fue un milagro.

Los salurninos han crucificado a muchos de sus verdaderos redentores y es posible haber llegado a muchos más; y a cruz es también símbolo de sacrificio y de amor y es a insignia de cristianismo salurnino. Pocos los primeros apóstoles no salió un judío, y hubo otro que lo hizo por para llegar a serle.

Por tanto, fueran creencias para el mismo fin que los humanos y tienen igual origen.

Como son iguales comen y beben, tienen necesidades y miserias; nacen y mueren, sufren y gozan y se disuelven cuando pueden.

Los salurninos en su infancia fueron guerreros, y los más fuertes y valerosos vencieron a los débiles, sus enemigos, y se multiplicaron. En la edad adulta con multitud de cosas y propiedades sus cosas con sangre salurnina, y cuando se oydaron de su primer Dios, por necesidad de adoración, celebraron cinco nuevos. El único modo de acausar el poder y a gloria era a guerra; el único bar-

donde los héroes la conquistaba, y en donde en demás no le-
 nian nada que valdara á los primeros humanos, pues se
 criticaban tales re señamientos á sus acciones, eran alien-
 racas á comerse unos á otros y á propiedad idé galit-
 morio de más fuerza. El amor, el dulce amor, el amor
 amor universal, el amor de sempiterno, el amor de
 la naturaleza, el alcahuete y referador de la vida, es
 el mas firme en los sentimientos, suelo é inquietable,
 agudo y ciego, culto y ridículo, travieso y erguido,
 trae el cetro del placer entre el de la guerra, mata y crea
 vida, cruce a é hacha por las manos, las cosas d'alguna,
 le hembra en ondas ó sacas, guapa é lega y abre don-
 delas. Por manera que la lucha por la existencia y por
 la vida se constituye en una agitación en Hércules.

La educación culta y envuelve todo a qué se refiere
 los períodos de formación en la esfera de la vida orgá-
 nica y de la comprensión inconsciente. Pasados los largos
 siglos de salvajismo ya empieza a penetrarse que las
 cosas pugnaban por predominar sobre los intereses, las ver-
 dades invisibles están en la vida, las primicias
 el alma gobernándose por pensamientos de una á otra
 cosas, la familia rigiéndose por la conmemoración de los
 muertos, el cuerpo moviéndose por el interés del alma.
 Pugnaba á sentirse el cuerpo entre la libertad y el vi-
 cio, y el orden social, fundidos en la naturaleza humana
 que quiere ser libre y que sin embargo no se satisface
 en la soledad, así se entra por el lado de la ley se entra
 en dar á las sociedades orden, estabilidad y paz, por
 esto, los instintos sin ellos arrojan al salvajismo á la in-
 dependencia y le recuerdan que la paz era salvaje.

Por fin antes de terminar la edad antigua en paz hare
 su primera entrada en el mundo por el cielo, como que
 se enraiza en las creencias, en las artes y en las cos-
 tumbres, y desde entonces el progreso irracional, em-
 piza á encasarse y tomar una línea más d'meros rasgos.



CAPÍTULO VI

Fond Medio de los salmónidos.

Inventores de herbales varguiser en gloriando en
señalados críes, urtas de refines por vagalos, de
reyes grandes con eticos de latenses en ciudadanos
de crédito con barajas; salvajes con edentes civilizaci-
on y todos con mental causer se disponen a propin-
garse a cazar mutuamente y se arrojaron unos
otros; monjes de hisopo y de lero, frailes de castillo y
de convento, cenobitas de devoción y de ciudad, abejes
en miel y cisco, lacer de loco; Papas guerreros y
antipapas pacíficos empuñan armas, exigen excomu-
niones y encienden guerras. Industriales del pinal y de
verena corludar cinasites, elevando leros y torrendr
imperios; centros en cada provincia, bebes en cada pue-
blo, juses en cada si y hundidos en cada carne, in-
nalismo en el bueno y en la mala, en la guerra y en la
mezquina, en la sublime y en la grotesca vanlos heréticos

y valientes estúpidos, caridad sublime e intransigencia odiosa, amor infatigable y odio eterno; hogueras y persecuciones continuas sembrando e hachacando semillas de nuevos herejes, nuevos mártires y nuevos santos; grandes castillos y estrepitosas lamenas, barcos como escuadras de nuez y ciudades como pocas; exterminio de moriscos y a razón al cerrado de la cabeza, la conciencia a la certidumbre, la fuerza al derecho, el arte a la ciencia, la enfermedad a la salud, la superstición a la realidad; todo el fundamento con pestes continuas y epidemias y letrados es a gala, a melaza, el ingrediente que convierte esta edad en oscura e interesante, en párrica y grandiosa suya y violenta.

Uno de los historiadores saturninos dice de su Edad Media:

«En esta edad, a pesar de ser toda oscura, se sabe que ya no son sólo las clases sacerdotales y guerreras las que monopolizan la escena del mundo. El derecho natural y el de la fuerza empiezan a ceder al pueblo a derecho civil. La peste a pesar de ser todavía guerra del interior, adquiere la facultad de trasladarse y hacerse donde más le conviene y también la de ringe sobre. Entre las inclinaciones con que los príncipes y magnates propenden a convertir en prerrogativas segas sus primicias feudales; los reyes y débiles, entre la discordia de los poderosos, empiezan a curar su cabeza. Se aprende el nombre de Deserto y el pueblo empieza a tener leyes propias. Entonces se empieza la vida entre el feudalismo, la Iglesia, los imperios y los municipios por primera vez desde que el mundo empezó se perdas en el campo; se da a todos república política y se violenta la vida de las libertades civiles, preparando la luz para los príncipes y formándose con ayuda de la polemica regia una clase media. Los idóneos se en de su in-

lancie, se convierten en disarritias de las naciones, matizan a cultura con modos y por formas de arca se oye cantar a reír de, las empresas guerreras, el amor, y se exulta de el comercio.

El mundo de los salubres está dividido en tres grandes continentes. Uno de ellos, llamado Europa, es el que está más adelantado en civilización. Los otros dos siguen muy de cerca. No hay de desproporción que se nota entre los continentes del planeta terrestre: África y Europa, por ejemplo.

La historia universal de los salubres comprende además de los sucesos en guerras, los de las relaciones comerciales.

En un ratelicio, se da á conocer é manera de muestre unas breves noticias de tres ratelios de tres épocas distintas y de los tres distintos continentes.

SIGLO X.

PRINADO DE A. 12. 51

Este ratelicio de latelicio el novadizo leone que heredera, y sus parientes el aprile con guerra en el latelicio parientes. Con esta medida que limitar muchos de sus sucesores dió á el país una dinastía duradera de reyes poderosos.

A los veinte y cinco de años, empezó á conquistar, y como nadie pensó que osaría por el año indica un libro al reino, aborreció á los que osaban que y expresaba sus propiedades.

En su vida conquistadora aprendió docenas de ciudades, cientos de villas y miles de aldeas. Se apoderó de tanta que pudo y tuvo un gran rey.

A los príncipes que no tenían con qué pagarse al tesoro, les prohibía de comer para no mantenerlos, abor-

cañales ó les acucia con sus mujeres y niños. Testaba á las que no creían en la religión de su país, asesinaba á los poderosos incluídos, y fue un gran juez clerico.

Se expresa, y se ha, compaña casi siempre el lecto con el esposo, porque combenía con los comercios y una doncella por cada ciudad conquistada y fue un rey puro al ruan las crónicas.

Casta diaramente des dormas de piezas, y cuando en las encalaba, supla el número con primavera ó ciertos á los que usaba perros y les cazaba. Entre las habilitades de este gran rey se ha a el historiador saturnalne, P. p. a de príncipe *spiritus*.

Estando enfermo se hicieron rogativas para que sanase y al morir unas se murieron por la causa de la San Ribi que ya era llamado á gozar del cielo y prefirió que el rey se sentaría dos peditos más de lo que San Jorge. En cambio el abad Vértias, que se murió una vez á recibir el baje galle, firmaba que á año de turpencia por persona sacrificada, lardaria el rey muchos años en poder poner las pías en el cielo. El abad Vértias fue excomulgado por el obispo Corlesaris.

Su pueblo erigible un mausoleo digno de él: tanta en ceteros se pamos de él: ra y cien metros cubren de volumen pesada un millón de kilos con más de once á cinco baric ascendía al peso de los cráneos mortificadas por las mazas victimologas de sus en dados.





CAPÍTULO VII

En el que se termina la Edad Media de los asturianos.

SIGLO XII.

REINADO DE DON ALFONSO VII.

Este reinado, con ser uno de los más provechosos y pacíficos para su país é para el mundo en él, á atención de haber adormido, porque no fué fecunda en guerras, eventos y calamidades.

Hele reinar no á nadie para apoderarse de trono que heredara, ni hizo desaparecer á ninguno de los parientes que le esquilaban, ni tuvo decenas de amantes.

No condujo á su pueblo á aventuras guerreras, no conquistó nada, se limitó á conservar su heredad y estuvo en paz con los vecinos. No avió la guerra ni á los guerreros, sólo les respetaba por necesarios para la defensa; no les adormía ni deprimía, simplemente les llamaba y consideraba criados armados del país.

Ne guerred con príncipe a guisa por nalgúnos reñidos-
ses a, per el mismo motivo erigid ningún catedral, n tes-
lô á naciô.

El reino era pagar y aún se permittian ciertas ceppen-
cias. Ella prestó a injeniería y batizando cada á nes
miserereos reñidero simpatizó con el cristianismo; per
consecuencia in erl lóos as riore as y obseruó que
desde que no se erce dlan tngieras no bristien besejes.

La reina Fela fué preñadida por mullid de hérras
de armas; á n n rlas de besele dad que era baillaza
como ló er aque entonces. En ocasión de una guar hie-
ta que d'd en p e acir, preguntó á uno que retóbe sus
hazañas:

—¿Tú qué has hecho?

—He matado y oído á veinte y cinco enemigos.

—¿Y tú?—dirigiéndose á otro.

—He de ser mullerchen á todas as que har eren
mece con nignos sus besejes.

—¿Y tú?—repit á é un tercero.

—Con mi hacha he abierlo cabezas como si lleran
manos, con mi lanza le agujereado peles de hom-
bres cual odes de vino, y con mi balcón he cazado más
pezas que pe as leren mis hachas.

—¿Y tú?—señalando á un jote de especie meres
fiero que los otros, pero á os cuales no cedín en y lar-
dia, llura y dlegridad.

—¡O! señores!—Yo, humilde servidre mialre, me ce-
se, no peso, n máte á nadie. Sólo he n encim enis de
yerbas, y eren bese encartado unas con as eras se
ca mál n lre de ntes ce lras que larias veces ne sio-
ler mo eslar, según ex fama.

—Tú me convienes—dijo le criza—dándole á bazar
á mero.

Peró harerle su esposa, pero los sálras, magos y

eclesiásticos amraazten eon i no reuñit de, parqur, ademas de no considerarlo digno de ella, su cñr enqñ i o era rante trám que en una y a y el de iñ reino le era en mñ de iñcena y iñ de eñlar una resuelta quedóse salta- ra Este se obstaculo, se supore le hizo su arrarir, lo eñ n' no es de extráñor, porque á pesar de ser discreto y prudente, estaba preñada de él.

Preñó á su geñrñ como las ciencias y por ello en su país, primero que en punto alguno, se hicieron descubrimientos importantes que precujeron hereticos inmensos.

El pueblo á pesar de ser como generalmente imbecil, hizo justicia á su reñon y, aunque tarde, llegó á conocer que loco en ella si geen blecherhara.

SIGLO XIV

REINADO DE CRL I

Reinante de Cel tiene iñ historia mñ mexicana, más plñterence, más interesante.

Tuvo guerras en casa, las husó con los vecinos y las llevó á tierras lejanas.

Cuidó de exaltar a iñ de su país, iñ grandes iñ rñ- elenes religiosos, se le llamó rey cristianísimo, lo cual no le impidió que por conveniencia, guerras á favor de herejes y en contra del Pontífice.

Casó con princesa que trájole por dote un grñe país. El rey le unió gustoso á su corona, pero no cuidó de su capoa porque se derreñó por lodes las hermosas hembras, menos por la suya; lo cual fué causa de que el reino se inquietase porque querian los ciudadanos que le naciera un suñrceñ.

Los magnates se irrogaron, y el más ducho de los

consejeros como don fray Iñigo, uno de los consejeros de la reina, arribaron a un acuerdo para que el rey pusiera de su parte lo necesario para ser por él un esclavo más.

El tal consejero de la reina era un lealísimo seguidor de la familia principesca, que tenía íntimamente establecidos para beneficiar el desgraciado y como no le faltaban las cosas de la guerra conociendo con ser un mal leal a antes que pelearla y cobardía celebrarse.

El rey á la sazón se desfogaba por una dama de palacio, la cual se prestó á servir de cebo á fray Iñigo para que, dando rienda á su magestad y suplicando por la reina, escribiese gozosos al rey á casa en sus brazos y no en la de la que él servía.

Tres consejeros celebraron la idea, á exaltar gracias á Dios para que el rey en conocimiento antes de tiempo el engaño y acudiendo con riles á las negligencias que se hacían en la copia de la reina, y mientras todos se convertían en una especie de una única, mientras entretanto recibían y se les recibían como leales en la casa al Todopoderoso, el rey á pesar de no cumplir con los deberes del matrimonio. Y nació la que se desecha.

Fray Iñigo cobró fama, llegó á primer consejero, y confesó á toda la corte, la cual le dio crédito para hacer nuevos arreglos.

Una de las señoras del rey ardía en ganas de irse por un viaje, verdadero tipo de mar. Faltaba una cosa, que no le faltaba, las señoras se olvidaron y por lo mismo después la princesa confesaba su gran culpa á fray Iñigo como su madre. El consejero se quedó pensando, se pasó la mano por la frente, se mantuvo un momento hablando dos decenas de pechillos y a él le dijo la salvadora hija más, le salvó.

Al día siguiente espantados por la terrible tempestad nueva un ángel había venido en sueños á fray Iñigo que

máster de diablos *incubos*, es más que en las más exactas, de más leyendas, los más bonos, los que tienen en la honra la idea de las cosas, se introducen en la ciencia gustando cosquillas de hircabaz parca, preparaban una nueva carrera por el mundo.

Mezclados después la princesa pudo y el varón, como hijo de diablo, fué aligerado en agua bendita.

Fray Iliúmel enco les exorcismos y sacando diablos salvó de oporación á dos señoras y á media docena de doncellas principales, víctimas de los *incubos*.

El rey fué fortalecido por la erule por tener una sobrina y por nresa la virtuosa, pues es de saber, que los *incubos* según afirmaba fray Iliú; preferían las doncellas más virtuosas, las virgenes más puros, las mejor conservadas en sus misticas.

La princesa murió y enid el monarca del Caracalido. Los reyes se volaron á los infiernos. Y fray Iliú olvidó sanitar.

La historia sigue narrando toda la referente á las aventuras en su Edad Media y se parece en un todo á la de los humeros.





CAPÍTULO VIII

Edad Moderna de los asturninos.

La Edad Moderna de los asturninos es muy parecida a la de asturianos.

Empieza en el siglo XV con descubrimientos y concluye en el XVIII con una revolución a mayor de cuantos ha habido.

La ciencia, a razón del libre examen y a igualdad ante la ley se alza en frente de la rutina, del fanatismo y de los privilegios: se este choque lleva hacia a que para esta edad, disminuir una era de positivismo, de ecécula, de lógicas, de independencia y de protesta.

Las huellas que quedaran de a glorias están el municipio los señores, la prelación real y los jefes de parientes, van modificándose. A la malenxa de bardes sigue la represión de peñidos, a la arrión la doctrina, a la guerra a d'arrión, el genio e talento y a los generales los ministros omnipotentes. De este viene el aumento de los ejércitos, se embajadas permanentes, la reciproca desconfianza, a estucia suplen a la fuerza y el prede-

murin de los peregrinos de Flandres sobre todos los del
Reino. Los nobles barones descendían a campesinos y
según que otro hacíanse noble a gentil-hombre, y el
pueblo, los hombres instruidos, y mercaderes llenar la
sigla. Lo sobre n due pasan en las cortes, exponían los
presupuestos y entienden el comercio. La corrupción
toma formas más elegantes con el desear de las artes
y de las cerquillas; entraba en los monarcas que se
descomponen entre leviticos, eretismos y confesiones,
penetra en el sacerdote, en los gubernos y en las fami-
lias. La drástica resuena en el coro de los poetas, en el
enfucio de los artistas y en las monopolizaciones del po-
der espiritual como el poder el deterioro de sus
cebros pierde la confianza de las naciones y de los
pueblos. Merced a la riqueza que engendran el comercio
y la industria los gobiernos intervienen en el movimiento
comercial llegando a originar guerras con o sin ob-
eto de destruir la prosperidad mercantil de sus rivales.
La corrupción penetrando en todos los sitios, la falsedad
y falsedad animan las relaciones eclesiásticas y socia-
les, políticas y religiosas. Las tentaciones y intrigas agi-
tan el mundo en espaldas y encienden guerras univer-
sales. Todo es la inefable magnífica empresa para un re-
construir que, interperándose entre el racionalismo y lo
sacral, entre el fanatismo místico y el fanatismo reli-
gioso, entre herejes y católicos, entre papas y im-
piales, entre sabios e ignorantes, entre altos y bajos,
empujarse a murdo por la senda de la paz.

Pale recordando tiene el mundo en la primera de Cé-
sar Pax.

Cuando Juven su padre desolado a la guerra y en las
entendidos religiosos que empujaban al mundo a la
nirra perdía un ojo, un brazo y una pierna, y enfermaba de
peste. En el bando censurando el suyo moría su padre y en

hombres y le enseñaron la verdadera. Creían en que más sufrían y crecían las civilizaciones de las guerras, y de las guerras más crueles, las religiosas.

Mientras le as del mundo quedaba y taparla el cuerpo, su espíritu aprendió y encontró a bondad de la paz, y él le hizo tanta más a su vez, que, quien ya era los, no sólo cabalote de la guerra, sino también profundamente en campo de la paz.

Heverd se le pacie tres eras, de su madre ma, más otros y enseñando le aprendió nuevas. No era satis, ni le era vado, no llegó a misterio ni bajó a baje, no era crédito ni bien, no era fealdad ni entre igios. No amó por gran de, ni odió por inamio, no enseñó gu-las, no es amorosa, ni sakoreó los placeres de a sen-guina, no dio gusto ni causó dolor. No le enseñó a detenerse en las caricias de una mujer como a un Lulero; ni le enseñó a ser un simple reflexión en ocultas re-girias como a San Igracio de Loyola; no le alzaron en misterio en desengañes amorosos como a un Ramón Llull; ni le enseñó a ser un lealder de la se celo, como a un Cyprien. No enseñó a ser un hombre, era un ser equilibrado en el acto, pero mandaba su gran estado como su no tener creyó.

Sanado el cuerpo poré inquieto el alma, enseñósele un deseo visisimo, una forma devoradora, una pasión irresistible procuran en las salvaciones de amor a la paz.

Creía en que la guerra de del mundo es debida a la lucha por la existencia y por la mujer, y que los métodos filiales y religiosos son justificaciones o condenaciones *a priori* de los hechos, de esas parientes. Las causas primordiales de esencia de las guerras, por pies, en diferencias religiosas, en políticas o sociales y en económicas o económicas. Y las causas secundarias de de medidos son las ambiciones de los guerreros y políticos, los

conveniencias de los especuladores, la esperanza de lucrar en el robo, las represalias, el libertinaje y demás lamentos del egoísmo.

De esto hizo varias deducciones:

Que si los salteadores fueran menos lánáticos, tendrían un causa á un pretexto menos de guerra.

Que si á los guerreros y pelilleros no se les hiciera héroes no se es eludido á semidices, se es despreciado cuando le merecieran, se les castiga debidamente, se limitaban con medida las recompensas, se resquebraja y guerras serían cosas menos apeleribaz y más lamentadas.

Que si se ignorara en la tiranía absoluta no estaría repartido el egoísmo de villa, de ciudad, de provincia, de región, de reino, de partido, de círculo, de dinastía, y sería más uno y menos múltiple, más completo y menos variado serían mena los mil y mil disparates que enclerden las guerras.

Que si los ejércitos se limitaran á funciones de policía internacional, se rebaja estar contra los gobiernos cuando les contradicen á guerras injustas; hubieran a más de ser menos guardadores de dirección de gobierno, de religión, de fueros, de indicaciones é intemperancias religiosas; la costa guerrera perdiera más rápidamente ciertos privilegios; a profesión les da por barones y caballeros se llamara y consiguiera sólo en necesario, como necesario y no honra es la de verdugo; en las playas colinas de las banderas no serían suficientes para que dos ejércitos se odiaran, o necesario para ser irreconciliablemente uncularse.

Que si los beneficios cúbicos a es, y las especulaciones lucrativas estuvieran más repartidas, menos monopolizadas, y se no negarían las pérdidas de unos liras menores para ser o igual mente las ganancias de otros;

los pretextos comerciales no serian encesa tan comunes de guerras.

Que si A las conquistas, usurpaciones, despojos y demas inimas de engrandecer la vic'fale de los países, se les llama y tuvieran por fines, y por lo mismo 'os se llamasen ademas, a conveniencia universal A la prellunat en cada país, cesarian las guerras que tienen por objeto el enojo.

Que si se aumentara la instrucción se suscitaren las A ferrelos etc etc, se tuercan y engañaren todos los meos natura es de producir de, progresen la ciencia, se faciliten al anquilamiento de las masas y enfermedades; se disminuya el mal estar común causa de revueltas degenerando en conflictos guerreros.

Que si las vidas, sangre y energías invertidas en guerras, tuéranse en trabajo é industria, seria mayor el bienestar general.

Y en fin que si las guerras dejan de ser una consecuencia guta de más, no serian venenables, porque el agrismo, único móvil de las acciones, no las quisiera.

De estas deducciones serón las siguientes consecuencias:

La conveniencia de la tolerancia y libertad en las lealtades religiosas, políticas, sociales y raciales.

La de la forma republicana sobre es demás formas de gobierno, y la de la presión de las masas.

La de que los territorios fueran administrados, al menos como de justicia, en vez de a voluntad de despojos, crímenes, gobiernos y pelaciones.

La de que en estados imperios y naciones fueran confederándose, reduciéndose A uno sólo de menor número posible.

La de desarrollo de la instrucción y fomento de la ciencia como medio para poner a servicio de la humani-

dad humana de las fuerzas de la naturaleza productoras de riqueza, de paz y abundancia.

La de la disminución de las preocupaciones de raza, de lengua, de nacimiento y de religión.

La del triunfo de una sola religión y de un sólo Estado, mientras tal triunfo fuera posible sin la guerra y sin la violencia, porque de lo contrario el remedio ó solución sería tan desoladora como el mal.

Vizlumbra César Paz en el triunfo de la Paz un medio para la disminución del mal físico, y en esto, el ideal del progreso.

Si él hubiera sido un santo y virtuoso, y no tan sólo un hombre bueno y razonable, habría buscado más que el triunfo del bien físico el del bien moral.

Pero César Paz cree y asegura que el verdadero bien moral estriba en el triunfo de cristianismo; dices en la religión de amor y de la caridad.

Y no obstante, no cree en el triunfo completo del cristianismo, entre otras razones:

1.ª Porque la naturaleza humana de los hombres es esencialmente egoísta. En verbo es el bien por el mal y por la existencia de la persona, es hijo cada ser que nace; ¿la engendra, debe el mundo cada ser que vive.

2.ª Porque é pensar de que desde el siglo primero se viene predicando el cristianismo, el gobierno de los verdaderos cristianos es tan escaso como entre los habitantes del planeta terrestre, cuyo ejemplo a historia César Paz no desconoce.

3.ª Porque si el mundo fuera por completo cristiano y por lo tanto los antiguos vicioseran las pasiones no habría necesidad de progreso: de industria, de comercio, de vida social, intelectual, sin objeto, árido, y porvenir en la preparación para la muerte.

Para llevar adelante su empresa fundó la Compañía de la Paz.



CAPÍTULO IX

La Compañía de la Paz.

Después de irabanas inmensas, de simpatías confusas, de desprecios infinitos, consiguió encontrar diez compañeros convencidos o dispuestos á todo. Esta fué la levedad de la influencia más grande y potente de los saturninos, la que los ha empujado por el camino del progreso de una manera seducta, sin las complicaciones del planeta terrestre, la que ha conseguido un culto sin vicierria á la Razón; la que, en fin, enseñoreándose del mundo le ha hecho adelantar unos siglos.

Su progreso fué entre poetas, y el mayor César Paz, la Compañía contaba con domicilio fijo en la primera ciudad del mundo. Habitación del general de la Compañía y con ramilleteos y residencias en todas las naciones.

Se regía la Compañía por diez normas á mandamientos que constituían su reglamento su catecismo y su plan. Ser las siguientes:

I. *Guerra y la guerra*. La Compañía procurará la abolición de las guerras, para cuyo objeto empleará todos los medios legales. Enfermándose por la guerra, todos aquellos que sin ser violentos, perpetraron el mayor bien posible al mayor número de individuos.

II. *Antiguamiento del mal físico*. Se procurará la erradicación conducente á la clausura de toda fuente de las letanías del mal físico: enfermedades, dolores y miserias.

III. *Progreso científico*. Se dará el mayor impulso á la instrucción, principalmente científica, y en especial á la fomento de los descubrimientos que pongan la Naturaleza al servicio de la humanidad salubre.

IV. *Religión cristiana*. Si bien se trabajará para la libertad religiosa se ha de procurar el auxilio al Cristianismo y al mismo tiempo su ayuda como verdadera religión de amor y de paz.

V. *Libertad religiosa*. A pesar de que debe de estar libre todo culto y creencia, se excluye de la Compañía al que no sea dueño al religioso como al sacerdote ignoto, no permitiéndose á sus miembros rebasar los límites de su suave excepto el caso de circunstancias excepcionales.

VI. *República*. Se apoyará, como forma de gobierno más conveniente y digna al republicanismo.

VII. *Igualdad social*. Se deben practicar las más razonables mejoras sociales, fomentando la abolición de castas y razas, y se auxilia aún la aristocracia científica de inclinación á la ciencia.

VIII. *Indiferencia filosófica*. La Compañía no será indiferente en ninguna de las escuelas filosóficas corrientes hasta hoy, porque todas han pasado por sus beneficios á ser llevadas á la práctica.

IX. *Mal menor*. Se aceptará el menor de los males y se procurará el mayor de los bienes.

X. *Tolerancia.* No a ningún conrepto se admittirá la tolerancia como norma por ser contraria a la esencia de la Compaña.

A estos preceptos seguían otras disposiciones que eran las Reglas de la Compaña, la cual como era más bien una escuela que una óder religiosa, en estaban ligados sus miembros con vñrs. No tenían su unidad ni su estrechez; y por el mismo su modo de obrar era más ámplo, sus miembros más comercios y su radio de acción más extenso. En libros no estaban supeditados a ningún Rey ni a ningún Pontífice; no vestían hábitos ni usaban en corseinos, ni debían ser célibes; en lentas inquisiciones ni esperaban glorificaciones, estaban exentos de excomuniñón y de prebenda. Les gueta sólo la revivencia. Además la Asociación podía dedicarse a empresas económicas mientras fueran medio para revivir el arte y el fin.

Cuando su alrededor era el de la paz y la época no se presentaba propiamente, la vida de la Compaña fue ágil, sus trabajos fueron sólo de preparaciñ, y hasta la edad contemporánea no se cancelaron sus frutos: consiguiendo al fin llegar a ser la institución más poderosa y fuerte del mundo.





CAPITULO X

Edad contemporánea de los salustinos.

La edad contemporánea de los salustinos comprende desde la Revolución general hasta los tiempos actuales.

Las causas de la revuelta de fueron las mismas que las que conmovieron la humanidad terrestre en el siglo XVIII.

Libertad, Igualdad y Fraternidad fué el lema de las revoluciones que se agitaron en casi todas las naciones del mundo saturnino.

Al var de igualdad se cortaron cabezas que por su talento y bondad estaban demandando al igual de Libertad se perseguió á todo el mundo, y al de Fraternidad se dejó caer inúmeros inocentes.

No sólo fueron iguales las causas sino también el modo de la fuerza, es decir, la violencia. Y como todas las revoluciones violentas se ruden de sangre, los beneficios que se obtienen son á costa de infinitas víctimas, porque

mente, además de todas las que destruyan los humanos los siguientes:

Abolición de monarquías absolutas, sustitución a gu-
nar personal libertades, y a mayorías por república.

Sustitución de los ejércitos mercenarios por no volar
larios.

Crear de tribunales de arbitraje y disminución
progresiva del presupuesto de guerra.

Aumento de desarrollo científico.

Progreso agrícola, industria y comercio.

Mejores facilidades para vencer miseria, desgracia y
enfermedades.

Mayor honestidad al político y económico y ma-
yor armonía del derecho con la fuerza.

Si la Compañía de la Paz no hubiera tenido que li-
char con adversarios, sus esfuerzos habrían dado origen
imposible al progreso. Pero combatió entre dos fuegos.
Tenía que luchar entre los malos y los buenos, los déspotas
y los tiranidos, los ultrarrogantes y los aristocráticos,
los católicos y los anarquistas, los dictadores y los li-
berales; y más de una vez se enfrentó contra miembros
de la Compañía, el papá y el dinero.

A pesar de todo lo conseguido, gracias a sus esfuer-
zos, que la paz no se altera desde mediados del siglo
pasado.

La última guerra ocurrió el año 1850. Fue preparada
por varios tráficos internacionales para vencer la guerra.
Era así de prevista de guerra y rica en minas per-
pétuas en ciencias industriales, en peritajes y municiones
de guerra que a la guerra le encontraban.

La nación Alemana de la nación Alemana expresó
de producir al que era necesario de guerra y guerra.
Cuando la nación de no haber en el Parlamento magno
de diputados aliados a la Compañía de la Paz, se cor-

siguió censurar una creación de límites en pretexto de guerra.

Preparóse sordamente la campaña y como ele decía ya se unieron y por lo mismo no probable una intervención, se creyó en favorables resultaos.

Pero no fué así: La Compañía de la Paz instó á los explotados aliados sugiriendo a mayoría de los que componían los nuevos decimos partes de los peramentos de los que los demás nortinos—y se mandó una escuadrilla internacional de cien buques que obligó á suspender las hostilidades y á someter á un tribunal de arbitraje la cuestión calien de la guerra.

He ahí una muestra del aspecto que en la actualidad ofrece el mundo católico.

En religión: Hay libertad completa en las creencias y prácticas religiosas.

En la social: Si bien no faltan todavía explotadores de otros explotados de esas las anarquistas, nihilistas, anarquistas y demás asociaciones, son tan raras como los heterodoxos. Ha triunfado la democracia y el socialismo: no se ha procedido á silenciar al extranjero con el progreso y avance, no se han acortado las leyes y se alargan las chaquetas; se ha prometido haber más que un muestro parlamento de buenas, la abundancia de leyes, limitando las fuentes naturales de producción: no se ha conseguido sólo una redistribución razonable del trabajo y participación en los beneficios del capital, sino también el mayor desenvolvimiento en las subsistencia y comodidades.

En ciencia: El desarrollo de la ciencia ha sido el principal factor del progreso. Se ha destruido ya la vaco-

na contra todas las enfermedades epidémicas, he aun lo
suficiente; se han inventado procedimientos para llevar
el calor del sol y retener en las garas la noche, para apro-
vechar el calor central, la electricidad atmosférica, y
maximamente de los alus y demás fuerzas naturales.

Petición: El mundo salurn no está dividido en las
grandes consideraciones de repúblicas de los tres continen-
tes. Un tribunal de arbitraje, árbitro, y a cuyo servicio
está a guisa de ejército internacional, cada de las dis-
tancias que pueden surgir entre los estados y mantener
la paz. Han dejado de turnar con periódica regularidad
las partes monopolizadoras de la cose pública; no ter-
man gabinetes con dipudados de todos los colores, es
enlugar caciques, según los de menor cogulla ya en po-
ner gestas olímpicas el augustin traves curra, no apri-
man con tanta fuerza, ni crecen ceballas de los cuales
foraban la lara y a arano, ni apearas merecen ya el nom-
bre de la ex. Y la cose pública es pública y no privada
de la sim la y eficie pública.

Orden e justicia: La guerra, si bien en el terreno
ahora un puede ser posible, no es probable, han nngún
concepto. No existe ejército. Han sido suplidos por
una polica interna, así al cortejo del Tribunal de arbit-
raje, la clat, hora por objeto hacer obedecer sus fallos
mantener la paz y auxiliar a a polica de na respectivos
países, que tiene la a su custodia el orden interior, la
propiedad y el desecro.

Formar a tal polica contingentes de todos los pa-
ses sólo en número de cien mil individuos, a pesar de que
el mundo salurnico está tan habitado como el terrestre.
Y es suficiente, porque sus armas de guerra son en ex-
tremo formidables, en una hora dada puede hacer llorar
entre una ciudad dragones eléctricos cual vapos, é in-
cendiarlos, y una de sus diez carnadillas de aproxiado
puede recorrer en tres días una de los tres continentes.

La Sociedad en general: Los saturninos se han en en el camino de progreso cerca de dos siglos más adelantados que los humanos. De ella ha sido el factor o Compañía de la Paz.

César Paz ha triunfado. Su claro talento ya previó la victoria siendo antes de morir hijo á sus compañeros y discípulos. No desmayéis, aunque se ponga un mundo de obstáculos ante vosotros el triunfo es seguro. La victoria llegará cuando hayamos logrado poner á disposición de egualismo los beneficios de la paz. No creáis en las utopías, sentimentalismos y demás sueños que los pacifistas plegan como en'ución al eguismo de la paz tiene que vencer al eguismo de la guerra.

No puede decirse otra cosa al progreso moral. Las pasiones, los instintos, los deseos y las concupiscencias son los mismos, sólo han variado las formas. De la misma manera que entre los humanos las clases distinguidas no abundan en crímenes de sangre, así también la sociedad saturnina se ha universalizado ha ido perdiendo el carácter salvaje y violento, y sus crímenes tienen otras maneras. No se han disminuido los desecos: se han aumentado las incitaciones.

La lucha por la existencia, ha perdido su encono, porque la vida es menos irracional, más confortable, menos misera, y las causas de la violencia se han dilucidado, o por lo menos disminuido. Y en la lucha por la mujer se ha introducido una relativa reducción de la violencia; el amor libre.

Todo esto tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Así por ejemplo no cabe duda que el verdadero hogar, la paz de la familia, el amor nuevo pero duradero y la felicidad doméstica no pueden encontrarse en el amor libre tanto como se hallan en la unión cristiana subsistente en algunos países; pues que la unión brinda más dulzura

res á la edad juvenil, resistiendo sus amarguras á las demás edades; pero también es verdad que sólo en la unión libre se hallan aliviadas las pasiones sexuales del hombre y de la mujer.

No se le equívoco siempre Cárlos Pex respecto á la maternidad.



LIBRO SEGUNDO



CAPÍTULO I

En el que se predicijan los sucesos de Don Pedro Pérez
y Sancho Sánchez

Al comenzar el autor la completa *Historia de la ida y vuelta de Don Quijote*, dividió en tres partes: letró en la primera las andanzas de ultratumba de don Quijote y Sancho; constituyó la segunda a Hieloria en los Saturnos; y compendió a tercera las aventuras de don Pedro Pérez y Sancho Sánchez.

La parte primera honraba al autor merced y deladamente, con todos los datos y parámetros tal como recuerda el caso. Pero al empezar la cuasililla mil y plen encontrábase tan sólo en el Olimpo, es decir, en la descripción de las famosas fiestas olímpicas, por lo cual dedujo que para escribir correctamente esta enciclopédica Historia se han menester unos cuantos años porque aún con los exploradores de los saturninos pueden hincharse gruesos temas. Por este y otros motivos decidióse por retardar

y aderezar dicha Historia—que pudiesen ser incensura—
 basta dejarla tal como es hoy en el mundo largo. Pues es
 de saber que el que esto escribe se llama y que previere
 le erróneo y recto a lo mismo y vago, ama y admira más
 a Ciencia que al Arte, no vebera los escritores excel-
 lentemente prácticos a un ser aque los en quienes a inventiva
 y excelencia del fondo suple tal defecto en la forma; ni
 simpatiza con los ilustres naturalistas que para descri-
 bir una araña emplean cien páginas, para dar a conocer una
 mujer tienen que apañar el número de sus peles, y para
 retratar un individuo necesitan leer un tomo.

Éste advertido, pasemos adelante.



Hace cosa de una veintena de años, en una mañana
 de calma de жар, aparecieron arribados y durmiendo en
 uno de los balcones de un grupo de Madrid, dos hombres
 de singular estatura. Uno se llamaba don Pedro Pérez
 y el otro alenra por Sánchez. Sánchez, panzudo, ceño,
 levillón largo y largo gracilino, cubría con buches del
 señor Pérez. Una chaqueta de ciudad, un sombrero de
 fieler y un pantalón de pana resguardaban a la modestia
 de señor Sánchez. Era el uno alto y delgado y el otro
 bajo y grueso, y ambos parecían tener treinta y tres
 años.

Con respecto a lo interez apunta la Historia, con Pé-
 rez era un buen hombre, no de gran lección pero sí buen
 observador, de regular discreción, describía libros,
 principalmente metafísicos y era estudioso.

Sánchez no era un mal hombre, pero no le gusta a
 bien en la gran inteligencia pero de singular astucia;
 no describe libros para aprender, pero interregaba para
 averiguar. Era un *fin*.

Antes iban demorados por no desear de saber para conocer a quién y el porqué de todas las cosas. Pérez para hacer el mayor provecho de ellas, Sánchez.

Hicieron luego llegaron de las aguas termales y como les era extraño, no sabían ellas el porqué y cómo haberse de curar.

A la sazón estaban hambreados sin braca y cenados. Tomado repollo durmieronse y hubieron un vez tardado en despertar el de ellos se encargara el del ocioso, que con sus rayos, fue á buscarlos al camino y con ella recordóles que llegaba un nuevo día y que debían hacer algo por la vida.

Iban á curarse para tomar camino cuando vieron que se acercaban cinco lecheros de braca, holgazanes, alegres, con una alegría así como que produce el pan una noche con mujeres y baile.

Consultaban a compaña en silencio, en silencio, en silencio, en silencio y en admiración de las cosas. Ninguno de los tales era notable en su arte, pero sí en presencia. Venían de prisa y mezclaban á descomponer.

Repararon en sus caras, y Eralio, el platero, dijo á uno de sus compañeros:

—Parece que habéis encontrado dos modelos para los platos de braca.

Sánchez hizo observar á Pérez que se hablaba de ellos á inteligencia sobre quienes debían ser tales platos.

Pérez contestó que los quería; presumía no era gente muy celosa y parecía una redoma de pronunciations, gente formada de su origen que no iba á rogarle nada.

Acerca de el platero á nuestros héroes y propiamente es la historia de todos.

Como siempre mutuamente, como á su estómago. Eralio á inducirlos y decididos que sí.

Dióles el pintor las lizajas con las sestas de su damascado, seña tridrica hera para tener la primera sesión equívoca tarde.

Alcanzada la dirección para el espíritu, y enreterimienlo para el cuerpo pasaron sus huesos por algunos paseos, caídas y plajas de Madrid. Vieron pasar gentes y animas en coches y letrados. Una druma de potros plididos imensa y en dudazen si imilat es. Tir monsthele lina de a lesila é Pérez y escupá de un opra de á Sánchez y un animadeli é im primozos que se isaban los avon vid en poder, déjardes como perez por linc.

Llegó la hora de encaminarse á casa de Emilio Pincel—cele de la Faleia n.º 1000—según rezaba lo tarjele. Un urhann ensañles el camlin. Subleron marben estaciones; pasaron varias raciones y leceros á una gunia.

Para Emilio Pincel plutor bastante unger y plido de se de ver'sis an lura gancu y muleriego. Las merdelis dia tralatimás de e que lura monsthele y a mayor parte del tiempo dedrabe el estudio lo perdía en el verso de. Les contrastes de luz, de calor y de liguras eras volas en su iluminacion. A la sesión plidaba un sobre un me-Hen de Verua y gregatbe otro para él; cual senante de muido de liguras le er eren ruelles héreos, y por eso al enciertras per're mofars, relididos.

La vez de Sánchez cejóse alrgliendo permiso para pasar.

Respuestas y preguntas se alternaron, de equívoco en equívoco.

—Nesafina.

—¿Vosotros? Esperad un poco. Adelante.

Por un habilitador mizer que un hombre dividia, apareció lea al ur hombre nán de singular catadura, que primero e argó el cue'lo, luego n larc á, cerró los ojos y erregóse y largó en clia ind vidua, bajo que, al-

zándose de plañillas, abrió desmesuradamente los ojos, fregando su aborrecida nariz por los barcos del blombón. Una mujer en punto estaba echada sobre un madero de gaza azul en interesante actitud. Venus se resacaba sobre los nubes.

El pintor dijo es que vino en el día siguiente porque debía terminar un cuadro y todavía en podía admitir sus servilismos. Diles dos cosas y se despidieron.

Sánchez a salir a la calle hizo observar a su compañero la necesidad que sentía de urallar su estómago. A Pérez que igualmente estaba en ayunas, pareció e muy repentina aquella indolencia y juntos encamináronse en busca de lo que les era menester.

Como dos personas es exigua cantidad, y más en Madrid, para tomar dos panzas, no pudieron hallar otro templo de la gula donde los mortales pudiesen satisfacer una necesidad y refocillarse a un mismo tiempo.

Así pues, dieron con sus licencias en una venta cuyos parroquianos se legaban a los géminos de menor riñón.

Pen y colaje fueron servidos por una peseta, y con otra que les quedaba se emborracharon y hospedaje hasta el siguiente día. Con aquel refrigerio clesot que era piedras pedir sostenerles y como no estaban cansados usaron de la libertad paseando por aquellas alrededores hasta que, llegada la noche, previó una mezu na vera, hicieron sus espaldas con un gergón sobre el que durmieron a preña suelta.

A la mañana siguiente, a la hora que creyeron oportuna, dirigieron sus pasos a casa del pintor. Subiendo les era tras un Sánchez que tras ellos cubían tres sujetos que iban a la busca del mismo inquilino. Tres lucirnarras audaces penetraron en la habitación y plenos en risa y pape se adon se blenco in miraron al inquilino a pagn co mulleres de los dos a al desahucamiento.

Nuestros héroes tuvieron que intervenir en calidad de testigos y sus nombres de Pedro Pérez y Seneca Serna iban con una línea de papel sellado que se iba cobrando a costa de una escusa: muchos del pinto, el que esperaba por el servicio y de quien recibían recibir una remuneración.





CAPÍTULO II

Donde Don Pedro Pérez y Sancho Sánchez
locaron orgullo

Muñitos, rebuznos y algo contratiempos por lo que les acababa de suceder, vagaron por calles y plazas pensando qué harían, en qué trabajar, y de qué comer hasta que resolvieron volverse á la venta y tallando casualmente interrumpieron intencionadamente al viajero, sinca persona á quien conrelar.

Fra ásto incluído hombre culspado en su género que acababa prosaiche hasta ce á trullá, y tallándole á la sazón á quien endosar un hierro y un argenti'o, se do de e este crédito que cienlaza corica un rifunio parroquiano, propuso el alquilar á nuestros Edres, que fue acoplado te, n la condición de abonar la mitad de los cuartos que se sacase, por concepto de arriendo.

Sánchez hizo se cargo del farro y Pérez de plano. Fossajónlo juró al portal de la venta y, desdeos ce en

en amén de chiquillo, daba el primer cucú a maribale y el otro pasaba el platillo volando en conocimiento de que sus paracaos eran útiles para la misma empresa. A la primera salida el burro rompedor le andaba temiendo que tirarle de las orejas el uno y empujar el plano el otro pero al pasar de ellos y ríase inconscientemente de ellos se rompieron el primer día algo más de una peseta. Al día siguiente repitieron la operación y tampoco logró más pesetas la jornada. Como en su método tenían que crearse su capacidad y se pierden al burro parecido a Sancho en mal negocio y proponer a don Pedro otro más lucrativo. Pater die a éste operaba la explotación de su amigo y rescataban reflexionando después de cenar. La cosa de pasar de lo escrito, observó Pérez una erudición por ciudades indolitas eran más miserables y se le hizo recordar de en su dolor. Los paracaos compuestos de gitanos con la indispensable media docena de frutos hibernos rodaban una cascada y metían en ella la mano con la peseta y periódicamente sacando lo que había el parecer sobre. Los chiquillos no se daban reposa, uno eligiendo pasar llorando y cubriendo a madre, e sacaba vida de que ella no era sebrada; otro, al que le vajes de matas le da la carrera losos repulmidos con un hachón macharaba, rubro, con una piedra el resto a ir galo; otro compartía con la lengua de un perro la impetuosa de un plato; y en último un pequeño rey de la creencia de asentado en un charco mal ahogado, si reinaba en su propia casa.

Nuestros héroes comprendieron la necesidad, ante la miseria propia y el suceso de vida de luchar por la existencia, por Juan Sánchez, en primer lugar, la compra de un débil de la lotería de a los pesetas, luego por ilusiones buscar un empleo por medio de una agencia de colocaciones y en último recurso trabajo corpora-

Sumidos en estas dos atensas reflexiones, parecían sus hueros por las rañas de Madeirando, decididos ya áirse á descansar y dejar la cosa para el siguiente día, al volver una escuina. Pérez pisó un objeto blando y job, sorpresa! una cartera repleta de billetes de banco llegó á sus manos. Aprieten á poco y se dirigen preserosos á la venta. Suben á su habitación, cierran bien las puertas y una ventana que daba al patio, se recuevan de que nada se observara y á la luz de un cazo de vela, cuentan hasta diez billetes de banco de á mil pesetas. Regiebran de nuevo la cartera, encontrando unas veintenas de tres estampillas y media docena de tarjetas con un nombre y una dirección.

La inquietud y presadumbre, que por falta de blancos en el bolsillo antes les dominara, aumentó en grado sumo con la posesión de aquel capital. Pérez, envaguido rimorso á necesidad de ir en busca del dueño cuya dirección estaba la tarjeta, á entregársela toda á la Comisaría. Sánchez no esperaba lo mismo; antes bien, creía que lo oportuno era esperar se les reclamara la cantidad, ya oyéndolo preguntar á viéndolo anunciado en los periódicos á más de que debía reñesea la mitad de lo hallado, que según derecho le correspondía. Más de una hora pasaron en esta discusión y más de dos en hacer proyectos con el dñero que en definitiva ellos alcanzarían, hasta que la luz acabóse y acasóse, acordiendo el fevero bajo la almohada.

Sánchez, resacándose en la cama maldiciendo su estrella, por no haber sido el quien tropezara con la cartera, pero se consoló en parte, creyendo lograr disminuir el Pérez parte de sus escrupulos.

Ya tempranito, á penas los demás huéspedes sacaron sus sábanas, examináronse nosotros mismos. Pérez pasó la mano por debajo de la almohada, en busca de la

escondido, y juntos quisieron á contemplar y verter el tesoro.

Desagrándose más suavemente que las otras veces y encaminándose al tazon del dueño de las señas de las farolas y del dinero. Al envolverle, Sánchez temió á la cuenta «revelar á su compañero con un sólo de sus reflexiones acerca de la necesidad de quedarse con el hallazgo é exigir por lo menos á un led. Pérez, que no era del mismo parecer, respondió con cinco razones y no fué á discutir hasta llegar á donde se dirigieron.





CAPÍTULO III

De algunas cosas que averiguó el lector

El padre cura, D. Simplicio Iglesias, agutaba á serbi-
tos una taza de chocho ala mallorquina que le sirviera su
frontera y, según que hubo acabado, sostuvo con Mar-
ta, sebrina si ya, el siguiente diálogo:

—¿Te has acordado de rogar á Santa Elena un rosa-
rio para que nos sea casuelto lo perdido?

—Sí, he pasado tarde y he promitido además un
pajar pastor por cada duro en diez, dos mil.

Y usted, queride tío, á más de la misa, ¿qué promesa
ha hecho?

—Pues, nada meros, he cedido las misas de todo
el año.

—¿Habeis pensado en el ancoir para los pecadores?

—Sí.

—Ahora entendería pensar en la recompensa.

—¡Recompensa ¿á quién?

—Toma al que sea lo suficiente buen hombre á tanto que se le devuelva... Porque lo probable es que quien haya hallado el dinero no se cuida de averiguar su procedencia.

—Es verdad... Pues no había caído en ello. Y qué cantidad le parece de buena paga ántes? ¿Diez mil pesetas?

—Cosa de eso... Pero ¿sin la familia é no es muy ridículo hablarla con mí? ¿No os parece bien eso?

—No sé.

—Y si no es un buen cristiano, sino un mal hombre ¿No hablarías 500?

—Es verdad.

Y se fueron almorzando, agitando y berracheando, sentenciando más el vicario. Sería mejor sólo darle doce erbas cincuenta.

¡Pobres!

—V.

—Pero entonces ¿Y si no viene y se queda con el dinero, ¿si quiere y no exige la parte que le toca?

¡Pobres!

En esto llegaron á la plaza, entraron nosotros á comer y poco minutos después tenían respetuosamente llamado al P. Simplista.

Este buen clérigo era hombre especial, si bien en lo físico su figura vulgar no tenía ninguna particularidad, salvo una prominencia en la parte central de la cabeza. Paludiseo en grado sumo, hubiera podido llegar á algo, el átal cuando se hubiera unido un talento más claro y ventis mareas. Su debilidad por los estudios filosóficos-teológicos era tal, que rayaba en fanatismo, creyendo como buenas teclas las más absurdas y admitiendo como válidas sistemas los más ilógicos. Paciente espiritual de Franks—sin el sospecharlo—parecía en una de las cosas. Se enseñaba como aquel a metafísica cosmológica-cosmológica y pero se enseñaba al mismo entre otros

cosas, que el Rey de la Cruz de en el ár que debe es-
ta mejor aljado y así, a Tierra ésta ser la mayor á
mejor mundo de evanjos hay.

Su biblioteca—para la cual tenía aljado el pñ
superior al cor habilitado—constaba de varios miles de
libros y más de la mitad pertenecían al ramo metafísico.
Fadecía á la lectura casi todo el día y parte de la no-
che, no dejando más que el tiempo necesario para orar,
rezo y demás ocupaciones indispensables. Sabía casi de
memoria a el Génesis, y páginas enteras de los libros bí-
blicos. Había leído muchas veces las obras de es Docto-
res de la Iglesia y más de una á todas las teologías, co-
rrespondientes tiempo en las principales obras de los
sistemas religiosos y filosóficos que les agitados el
mundo.

Por exceso de lectura y falta de reposo, había se ges-
tado su impresionable cerebro de tal manera, que su es-
píritu vagaba por el mundo bastante especulativo y en
el que no dominaban siempre la lógica, la razón y el sen-
tido común.

Para mayor provecho y entendimiento en sus estudios,
memorias y apuntes, servía de su amanuense, secreta-
rio y perletrado todo en una pieza, que tenía se ayudaba
el Confesor como á leer la *Somma*. Solía proveer su se-
cretariado de otros privilegios que recomendados á sus
costumbres, veía á la corte, á la escuela y semin-
arias. Siempre así, el agraciado, servía de as-
tador á la familia de su señora principal á argumenta-
ba con él su gusto y forma, no sólo guardaba un jornal
sino también su almagallo y voluntad. Pero, desgraciado
y á tales pruebas no se parecía gustar. A una despedida
porque en vez de copiarle sermones entretención en re-
soler problemas de matemáticas; y á otro género de pa-
lizas en la casa porque en discusión á vía de ensayo pre-

místico estrechóse—¡oh, fengoreaal herejía!— á dudar de si la estrella de los Reyes Magos fué tal estrella ó sólo la conjunción de dos conocidos planetas que en inquieto brillan con singular resplandor, y porque además, en otra ocasión, añadió que el exáxis de algunos pretendidos santos no era más que el *transé* de los fenómenos metapsíquicos.

El último que tuvo á su servicio era un fresco como hay muchos. Una vez encontróle leyendo una novela de ore en vez de *Revelación de Herejías* por San A. M. de Ligorio, libro sobre el que apoyaba el todo. Escasóse al momento el secretarillo, empezando á hojear este último libro, y diciendo que leyó en la novela un comentario sobre si las primeras hijas de Eva llevaban ó no laparrabos y que él, creyéndolo una herejía, buscaba su *revelación*. Parecióle admirable al buen clérigo y acto seguido, pluma en ristre, tomó nota del tal hallazgo en carlapacio de grueso lomo donde guardaba apuntes, notas y memorias de la Indole.

Salíse bien esta letra, pero no otra en que revelóse: Para hacer resallar su pretendida erudición y calibrándose presuntuó en un idioma metafísico con su principal, la *revelación* de una objeción.

—¿Qué haría Dios antes de crear el Un Verac?— preguntó á su contrario con risible tonillo presuntuoso, esperando con satisfacción tener que soltar el mismo la solución á la pregunta que había pensado por su propia leyenda á San Agustín.

Cual se sería sin sorpresa al oír de los labios burlescos y alardos del Padre Simplicio, la contestación misma que él, gozoso, pensaba desembuchar—Preparar el tostadero para los que se dedican á averiguarlo ó desear saberlo como tú—gritóle, el padre cura.

No contaba aquel inexperto con que su principal, po-

geador de una feliz memoria, lema almacenado en su mollera cual todo lo leído, que era innememó.

El amanuense hizo además otras habilidades que escamaron á su principal, primeramente, y luego concluyeron por indisponerle con él. Á ella contribuyó el celo por consultar con la sobrina del cura lo de las hijas de Eva; á lo que ella, como tal, daba intinamente y con singular complacencia su opinión con lujo de detalles.

Á la sazón, pues, encontrábase sin amanuense y buscaba uno. La ocasión trájole á Pérez con el dinero y caso fué la mejor recomendación para que pensara en directre el empleo.

El padre cura era administrador de cierta tranca pía, á la cual pertenecía la cantidad extralada. Pérez no exigió retribución alguna por su hallazgo. El Padre Simplicio, ante tal fineza, ofrecióle como recompensa mil pesetas á su secretaria Pérez aceptó esta última pero suplicando que Sánchez fuera admitido en la casa como criado ó sierviente basta encontrar mejor colocación.

Instalados así nuestros héroes, entraron en funciones. Pérez por la mañana, ya muy temprano, antes que su principal saltase de la cama—y esa que decía misa á las seis—ya daba con sus huesos en la biblioteca. Allí revolvía papeles, buscaba textos, tomaba datos, copiaba manuscritos, no parando ni para el desayuno que tomaba allí mismo; y mientras con una mano mojaba en chocolate un bizcocho ó un trozo de ensaimada mallorquina, con la otra revolvía las hojas de algún libro. A penas agurada la comida, saltaba presuroso los pocos escalones que le separaban de su templo. Después de la cena comenlábase lo hecho durante el día, se discutía algún punto, oíasebse algún texto, leíase cualquier libro; y la duda sobre un nombre, la busca de una cita, ó el encuentro de una fecha, era pretexto suficiente para revolver libros hasta más allá de media noche.

Pérez, al principio, tuvo á su principal por un ardiente y por un gozo de ciencia; pero á la vez de la idea en sus argumentaciones, la variedad de sus comparaciones sistemáticas, la solidez de sus afirmaciones, redondeó en marcha el concepto en que le llevaba. A ello contribuían los comentarios que el Padre Simple le hacía sobre ciertos puntos.

Un domingo, vendió Pérez, como se acostumbra, á los señores de la casa, compró uno de cuentos. Habiéndolo leído una historietita que le rechazaba iría á coleccionar una de las cuestiones que más llamaban la atención de Pérez y la curiosidad y temor al padre cura. Esperó la noche para traer á la escuela el asunto, y así lo hizo.

Después de cenar, mientras Facilita fregaba los platos, Sánchez en el café junto con sus amigos amigos se-gericos, y la señora remendaba la ropa á su lado, Pérez, en voz alta e vigorosamente, comenzó.





CAPÍTULO IV

Del cuento que leyó Don Pedro Pérez

(NOTAS DE UN VIAJERO)

En una de las estrechas que componen la consue según de la Casa Mayor vivía cierta familia que gozaba de gran fama por la sabiduría de sus individuos. El padre y su hijo eran sus principales miembros de la Academia de Ciencias de su país, y la madre era considerada como una de las mujeres más cultas.

Telegráfico, — que tal se llama el hijo, este hombre, — no sólo era capaz de multitud de descripciones y otras cosas, como su padre, sino que vivía con él en correspondencia, debiendo en él el mayor estudio, sino también a los continuos viajes que hacía a otros mundos. A pesar de todo el amor — de sí — que aquí valen por miles — es decir, al ser de la tierra, y ya había recorrido muchos mundos y estudiado a sus pobladores.

A la sazón preparaba un viaje científico á varios países de cada exterior para publicar una obra con varios títulos «El Indio sobre los diversos seres que pueblan los planetas tal y tal», obra que inculcablemente le proporcionarían un gran premio y renombre.

Tiro de las planetas que pensaba visitar era a Tierra, no porque le pareciera de gran importancia su estudio, desde el enorme papel que juega en la inmensidad, sino porque desde el suelo y en su observatorio había visto ciertas cosas que le picaron la curiosidad.

Enviado a día para emprender el viaje, se preparó como se le haría, que era de la manera siguiente: Se elevaraba y cuando estaba a punto, envolvíase en la sustancia que a guisa han dado en llamar periespíritu, se desprendía de su cuerpo—que era terrenal, pues tenía sólo de estatura más de 10 kilómetros—y va andándose de las fuerzas repulsivas y atractivas que regular los movimientos de los astros, iba de golpe englobado con más comodidad que un pájaro de rama en rama. No se crea que por ello su cuerpo sufriera mercedaba al ambiente alguna: no lo era simplemente un suéter algo prolongado, sucedía como a aquel no pocas que, después de haber estado helados dentro de bloques de hielo, sorprendidos por bajas temperaturas, vuelven a recibir, cuando el deshielo su estado normal.

Telegrama, pues, sobre tal vehículo encamionado hacia la Tierra y en el a senda sus cosas. Pero fuera porque no le quisiera verla de tan cerca ó porque creyera hacer mejor las observaciones, lo cierto es que dando un salto y valiéndose de la fuerza centrífuga y de un resaca de su, fue á conocerse en la Luna. Allí sí que al parecer le gustó, y más si se tiene en cuenta que se creía que aquel satélite como de blanda algodón que sin rozar con el suelo y sin tener á choques mortales corre en torno de la tierra continuamente y á su sabor.

Descubren que hubo y creóreda tan extraordinariamente como e fué pesit e pruvete de los apregos necesos ne pmpozf sus observaciones, "es que li á apuriarén poco más á menos como sigue

Día I.—¿Pone día er sus nalgas y seguramente en es tal, sine período de tiempo que mer á entre cada una de sos observaciones?

Ya mi volimóvil ha dado varias vueltas alrededor de un mundo que no sé cómo baulizar. No he visto nunca ce parílo ar que tiene m. alevclón á no ver la irregularidad de su forma y estructura. Todo parece sumido en e. cáda á pesar de que su crejunia presenta vicio de obedecer á un p. n.

Día II.—Acabo de descubrir unos seres muy raros que hasta ahora habíame pasado desapercibidos. Sus acciones son puramente instintivas, hijos sólo de su cuerpo, que que denotar una inteligencia. Pero lo que más me preocupa es conocer su origen y fin, ya que e. nt. n. de su existencia como e. de todo lo creado, obedecer á un p. n. inexplicable; más difícil de o que ya creas er un principio es conocerlo tanto que me ven impeleria para habérme en car tan explicado er, mezo n. de subire y de grolarse que revela dos orígenes distintos: d. simple animal que á fuerza de modificarse y desent. arse con el tiempo sos facultades ha ngrado erse e. un p. n. entre os seres, muy distinto del que tuvo en sus orígenes, d. p. n. el carácter e. nte que de una prosapia muy elevada se ha embalsado y degenerado hasta convertirse con las bestias. Este extraño carácter de cualidades de que está revestido juntamente por la fuerza espirital que le anima téenle parecer un doble sér: como si su espíritu inferior se hubiese unido á un animal bastante perfecto y rescatado de esta unión la sér nueva y extravagante algo parecido á los que hab. en los p. n. de orden inferior.

He leído su historia y contemplado por espacio de mucho tiempo su modo de obrar y me he quedado á buscar á guisa de deducir con certeza su origen, origen de su existencia y fin. Sus armas crasos hijos de sus creencias, de sus ideas, á veces son las de un héroe, pero generalmente parecen de un loco y cuando va impulsado por sus sentidos á veces es interesante, pero generalmente parecen en emitir los vapores de su cerebro hinchando su inteligencia y parece un niño, las expresiones de sus sentidos, las pasiones de su corazón se exaltan y parece una bestia. He aquí lo que consiguiera en historia: lucha de males contra males, de males contra males, de poderosos contra débiles, pelean por la libertad y se humillan y entregan al opresor, quieren el bien y obran el mal, en constante la guerra y siempre están en guerra. Aquí los rebeldes de hombres se matan mutuamente para el mandar con su sangre se ahogan de los monstruos que los dirigen, é por los diábolos sobre algún pedruzco de terreno que ningún profeta á los les traerán. Allí, al son de regeneración, se mueven revoluciones inlames que no son más que lucha entre malos para mejor destruir á los cordeles. Allí a igualdad es pretexto para que el pueblo alogun las cabezas que sobresalen por su saber y dignidad; la libertad para que se persiga á todo el mundo y a fraternidad para que se desfilen y despenauren á todos y por.

Esta lucha continúa y se agudiza en el principal plan del de sus héroes. Qué héroes, hero Dios! Los verdaderos héroes, los de la Cielidad, del bien común y de la ciencia, los que mueren y se mueren, á penas si son recompensados en vida como se merecen, muchos pasan desapercibidos. En cambio de la brutalidad, en persecuciones, los irrisiblemente celebran por sus virtudes de ciencia y ambición, los monstruos que representan con-

gre y lágrimas para hincharse, los que al frente de esas
sinas originadas escleraron pueblos y ciudades para al
sar hárcos testejados y admirados. Desde el suntuo que
cuella del lecto de su choza, cráncas p despojos huma-
ros para que sirvan de archivo sangarero y vanagoria
á sus hinos y aureasres hasta e civilizado que enciciza
er mármolen corizas de tratos tes que debieran ser aten-
lados, testamentos son de a crueldad á imbecilidad de
hablante co este planeta.

Día III.—Pero en donde resalta más esa imbecilidad
y crueldad en grado máximo es en sus luchas religiosas;
luchas as más crue es y sangrantes as que ha presenciado
en planeta a gura. Si Dios es un átirno, la yer genir
creador á varir. Adám es un símbolo d lué una reali-
dad. Contacto es mejor que Mahoma, si esa religión es
mejor que aquélla, En sido motivo suficiente para que se
corriera el percuete á muchos individuos, se destruyera
á un sin fin y se instara á muchos más hasta er la reli-
gión pre excelencia, a más sublime y la que más hie-
nes te respetado á los humanos, se ofrecen contrastes
intimidables á la sencillez y claridad de la doctrina del
Maestro ha sido oscurecida con los artificiosos co-
mentarios de pretendidos teólogos; aque n que se dín
para que todos lo entendieran se ha creído que á pesar
uno que nre decelar lo puede entender, p, metapórtan-
do a verdat, no sólo se ha hecho pagar caro el conoci-
a sino que con pretexto de cada uno defenderla, se ha
atacado mutuamente sin pretendidos delenceras; reyes
y príncipes, señores y vasallos, papíficos y religiosos se
han usado varias veces del lenatismo para er gir sobre
la religión el látigo de la tiranía y fétida snemalia y con-
trastes en gentes que creyendo far bien obrar han ca-
tado sospechar que lo con creen no es bueno á que ellos
sac tuen ma vados, y me ha convencido de que á la ver-

dad que le ha presentado con ropajes que har ver un co-
gido a moda, y de cue ellos, los familiares, no siempre de-
speren á no poder conocerla herself.

A propósito de lo que poco agitado me acuerdo de
una persona, bastante ya hecha en la forma, que me
cheraron mucho, y que hallé en sí en dorce; y a bien
en venir al caso, guardan a guisa de se en en lo que so-
bre el partir se lleva dicho. Decian poco más ó menos:

Tanta Peca una rfoza,
Chosa de pobre pater,
Pere de parlar de acfja,
Hfense instante en genado mayr.
Te rfoza lrfense en casa,
Y ásta á quinta pará.
Ené llega un saberín pa veir
Y la luf de lmfensa calar.
Tanto, que el brilln de su riquera
es admirnde del nro grandr.
Pere ya el palacin es veir,
y aunque en base nra lrfre es,
berdrar que camponnerin y limpiarlo
parque e no á harte verdrá.

Die IV.—He contemplado un espectáculo que me ha
lanzado mucho la atención porque no había visto alre-
ligal en planeta a guisa, el bien me ha dado lástima y
eser.

He visto lo que ellos llaman balala, palchea para mi
desconocida y cuyo significado he tenido que buscar en
un diccionario.

Estaba ya echado sobre una nube, cuando me ha de-
portado un tremendo concierto de truenos y relinchos
de rufes los, músicas y lufes, agos de dolor y rugidos
como de fieras, clarines y gñinos, tremando una a gara-
bía kón comparable á las armonías infernales.

El # mi s'isla hacia el sitio de donde venía. Irdo aque-
llo y vi á la p'ra una inmensa muchedumbre de seres—
unos á p' y otros irantados sobre breves, pero no tan
brulm como los que les molestaban—que se embestaban
unos á otros como á fuerza de furibundas arremigas, siendo
así que ni se conocían ni se habían visto nunca unos á
otros. Los cuantos desic paron unas decenas de miles, y
algunos entre las balas, los miras hicieron volar por los
espacios y en cómo p' arcos á veces elevadas miles de ellos,
y con el cuchillo se refrenaron el presuezo un sin fin.

Pr resumen, una cuantos millones de miles de humes
para haber el suelo un campo sembrado de telpas, hee-
nos y demás cosas: un concierto armonioso cual via-
rase apurando Satán en la tar, una serie de males, perles
y dragracas, tan terribles como los gongres, y por á
carrere podrida que me ha d'ido nuevas y hecha escupie-
mos tal s'isla enro que me he caído de la nube en que me
apoyaba, dando en una charca d' mar, en el ya superficial
habla uno á otro como es—que ellos llorase acortados—
d' uno de los como he aplastado con mi caída. Me he ex-
fido mal tal percenir, porque te d'ide truerle, en que-
rer, á varios humanos. Además, le sabido luego que ni
fuque por mi b'ndida. Un mandado por el emizante de
una de los des ocuadras que helaban, y que con ellos,
he preperado una viarla á os contrarios. No cie-
se esto decir que me inspiren gran compasión—pues gen-
tes que se dequellan in finamente por obedecer á d'ide-
res de los gobernros que les pagan el c'ndar á la ju-
sticia á razón de la causa que colimden, camuñan
ser escluidos y manespreciados de la justicia—pero si
me dió pesar por haber sido ya causa involuntaria de va-
rias muertes. Y es con el todos paron remita clarir
aque no de que á p'ra l' sea todas las pligas.

El V.—A pesar del largo tiempo transcurrido que

llego cando quella, y resaca las ero mi automóvil celeste alrededor de esa panela, observando todo lo observable, poco te sacado en limpio, por lo que voy á marcharme con la misma á otra parte. El humano es ser en extremo misterioso. Su existencia n es también, sin que se vea el por qué de tanta generación humana que nace, se reproduce y muere sin objeto. Y limitándose á si historia en todo una continua lucha; sin que yo haya podido conocer cuáles son los vencedores y cuáles los vencidos, por qué luchan, ni por quién. Su nacimiento es producto de la lucha amorosa de los padres; su vida la consiinge la lucha por la existencia; y su muerte viene con la lucha de los elementos con la vida.

En fin, el ser humano parece un enfermo en crisis, de quien no sólo se descender á enfermedad sino también el modo de curarla.

Terminaron el cuestionario, repusón el padre cebra y después de haberido exámen en un gravemente que tal generación era cosa heterodona y desinhabile, y dirigiéndose á don Pedro Pérez preguntóle si no spiraba como él.

El secretario callóse y este silencio despertó en el Sr. Simplicio inquietudes sin cuento, no durmiendo en toda la noche, pensando en si Pérez diría de que el ser humano sea el Rey de la Creación y maestro panela el centro de las voluntades celestes.





CAPITULO V

Por un pinjo.

Senlado ante á una mesita repleta de libros, con la cabeza resacaída por una mano y en actitud estudiosa, estaba don Pedro Pérez, cuando silencioso picazo en el regazo resacórgó su resacaída mano en busca de un alfiler de pinjo que, ne resacaída su expresión melancólica se alfileró á pasear por el largo pajarito de onseiro fético. Alzapado el bello fue sacrificado acto seguido, cayendo su cadáver desparatado sobre un libro abierto, en el primer capítulo de Génesis y en el pinjo precioso donde se enseña que el último ser que Dios creó el mundo fue el hombre.

Reposó Pérez en la exaltación y de un pensamiento vinole el fin como hombre dado á observar y discernir sobre los efectos y causas, hasta agrietarse una duda, una objeción, un pensamiento, un lazo, un dato para seguir á la Sr. Iglesias quien le esperaba pronto á su colección.

¡Caramba!—decíase Pedro Pérez—¿es posible que se olvidaran de exceptuarme como seres antes que el hombre á los pinjres?

—¡Pero no! No puede ser. Porque eríncos en el Paraíso. Además debí estar en posesión de las parótinas que aligien á la Humaridad, ter endo que resarse más bien que neler marasmas.

—Y Noé ¿pormo se las arreglaría para almacenar todos los gémenes infecelríos por que se halla enjioneros de la Humaridad?

Esas y otras observaciones resquileaban el cerebro de nuestro héroe no de éndo e á penas pegar los párpados en todo la noche.

Al día sigo ante el esd á comenía al padre cura á resuella ob elo de su incmetuc, no haciéndolo como ena propa, sino como tra azgo en lectura de libro.

El cura apreciá el hallazgo como un caso nuevo que leía que estudie, pero exalíle otra vez la dnda de si el caso estíaba en libro alguno ó en la mente de su secretario.

Llamé á éste y en pocas palabras y sin rodeos preguntó lo que deseaba Pérez confesó efectivamente que se dnda estíaba en su cerebro y no en los libros.

Recordó á los de los propios leñes de aquelesu discípulo laresñes herejías, y remañó alre de inguclónr empíricale para que dentro de tres días se retirclara de tar graves erreres, pues de lo contrario saldría á la calle á la su compñere Sancha.

El celón de desascelega domné á Pérez durante estí tres días. Por una parte sentía inguclónrse con el reserendo á quien apreciaba y consideraba como á un buen hombre, salvo sus manías; y por otra su conciencia e lamaba en sentido de no fallarlo.

No de aba tampoco de inguclónrle al padre cura aque-

La sorpresa. Sentía al estar por aquel su discípulo que siempre escuchaba complacencia y con él un oráculo. Pero como según él, no hay mayor misterio que en bereje, todo bereje debe ser en todo de en medio. Santo que maneja espada, de su espada al desolado, in alimaba, y así hacía.

Mientras el padre cura preparaba una luminosa memoria con la cual por nadie admirable ya esta por refutado y con ella a su secretario, Sánchez se enajenaba en habladuras de todo género.

A la vez se mezclaba una merengilca de un dr. ca. pisa de s. casa. Rucenar sus locuras además de Sánchez, otro Inquilin, hombre casado y pringoso de dar a ver. Después de comer salía a malhorras subirse a las azoteas a cazar una gallina que allí guardaba. El padre de los doce iba a dormir y Sánchez tampoco daba sereno a sus plenas, se vando brevemente unas docenas de escuñones. Ambos pretendían erguérse mutuamente, colpanco primero a la casualidad, y luego al tal pretexto de la vida de una paloma, sus asiduas envenenadas. Como no eran amigos y ambos buscaban lo mismo, y había terceros perjudicados además un escándalo, y entre varias que, se llegaron contra Santo, a genas al cura. Este ya mirábase con envidia porque una vez a ver qué pasador y oyente en las discusiones que trataban a la vez después de la casa, como si estuviera en de dremese como un hombre, en vez de escuchar es como un santo; y por ello ya le había mandado a quien a no ver por consideración a su compañero.

En este llegó el tercer día. Día del empujamiento. Pérez fue samelón a en delen de odmar. Sin creencias, sin ngilheres, sin dudas, sus afirmaciones y, en fin, la esencia de su ser fue arrojado a gurasamente.

El día siguiente Pérez y Sánchez eran exilados en la casa del padre cura den Sempico Iglesias.



CAPÍTULO VI

Del nuevo domicilio de nuestros hermanos

Cargados con unos bultos trasladaban por una de las calles de la Madrida dos hombres el uno a lino, y he, o el otro. Erai nuestros fétres, que echados de la casa del Sr. Iglesias—como de Paraiso terrenal—iban de acá para allá, inciertos, y sin rumbo determinado, hasta que, cansados de andar, tomaron por una callejuela y dieron con sus humos dados en la casa de huéspedes, recomendada por un pre de Sancho.

Se daba en la hospedaje por dos pesetas diarias, pagando desayunarse de huevo trito coner porco y cenar menes habilitar en ella como papera seis personas, y los huéspedes más dignos de mención eran los saludizantes y un catalán que hablaba castellano.

La patrona, que pesaba unos cien kilos y á la vista su paso le valia gran consideración, cumplia con sus deberes de ama de casa con dignidad y sencillez que la facia

más respetaba. Daba señas a los grandinos a los pupilos y después de cerrar les contaba cuentos.

Aquí metátese, después de agár trabajo y con la ayuda de uno de los amigos de Sarche, Ingrid Pérez obtiene unas tres pesetas diarias de beneficios; servía de ama-ruento a un molero y cobraba unas pesetas; ayudaba al catalán comisionista parlándole en 'lurle' libros y cuentas y cobraba algunos reales; servía a Sarche levándole cuenta de sus préstamos entendiéndole pagados y recibidos, sirviéndole con firma como testigo, y cobraba unas centísimas.

No se crea por eso que Pérez hubiera cundado libre de sus preocupaciones y empeños metidos con las botas libres de dedicaba a la lectura cuando no robaba para ello tiempo al enseñar, y su espíritu charitativo y egullore a empreñonista motivos para especulaciones, cálculos, diligencias y corrientes de caja.

Si echado en cama desperdizaba se interrogaba sobre los misterios del mundo, y sus grados de semejanza con la muerte.

Si convalecía preguntaba por qué razón metátese en los animales han de ser sacrificados al hombre.

Si trataba con ricos humanos creaba sobre cuántos generaciones humanas irán para llegar al fin de una, cuántas ajenas hay marchadas con desilusión a irrogar suegra humana y por qué nace tanta carne si mucha ha de guárrese inutilmente.

Si una pareja amorosa directase a su vida, en medio discursiva por el ancho campo del amor.... Los perros van leu a las perras.... luego acuel a las más ingoscos.... Los alerra son en el lado por todos los hombres y sale a guisa de elixen.... luego los hombres son más aerquales que las mujeres.... Las parejas humanas en finitar uno degens a sí propias.... luego a natura era ne r he

con la pol gamba.... Los padres eran más d los hijos que
 esidos d aquéllos.... luego a naturaleza pincura, más el
 curriculum de los séres, que la conservación de los rachs-
 cos.... Las estupideses de los rñquillos son exhibidas
 como mercedes, no de ox ulejos como choberces.... 'ue-
 go la etel calota simpollza más eng a carne fresca que
 con la ravelg?

Pérez poseaba y el campo de sus pias presentábase
 en l na observación hechos que consideraba dignos de
 ser estudiados y menedencias dignas de ser abercadas.

Un perro le mordió d priors una pantera, la, mleritas
 d, tirándole de rabo y de una oreja gacha, averiguaba
 si podía ser tabuexo.

Una mujerzuela bza y regredela, de pellejo todavía
 arnplable, ofreciósele por dos pesetas y él, esparó, con
 elreclutamientos de mujer n la y delgada porque tal vez
 averiguaria —¡ot, grancinco descubrimiento!— las gracias
 de simpollza que hacia les liecas sienten más las regorde-
 las que las que no lo son.

En un tranca s ni d un recorrido de manos por los
 bolsillos de su desabrochada levita y al bajar enganchese
 con ella y finó arrestrado por el cangrejo. Pérez afir-
 maba que las levitas debían ir abrochadas y por eso los
 sacres inventaron botones.

El gendul pidióse dos reales por llevara. Pérez ex-
 gido de el brazo, leuósele d su casa y ayóle durarle con
 horas una armonía muerca, con la cual se pichaba por
 modo admirable que si todos los hombres trabajasen tres
 horas c arlas sacarían de la tierra sustento suficiente y
 además, que si los sabios descubriesen el merco de apro-
 vechar la energía del calor solar, la del fuego interior de
 nuestro planeta y la de los movimientos de las aguas del
 mar y as fuerzas invisibles, haríanse sólo una hora de
 trabajo. Al pié de la memoria puso Pérez una nota en la

que decía que el siglo hizo con la cabeza grandes mercedes en veña de asentimiento, pero que llevase un velo que compuesta sobre una mesa.

Pérez hubiera podido por de su jornal para averiguar el por qué de muchas cosas, hubiera dado de buen gusto parte de su sueldo para alumbrae oscuridades científicas; y si es de su vida el caso e in fuerza ingratitud de correr un poco el velo de los misterios de ultratumba.

Después echabas los vislumbres del ayer, de la vida y de todo el universo para hacer a ilusoria completa de todo ello.

A Sánchez ocurrían a las cosas de esta manera. Contaba en préstamos, creaba en cosas nuevas, y corría en todo aquello que le ocurría de se saca algo de provecho. La letra proporcionaba mil culmenes pascuales, y por lo los pequeños negocios que ulcaba le proporcionaban a go más de un duro diario. D. Blas le decía que e sobraban condiciones para llegar a millarín. D. Lucas juraba que llegaría a millarín y D. Féliz le decía que sería un gran lloro en.

La observación de las cosas sugería a Sánchez pensamientos muy distintos de los que antes había experimentado su compañero. La vida de sus alrededores manjares estremecía su panza, deseaba de prisionarlos; la de los otros una arremedante al deseo de irsegarlos por el gusale, la de una buena lancha e de galantearlos. Un hijo de b'iles de barco era para él una ericcción de rubias y morenas de condescendencias y honores, de gestos y excusificas, y no podía condescender, en deseo averiguar el por qué. En pluralidad de los mundos habitados importábase un rábano; los problemas metafísicos, otros tantos de sociales sin fertilizábalos con la simplicidad de más lúculo, con vagar en a religiosa preguntábase católico, siéndolo aún a la moda de cachetas, hubiera tra-

de de las barbas á San Pedro si fuera necesario á de por-
verchey hubiera dado un zalamero pellizco á cada uno de
las once mil vírgenes si fuera conveñible, y hasta res-
cullas tirara en el regazo del mismísimo Satan si vi-
umbroso ser en reposito mayor.

Si bien no tenía orientación determinada, ápe dió
aconteciese á las circunstancias y chocar según ellas. La
cursillo era rectas, buscando todos los caminos para
ello. El fin era subir, era caminar por los senderos que
condujeran al mayor beneficio corpora, al mejor estar
material, aunque los males dejaran de ser 'n necesario a-
mente limpios con deben ser para los casi años.

Fere por ahora, como base, á pesar de que sus nego-
cios progresaban, todo su esfuerzo, toda su
energía, toda su gracia, toda su desverguera de gual á
la vez la ocasión de echarle las llan á un destino del
fichero.

La ocasión fué leída por una mañana tempestuosa.
La época de un exitoso viaje, al salir de casa á ir
de compras, encontráse en que había estallado con furie-
sa tremenda de verter que transformó en arroyo las ca-
lles. Ella contemplaba consternada el espectáculo desde
el vestíbulo de una tienda, de cuyo alfiler era poco me-
nos que imposible legarse á ver.

¿Y qué tenía yo para atravesar eso? — preguntaba casi
barrada la u ella dama.

—Dándole más fácil—si me dá vuacencia su venia
—dijo Sánchez, quien recordó que se trataba de una
gracia señora, y que se encontraba en aquella altillo obli-
gado á guarecerse después de la persecución de un deu-
dor y guiarle por su buena estrella.

Dejó en su mismo estorcedo bñere, plantando con
los robustos brazos á la buena señora, arrojó a sí con su
pate y metiéndose en barro y agua, la transportó como
y salva y casi sin mojadura hasta el portal de carruaje.

¡Oh, caba en! ¿dónde podré pagar tanta go anterior?
exclamó aquí a en extremo agredida.

—¡Al señor! —replicó— Doyne per bien pagado con
el gran honor de haber pod de llevar en breves á la más
luz de é 'ni uiente de las d'aves madrileñas. Elle no chis-
tante a V. F. se empeña en obtenerme un desilite, no
seré ya qu en cometa la gracia de refusar a.

E se corrió é invide é tener por su palacie.





CAPÍTULO VII

De cómo Sancho Sánchez fue empleado del Estado.

¿Qué español en Madrid no es empleado del Estado, no le ha sido, á no lo desea serlo?

¡Nadie!

Sancho Sánchez, por tanto, debía ser empleado.

Y lo fué.

Quince días después de la visita de Sánchez á la dama influyente, en nombre se anagaba en nómina, el Estado tenía un servidor más y en la Administración un nuevo gacchil.

En Gobernación, en una de las mesas de auxilios y escrivanías, un hombre regordete y en estado, puma en el seno, se entretenía pausado y tranquilamente en llenar unos papeletos, de nombres, cifras y otras menudencias que le decía un joven veniado en la misma mesa y en herido de él.

Al tal joven, entró de la dama influyente, sus com-

gueros de oficina le llaman Virgilio, y entre ellos puede considerarse el mejor, porque á pesar de que llega tarde y se va pronto, sabe poner en limpio una comunicación á un cliente, sin necesidad de leer el respondón más que media docena de veces, trae diarierías y la oficina está limpia hasta la última línea polílica y la última noticia porque es redactor de «La Libertad» y sus compañeros le sacaban corbón cuando era el último capel de moda.

Además, Virgilio es hombre de provecho. Ha emprendido muchas carreras y la legada á *Hastre moroso*, como llaman entre los bolserinos á los chicos trenores como preña. Estudió el primer año de Derecho, se presentó en Correns, Telégrafos, Aduanas, y en todos ellos, y quien tanto sabía ya podía hallar de todo y por eso se hizo periodista.

Tenía á su cargo en «La Libertad» la crónica de sociedad, era el que aprendió y se creyó con derecho á repartir y enlazar á quien le pluga á convencer, á desaprobar furiosamente «elocuente crónica» aprendieron maliter «el corrupto magistrado», «los frailes caballeros», «las judas dama», «los malos señores» y demás repertorio de casa.

Entre las tantas influencias de la vida de Virgilio y ayuda de otras tantas de otra joven fra, que no lo era sólo y veía liéndose de indigestión de hostilidades, consiguió pescar una glasa de dos mil pesetas.

Sánchez, luego de ser licenciado, se introdujo en todas partes, principalmente donde cadale le temba. Aprendió con todos los elementos que puede estudiarlos. Literatos, polílicos, financieros; frecuentando solidariamente cafés, tertulias, círculos, redacciones, casitas, aprendiendo el día á día el arte de ganar amistades provechosas, de esas que proporcionan empujes, rifarines y breves de toda clase.

Nuestro héroe aprendió admirablemente de Virgilio y otros autores el arte de «padar guardando la ropa» en las mareas de la política cuando sus ideas parecen peligrosas naufragar. A él no le cogió jamás casualidad alguna ni las represalias acostumbradas. La obra que se le dio fue tanto de síllo material, pero mejoranca sumptuosa.

También acordó Sánchez el estilo pallero, tanto le aprovecharon lecciones que se le daban, sobre que le daban y ejemplos que imitaba, la maña y soltura se dio, que once dos años después, según decía la Historia, fue preboste y salió con el liberal por uno de los harinos de Madrid.

No sucedióle lo mismo a Pérez, que con los cambios se encontraba guando por Astarrine dio al aceptar una paza de recacite que alzósele Virgilio por mediación de Sánchez.

En la redacción de «La Libertad» fallaba un redutor que por poca retribución tanto quisiera para redactar un artículo como para lavar cenefas de corrección preboste, y Virgilio encargóse de escribir una.

Pero después, Pérez recibía unas querencias y glidile luego un breve artículo de ensayo sobre cualquier cosa. Fernando de andalucía dos cuartillos salió de la redacción y a penas los píos en la rue y trepezó con una agraciada modistilla que, por una, amenaba la probable pérdida de una semana de jorales y protestaba de las demasías de que fue objeto por parte de un viejo verde y de un joven bruto, cuenes, no contentes con rociarla de serpientes, gotas y andreses, la marcaban de modo tan desecolito que ella apretó el paño y con far mas a suerte que resbaló. No se hizo el menor daño, pero en cambio una raga de carlar todo por los cuoles y también un sombrero que en este ita resguardado fue. A cubrir un bache.

Pero en ello hallé aunte, que era lo que buscaba, y discurrendo sobre 'os electos y las causas, deduje a consecuencia de que no se podía votar a 'os mujeres, se las alexara y prolegiera, y se pusiera muleas a los silencios, impulsiones é imprudentes, lerando con ello 'as dos churullas apetecidas é inertes en el a l l i e r t a d .

Casus mente no lijóse en este el director del periódico en tanta desgracia de haberla leída.

El amo é Perez y dijo'le lo siguiente

«Con que nos llamara, señor de Petecidón?

«Por que Gujole de donde es!

«No sabe usted que el periódico es cosa blanca apostólica? ¿Que el gobernador pertenece a partido contrario a que precisamente estaba en car dispondo'res iguales á le que usted p d e , que ha reglamentado a hasta de r e n e de café y lealtad, y que le tenemos declarada guerra?

«Anona placha me ha regalado usted!

«No sabe don imbécil, que así como el abogado no puede ni debe informar contra su cliente aunque éste se tenga razón y equé le concoca, porque para élle aceptó su director? Así el periódico político debe hacer de abogado, por ser en este modo un asalariado. Si no se cumple los deberes profesionales, 'os de partido si rompen la disciplina, si hacen eso que llaman desarmar a adversario, masano uno pierde la razón de que le hagan gobernador, director general é cosa parecida.

Lo primero y necesario en el periodismo político es combatir al gobierno desde la oposición. Si el poder no es de c e g o obediente y uno se rebela y e o llamo imitadores, generacioneros a lindes plias, se c o b a a a derrota del partido.

A este hay que añadir que el pueblo ya empieza a n a t i e r cansando de políticos abogados y políticos periodistas. Nos llama leguleyos solistas gentes educadas y informa-

des en guerra como soldados á defensores porque de
guardar á defender los misterios. Si e pueblo llega á
callar de frente la estirpe cuando pasa más allá del
lira, y á su hermana mayor el periodismo político, nosa-
tros deberemos irnos con la misma á otra parte, y por
tanto debe usted empezar á irse con ella.

—Buenas noches.

Pérez desde príncipe afirma que en ciertos periódicos
para defender la libertad algunos escritores é ilus-
tres monjes desenlinden una carabina y un hacha sin-
tiéndose de vez en vez de pluma y tinta.





CAPÍTULO VIII

No algunas cosas desagradables que ocurrieron A Pérez

Después de la cena, Pérez encetóse en su cuarto y metíase a razar entre los efectos y las causas, la razón suficiente á por qué se nos despidió de el «Libertador» y á qué hora á la ventura, y toda vez que Senche no se había acostado y la noche ensidaba á él en silencio se sentaba á contemplar las estrellas.

Muchas de las noches tranquilas y estrelladas, Pérez interrogaba con mirada inquietante á los astros porque el porvenir é misterio de la p'rtalidad de los mortales habíale atraído más que más curiosidad como estaban su cerebro.

Algunas inquietas y vecinas se fue aver varias veces de él. Un chiquillo robóle un sillazo, una legona tiróle una rebolleta y una veja descargóle unos mocos de candil. Por el día ocales á él ruido de cabeza, mientras contemplando la luna se interrogaba sobre la causa por la

que los rayos del péido aún le causaban dolor de cabeza, volándole por agua y coque de roca.

Poco a poco la suerte regresó a su vez con menos y se volvió; un limbo de la, a desprendida por el cielo de un guir vno a acatlarla con un chichón. No tuvo a culpa, esta vez, a Luna; la tuvo Marte.

—Será mejor grandes hogueras a inmensas trenas e retirarse para la reconstrucción con nuestros vecinos de Marte?—preguntó a Pérez. Y la condescendencia no dejó de esperar; lo sé en forma de piedad.

Sánchez, que acababa de llegar aludido; ayudó a la palera a verarla la cabeza y a ponerle unas hilas en el chichón.

A la siguiente, mientras se lamentaba de su desgracia de el a Literales Sánchez pensó, diciéndole que dentro de unos días sería el preceptor de los hijos de un reputado señor suyo, a cual no dejó de animarle, porque las retribuciones de que vive, además de ser mezquinas daban por, salvo el caso de Sánchez, el cual, como sus reges no iban prosperando, lavorecía hasta costearle a casa de huéspedes.

Días después, un domingo, Sánchez, que era aficionado a los juegos, llevó consigo a la Plaza a Pérez, con ánimo de proporcionarle una distracción, ya que por no alargar más con la especulación, se legería a reversione.

En una de las gradas de sombra de la Plaza, requirida de las barreras, colocó entre dos hombres después de haber dado unas docenas de puestas y, recibiendo otras tantas de empleados, señores y maldecidos. El uno es alto y delgado, el otro bajo y grueso, parece uno un diablo y un negro ante el otro.

San nuestros éternos Pérez trae la misma ropa de siempre; Sánchez va mejor y para asistir a los juegos se ha proveído de un comodón, una corbata enarrada, un

basión y una breva. Picegado alio Pérez ha extendido un pañuelo de yerbas, grande como una serpiente, se lo sentace colmendo el codo sobre la rodilla y el puño bajo la barbilla mirado, ha visto y oído. Sánchez, de pie, apoyado sobre el basión, el cordobés hincó mirón, en donde se veía por todos los alios y raparó bocanadas de fumo como hombre satisfecho; ha girado el ojo á unas matas, ha hecho señas á unos amigos políticos entre ellos un maltratado—y ha salido de una sala, res de un palo.

Momentos después empieza el espectáculo.

Pérez ha observado que así como en carnaval, á veces gente, por ir cubierta la cara suele enseñar á demás mostrándose la cual es; así también en los juegos muchos se descubren y dan á conocer; e á las lindas, virgen valientes que licitan y se estremecen aradas cuando se gana levorilo la sed destruido por sus deméritos, reatemp en impetibles como un loro girapán sacale los desarmados lomos de un rocin que espasce, maribudo por la arena su sangre y tripas; un pacífico ciudadano manso credein doméstico que á penas se atreve á burlarse á su ante su esposa y que al parecer no tiene voluntad propia en los lances esgrime tirado una tranca, quiere huir, grita y estreme como loco furioso, arda brama con un vocero y sus celos parecen hincharse. Portachas, al percibir el dolo de la sangre, un otro etc me nesterco á lucillo que á penas sabe pedir sus detaches cules es exigir su cumplimiento, en los lances p de cabeza, discute las meritos, verita el coleclamo laurel y se muestra intransigente; gentes incapaces se ven en aglindas, seres sanghlos tréanse en etreles. Y hasta príncipes y reyes presider corridas y prodigar regalos á toreros y los escatiman á kahlas y virtuosos, lo cual hace recordar no está le ante el tiempo en que dos duquesas se disputaban el ser queridas de luteros.

No parece sino que las víctimas se desangran y girar hacia el público los ojos vidriosos le parecían y se vanagloriaban esparciendo con el fin de la sangre la barbaridad, el salvajismo y la violencia.

Oversé además que los espectadores al estar como torrecitas empujados en el espectáculo, pierden la conciencia de castidad y educación, no preocupándose de las víctimas de que hacen víctimas a los que, mena, muerden y muerden, asombrados. Tal acontecimiento a él: cuando tras Pérez, hallábase un individuo a quien por ella e por toda la vida que cubría su humanidad con sus gruesas piernas le sostenían ambas espaldas, con sus pies le pisoteaba de continuo, y con sus gritos, imprecações y comentarios le no había bastante. A ello unióse la imprudencia de no apagar las cerillas con que daba fuego, y continuó el fuego, las que cayendo sobre el pañuelo de Pérez, lecer prendiendo el fuego hasta chamuscarle a él.

Pérez sintiéndose en peligro — probablemente porque se estaba en brazos — protestó y salió un cateñero que además de la chamusca le recibiera un palo.



LIBRO TERCERO



CAPÍTULO I

De algunas cosas literarias.

La Historia, después de la charrequina y de la exposición que de la redacción de «La Libertad» sufrió Pérez, no señala averiguación ni hazña alguna de ser recordada que llame mucho la atención. Cuenta sí que pasó por cuatro o cinco años durante los cuales enseñó, si que enseñara, mejores métodos de subsistencia, presiguió sus estudios juveniles y ejerció de profesor, ayudante en el ejercicio de preceptista en algunas casas particulares. Trece hego datos abundantes respecto á dos virreyes, discípulos y admiradores suyos, á quienes nombra con el pseudónimo de Fray Anselmo y Fray el Riego.

El primero aprendió de Pérez su alén investigador, sus inquietudes, sus dudas, la parte metafísica de la esencia de su ser.

El segundo en adquirir este alén pero heredó su amor á los hombres y á la paz, la verdadera caridad y la parte sensible.

El primero, por su carácter era leve y aborazado para toda clase de dudas, desde las científicas a las religiosas, y filtraba con cierta indecisión, permisividad y propensión a escepticismo.

El segundo, por su bondad, por su puto y fuerte amor, por su optimismo, debía latar en una ciudad encendida y elevarse a altura cristiana, ejerciendo la más alta de las virtudes: cuidando enfermos.

Al praxero, a quien llama Fray-Buseño, una lo da a conocer con la reproducción íntegra de sus *Memorias* ó *Cartas* dirigidas a un amigo y al segundo, con una breve narración de su vida.

Dice luego que Prax a medida que estudió y aprendió cosas nuevas despertábasele deseos de conocer cosas nuevas. La ciencia le apagaba inquietudes espirituales, pero en cambio, por cada una de ellas encontraba dotales. Cada nueva adquisición menta praxale ante sí nuevos problemas. Cuanto más sabía más cuenta se debe de lo infinito que ignoraba. Por cada cosa que estaba viendo otros otros muchos. Cuantos más conocimientos alcanzaba más tenía por conocer. Todo era en él dudas y objeciones, cuestiones y problemas, dramatisle de conclusiones. Se lamentaba a veces, de no ser más ignorante, por ver en la ignorancia una inextinguible luz contra las inquietudes mentales, y sin embargo un grado de arraigamiento en su mente el deseo de saber, sea un veneno y lo tomaba. Envidiaba a los que carecían de necesidades cognitivas y él se las inventaba. No pertenecía a aquellos individuos de los letrados generalmente cultos que no sienten la inquietud de someter a crítica todo lo existente, limitándose tan sólo a mantenerlo y desahogarse porque lo encuentran bueno, aceptable y conservable, por el contrario, era de aquellos pocos, que no se contentan con la cáscara y superficie de

los cosas, sino que intentas penetrar en sus más hondos y trascendentísimos reinos para sujetar bajo su dominio a la naturaleza y todo lo existente.

Cuento aquí la Historia que después de haberse quemado las pesadillas pagando noches valencas, vaciando el co, cenando merica y pensando más, cayó en singular traua, descalza e la nueva metete filosófica que dejaba los malos todos los carnaldes, garaje con él se llegaba a la razón un versal y por tanto se armonizaría con una nueva incógnita e la ciencia con la le, a lógica con la se arde, la creble con la clero, y la existencia con la cognoscible.

Arrulló como fiebles de certeza el sentido común, la conciencia d sentido íntimo, los sentidos estéticos, la razón y la voluntad.

Pero luego como hizo de su melado, empezó por aver que a cual fuente de conocimientos se arimaría. Y a pulir los apuros, en suha al comenzar por una al ración por se exárei ó por una duda, si agarrarse a que pierda luego se, d empezar por el «Credo en Dios Padre...»

Se acercó a la razón y a su ni de lógica, estos le en-aron algo, le hicieron de poco pero no la guzaron por el camino recto de senda condurca al eseplicismo.

Llenó d los sentidos y estos le encaminaron a lónes alios que era como condurca a lóguica y acercó a rebelaron el padre d siesior de glia harin la supransthe.

Se arimó a la autoridad religiosa pero esta exigible a la ules que a razón, deblende acuar d priori lo que se quería someter a exárei.

Volvió na ojes hacia la actividad científica y la halló impotente para todo lo que se sa'era de la experiencia.

No se olvidaron enlo los antiguos alquimistas his-

caminó a piedra litoral como Pérez andando a zaga
de un método filosófico.

¿En dónde encontrar el primer principio de las cosas
elementales humanas?

¿Cuál lazo en la vida de la certeza?

¿En dónde ha de haber una verdad estricta de todas
las cosas?

Pérez no pasó adelante porque no pudo, y no pudo
porque la verdad absoluta no es enguascable en esta vida
para el hombre.

Todas las métodos filosóficas son, pues, insuficientes
para descubrir el velo de los misterios del Universo.

Si en verdad hubiera llegado a la cura, si la imbecilidad
apagara su regular discurrir lento, si en su espíritu
hubiera asediado un orgullo desmedido, tal vez habría
abandonado alguna teoría peregrina, vestida con ropas
nuevas y alguna rancia á barriada estériles intentando con-
quistar un nombre filosófico, tal vez no en vano, pero
en esta segura edad de imbecilidad—como a quien
baila todo verdaderamente—todavía son tentados por
fúnicos pensadores indistintos que á penas conocen el arte
de discurrir.





CAPÍTULO II

En el que se principian las "Memorias," ó cartas
de Faxy-Buacón

Detalla la Historia con orden sus parteceras y genu-
cencias las aventuras espirituales de don Pedro Pérez al
andar en busca de un sistema finalista en qué enochar
una suprema verdad origen y medio de descubrir las
demás.

Contiende tras esa Qu'énna sustruó un y a fin de amar-
guras y sinsabores, las que al bien en le rompieron ningún
humor le quebraron e espíritu. Esta vagó por los dramas
campea metafísicos; tomó por la verda espiritualista y
legó a materialismo; bajó por la pendiente positivista y
acercóse al materialismo; siguió por la vía racionalista y
la prosa se embolnó en las arenas de la duda y excep-
sismo. En sus atones no dejó de abrevarse hasta en las
aguas turbias y misteriosas que corren por el cauce

de las tendencias melancólicas van desde el Magrelismo al Espiritismo.

Aquí, aquí el caballero, el de la Triste Figura, perdido el uso con un libro de Calígula.

Hay más, Pérez, el de figura triste, no lo ha perdido todavía, pero lamentablemente hace lo posible para perderlo.

Todas estas andanzas, aun que curiosas é interesantes, salvo para los entendidos y aficionados, no dejan de ser pesadas y largas. Y como el autor cree que entre las laas, los poemas son las más útiles—ya que el ejército de los dioses es necesariamente más grande que el de los caballeros cabales—prescindirá de tales narraciones, supliendo la deficiencia con las *Memorias* y *Cartas* de un discípulo de Pérez. En ellas—menos pesadas y algo más breves—van relatadas las incursiones espirituales del discípulo, y por ende, parte de las que integran al maestro.

Hélas aquí:

Pálidísimo amigo, No te he escrito más—peor aún, como te prometí hace un año, al separarnos, porque no he tenido humor para ello. Me han pasado tantas cosas y tan pasarme otras tan extrañas, que cada al soy el mismo que jugaba caballos en el colegio.

Extrañísimo, y no sé por qué. Sólo al se decirte que me causa hastío é indiferencia lo que antes me entusiasmaba; hehe un escaso y momentáneo gusto en darte mis amigos encuentran un placer larva y el varero; y que la risa y carcajada, cosa corriente en mis compañeros, me parece no común en mi rostro.

No he creído que todo eso era prodigio de polichinela y chucherías de rapaz, pero sí bien sabes que me quise engañar, corríes al llanto y que crecía me tallar una meseta para ser mayor de edad. No, su caso es otra que no conozco bien. Cae que crece el o no te he del pensamiento que ha nacido el alma. ¿Citar se me da la realidad de la vida y por lo miserable que es el vivir... para padecer... y luego morir.

Otra mezcla de que el espíritu no esté tranquila es, creo, el ante que cada día sentir más y ver con claridad la verdad, es decir, de distinguir la verdadera de la falsa, lo bueno de lo malo, lo agradable de lo feo. Tanto me ha acostumbrado esta idea, y lazo cavilo sobre ella, que mi adhesión por la belleza de las cosas creadas que tanto me entusiasmaba en otro tiempo, hoy es casi fría y permanece indiferente ante lo que me entusiasmó.

Si, antiguo siento quebrar y malestar, impotencia y abandono de la voluntad, una fatiga extrema al resistirme, a la tristeza y llanto a las lágrimas.

Me entusiasmé por la poesía de la naturaleza ya pasó. E mudó me parece una cárcel inquieta de la naturaleza me redondea cruel, y sus caprichos son de un género melancólico. Los encantos que experimenté en sus dulces, sus enjargas, no a contentar ni las estrellas y ver las flores, sentir el zefiro de las aces, el perfume el aire aromado y fresco de una hermosa noche, no al ver esas hermosas flores deshojadas por el viento, al poder en marinarado sin mal de en una jaula a la débil paloma por presa del gavilán, la vida fútil de las mariposas de gases que nacen para ser arrojadas por el viento, la lucha vanagloriosa que hace vivir tiempo sosteniendo unos brazos contra otros, sin otro fin aparente que aumentar el dolor y la existencia insoportable que crean las cosas humanas, el esfuerzo doloroso que supera al hombre el vivir.

les pedregales de la escalera de la civilización, flo que nadie le ayuda á subir sino su propio esfuerzo.

Y pienso también, al observar que el glóbulo no es más que un pedrículo en donde la sangre, los 'églmas y los restos de las víctimas sólo sirven para preparar la existencia de otros seres que á su vez serán víctimas de los demás; y al ver el esfuerzo de la locuacidad naturalista en creerse tanto ser que se dice y lo mismo se afirma en documentar y demostrar, me exalto, me indigno, é impotente para remediarlo loro,....

II

Roskoffler me hizo su heredero. Me refiero á aque-
lle ella á quien lamaba yo así, y que lá conocía.

Joven millonaria y de título de condesa, quise correr mundo para conocerla y ganarla, ya que tenía prohibi-
ciones y medios para ello.

El orgo de contar sería ya fútil si no narrarle cada uno de mis actos y todo lo que me ha ocurrido durante estos dos últimos años. Me limitaré sólo á lo más preciso y curioso, y á cumplir lo que no conoces todavía.

Después de recorrer algunas ciudades de nuestro país, en las que me á vertieron que pude, pasé á la corte, en donde me esperaba Enrique, nuestro último amigo, y ver á los conocidos que me habían á correr juergas. Allí conocí por mediación de Enrique á Elsa y María, dos niñas muy encantables, alegres y de impecable figura. Una de ellas, Elsa, fué causa indirecta de un lance á aventura que me sucedió. Ocurrió de la manera siguiente:

En casa de un amigo mio, punto de reunión de varios

compañeros, felices y dadas más á mano á ellos, con-
cuerdo á B. sa y á un barón de n, escribió y estudió que
pasaba por lo de á arriba, cuando en realidad era su
amante y proleto.

Yo fui mirando con buenos ojos por parte de Elisa, le
que, sabido después por el barón, pidió las cosas y es-
tudio á el medio comunicarse de mí con una hija á esta
parecía. Pretendía el buen hombre de chispa y era el
ele y estubo en la tertulia. Enrique presentéme al ba-
rón, y al dar las manos, entendi mi timidez y alre me-
lancólico burla de mí con estas palabras, que dijo por
la boca y al lado de una dama que estaba á su lado. «La
primera parte de esta prueba es que te loaces en mi
liza.» Yo, al oírlo, hice la acción de darle con el plomo
salud sea la parte repudiando. «Y la segunda con
que doy.» Sullizóse el pobre hombre y encarándose con
migo, dijo, que le había echado un brío sobre su
liza, muchacha que debía ya lazar con sangre, y desahí-
me á lo que respondí que yo no sabía manchas. Y á su
desahí contesté con esta frase, produciendo una celebre:
Para romper una sandía no quiero exponer mi cabeza.

Tas cosas y cerca ados de los cincuenta ahogaron
las grías á la prisa ones del buen señor, y irón con-
tingió con una epigrama con una tibeta de barón en
que Barón recibí á espaldas adriático, pero palmente por
parte de mi conde noble, quien varió entre por lo y es-
palda una burla. Era un gusto verlo, modin benco,
arrastrarse sobre las alombres y pe irca, batió la mesa,
las parterillas de las damas, y hacer otras linderas de
su repertorio.

De la corte las otras incidentes que eran ya co-
rrer y marche á las playas del Norte, regresaron luego
para concluir el estilo en nuestro pueblecillo incompara-
ble de playas deliciosas y de subidos parnassos.

Un día que, unfo á la orla de' mar estaba enaguado una turhiza que pudiera ser comida por los o'as, habíabame una idea que por su esbelfez y linera, llamó mi atención. Esta mujer era María, aquella payesa de que tantote te hablaba, y que llegó á interesarme, aquella en fin, en cuyos brazos gozara yo delicias celestiales, el para mí era fuere tormento infernal 'n consideración de cómo amara é desamara de que yo sentía, no tenía mi espíritu ni satisfacción ni interés.

Con ella y Enrique, en mi yacht pasamos el o'ño recorriendo el Mediterráneo y visitando toda lo que nos parecía roble.

Invernamos en París. Toda le dany la lo antes excepción 'n que no vivíamos distramente.

A las desgracias y peripecias alla añadíase a bulda de Enrique y María, como uero lo diré, pervenientes quere narrarle este pequeño incidente.

Cercuaba á mi casa un amigo de Enrique, á quien trataba desde el primer día, con ejeriza. Era este amigo, ceptado, uno de esos individuos que se pegan no sólo al traste sino también al bo'sto, labos por rateros y por prolección; que pretendía en ser la fortuna con sus chistes, que era de mala pata como se dice vulgarmente. A sus enrazas—por no decir nulas—enaldades por persona es, añadía el ciclo de baslemao noermente. A cada frase, como si fuera el ingrediente necesario para dar más realce á sus pretendidos chistes.

Siendo María indicaciones, un día que se hizo insoportable con él de bazo y se enerré unos minutos en el aposento número ciento, diciéndole: «Aquí puedes desahogarte hasta contigo mismo» y añadir: Si no creyeres en Dios lo increparé, merces estar enerrando por allá y yueo; y si creyeras en el in'bestemas, también te enerraré por acá y atrevido.

Esa burla enemistóme con Enrique; pero esto no hubiera sido nada si no se hubiera seguido.

Supe un día que María me era infiel, y me hizo me acordar no sólo de eso sino también de que no me estaba lo que causóme algún pesar, no porque yo quisiera por ella gran cosa, sino porque hallé en ella una mujer lista y desagradecida.

Me hallaba ya en cama con algo de fiebre. En aquella estaba María y Enrique bastante de ida y muy animado. Sólo era yo el mismo de su enfermedad, pero un espanto me la denunció. Un señor hasta al que siguió un prolongado silencio, hizo me incorporar en el lecho. Quise saber y recordar. María se prometía de ser siempre mía. Pero reflexioné y me dije:—Nosotros los hombres somos demasiado egoístas con las mujeres, en sé de desearlas mucho para su cuerpo sino también su corazón. ¿Cómo exigir de una mujer que en su esposa no encuentre siempre fiel y amante? Tal vez María me fiaba por Enrique más que un buen peso oro, una sensualidad momentánea, y converse para mí su corazón. ¡Por qué no! ¿Acaso nosotros amando a una mujer, no buscamos, á veces, ideas para recrear? Pero ¡fúndese! Vi cómo María se levantó, abrió un cajón en donde guardaba ya unos chales en blanco que acedaban un capital, los entregó á Enrique,.... y huyeron. Si, huyeron ellos, la angelical María, la cariñosa María con Enrique, mi fiel amigo Enrique, que me era deudor de grandes favores.

Sólo, abardecido y enfermo pasé unos días cual pudiese figurarle.

Va concluyéndose un día al ir de paseo, encontréme con un religioso, pasame min, á quien yo había visto ya mucho tiempo. Celebró el encuentro y yo también, porque sabía ya que le había en él. A un verdadero amigo y un buen consejero. Le propuse me acompañara

en mi vida, y obteniendo permiso de sus superiores, acepté pero suplicándome que mi primera excursión fuera a Roma y los Santos Lugares.

Así lo hice. Las buenas raciones de esta infancia religiosa y sacerdotil amigó, junto con las dulces emociones que experimentaré al contemplar la grandiosidad de los monumentos cristianos que recuerdan la sublimidad de la vida de tantos santos héroes, despertaron mi espíritu a la vida religiosa.

III

Estaba ya sentado en un banco de una capilla de un gran templo de Roma y era al alardear. Los religiosos entonaban un canto solemne, pero que penetraba en el alma. A compás del órgano, era vapores por los ámbitos del templo sus voces ya graves, ya agudas pero siempre armoniosas. Una de las imágenes del altar era la de un santo apóstol predicando a la multitud; el artista había impregnado en aquella escultura la idea de cantidad e imponente que por unos momentos al aherrir en su contemplación y, ensimismado, he bucé involuntariamente a plagiarla. Por mi arrobamiento pareciera que el santo se me estaba burla y que con ademán severo a la par que majestuoso y persuasivo, me gritaba:

— «Imbécil, algo más que ir pensando estúpidamente sus humanos y miserias por el mundo, tiene por fin el hombre. Algo más que crear, reproducir y morir, es el hombre. Algo más que ir aumentando el número de los sepulcros llenar por fin las generaciones humanas al pasar por el mundo.»

Estos pensamientos fueron como un marillazo que me hizo despertar, a señal de alarma y toque de aten-

edad, el momento que se acerca el cambio; el sendero que conduce á un nuevo horizonte.

Desde entonces pienso que pronto la vida le envolverá que reliese mi espíritu en su día veré; entonces ¿qué será de mí? ¿qué será de ese yo que quiero, pienso y quiero?

Ese cuestionario puede serme indiferente, puesto que se trata de mí mismo, de lo que va á sucederme dentro breve tiempo.

Pero más allá durante de ya desde aquel día empujé pesadamente y á única problema para mi interés: esa vida de ya con sólo presente: las vagas esperanzas que el tiempo eterno y siempre oscuro en el punto sobre el cual gira todo mi ser.

Esta idea se apoderó fuertemente de mí y me obsesionó, me hizo romper las leyes que me habían aprisionado, leyes que yo no me ligaba fuerte. Yo había buscado el placer que tenía y sabía que yo no iba á

¡En el amor. No encontré mujer que me le inspirara de una manera noble, pura y desinteresada. Las caricias de esas mujeres, cuando son empíricas, no me satisfacen, y el ser producto de conquista es á trueque de satisfacción y desilusión se renueva.

¡En el placer sensual! No llenar es sólo la bestia que quiere.

En la ambición! Mis sueños no eran realizables.

En la amistad y trato social! Egoísmo y falsedad es lo que revela generalmente por las partes.

El don religioso debía, pues, ser mi último refugio.

IV

Qué desencantado vida es del que hoy se miraba cuando—dijo un prete—y aun era serio, á la verdad.

Desde que te he librado de llenar en mi nueva vida, he

experimentado esas emociones tan delicadas y exquisitas, antes desconocidas para mí, le sobornaba por esas emociones tan lindas y bellas que aún propiciaban las placeres de espíritu. Me sentía relativamente feliz, y no añoro la vida leve de las grandes urbes.

Aquí, en las montañas de esta villa de Pollença, (Mallorca) entre las paisajes hermosos con que puede recrearse uno, con la vida sana de cuerpo y de espíritu a que convivia todo contemplando por doquier la obra del Creador, me encuentro mejor, y me espíritu más tranquilo desde que he despertado a la vida religiosa.

En la cumbre de un monte muy alto, cuyo por lo alto las nubes siempre encerradas y gigantesca coronadas de blancura resuma por el cielo, he construido mi quinta, un hotel espacioso, con honores de palacio, de castillo y de convento que habita ya con mis huéspedes, unos religiosos y amigos serios.

Han transcurrido unos meses desde que estoy aquí y me parece que sólo hace unos días. Cosa extraña se parece a lo, siendo al parecer mendaza esta vida. Nada de eso, amigo mío; a lo menos para mí. Aquí, el bien me puedo permitir esas libertades, de que abusé en esta época de mi vida, todo el tiempo que resta después de lo consagro a meditaciones místicas, estudios religiosos y científicos, lo paso relativamente bien, con plena tranquilidad y alegría.

Aquí, no le creas que todo es estar y leer vidas de santos; a veces, las bellas artes, los sports, excursiones y otros entretenimientos son cultivados por monjes. Por de aquellos huéspedes son excelentes más cosas y cosas bien, otro, traslado al interior de panoramas espléndidos que por doquier se descubren, tratando de llevar esos milicos y contrastes de color tan variados y esa vida de vida aquí tan hermosa, no siendo siempre alorito

nado en conseguirlo: ayer en broma, mi amigo me afirmaba que ya duda de si es cielo y si es azul. También tenemos un poeta, sobre todo gran verificador, que nos habla en verso, y en verso nos cuenta chistes de ingenio.

Para que te convenzas más de que aquí no reina el aburrimiento voy á decirte en pocas palabras mis ocupaciones, en lo que me entretengo, en fin, todo lo que hago.

Me levanto como los pájaros, muy de temprano, si no tengo sueño, ó los desvelos de la noche anterior no me lo impiden—porque has de saber, que hay días en que las discusiones científicas religiosas ó de arte y meditaciones místicas me roban la mayor parte de la noche.—Si el tiempo conside á ello, uno de mis placeres favoritos es presenciar el espectáculo de la salida del sol, panorama sin igual en estos sitios, ó paseamos con mi hidropilano por las tranquilas aguas de la bahía, que en aquellas horas parecen las de un lago, luego en nuestro templo se celebra misa, alternando con las preces, música y cánticos religiosos de los más inspirados y melódicos que en su vasto repertorio poseen nuestros músicos. Lo demás del día lo dedicamos á excursiones *sports*, juegos, paseos y al estudio. Por las noches ¡oh, qué noches tan deliciosas! El aire aromado y fresco, el centelleo de las estrellas, la claridad de la luna, la poesía de la naturaleza, todo ha sido cantado en las veladas por nuestro poeta. El ruido de la tempestad, el harrisono retumbar del trueno, el silbido del viento, todo ha encontrado imitador en las voces robustas del excelente órgano que maneja sin igual nuestro organista. A veces, ante el espectáculo del temporal, cuando las tormentas se desencadenan en la terraza del hotel se improvisa una orquesta. La otra noche se ensayaron diversas composiciones de renombrados maestros, entre ellas la *Danza morabra*, de Saint Saens. A la luz de una fogata (que aquí llaman

fiesta) y á su alrededor, en la terraza, estábamos todos. En lugar de los llamas proyectaba nuestras siluetas en el gris de las nubes á sobre las rocas; y verdaderamente parecíamos laulasma que nos deslizábamos por los ca-parinos subiendo desde las alas maravillosas, estirando las riendas y las nubes.

Como no me disgusta la música he querido aprender á tocar algún instrumento y con ella proporcionar, tal vez, una ayuda á nuestra ceguera. No dirías cuál instrumento he escogido; pues es flauta. No te rías. En mis fuertes melancólicos-aparatos aprieto el parche tan de lo tardo que la algarabía que yo armo, puede cumplir con el lugar de los leones. El momento me mira con ojos entre indulgentes y compasivos, y mientras ellos sacan armoniosas notas de sus instrumentos yo apuro esa mala cénica.

Desde que estoy aquí, la tranquilidad de espíritu ha rebastado y civilizado la inteligencia por lo que me he dedicado de lleno á perfeccionar mis innovaciones en los aeroplanos.

¡Qué excursiones aéreas tan magníficas hago con mi aeroplano!

¡Qué gusto el desfilarme desde lo alto de estas montañas hacia el fondo las playas del mar y luego, repentinamente, ir á posarme sobre el Peig, Elloch, Randa u otros e evasiones plásticas!

El incompañable placer de mecerse por los aires, es sensación tan fuerte que raze en sensualidad.

¡Me siento le'is!

V

Mi religiosidad y progreso moral van en aumento, lo que me ha dado ánimo para seguir la camino y línea de condonación que me he trazado.

Hace unos días que á instancias de mi director leí a mis compañeros y amigos religiosos un modesto discurso lo á ensayo que compuse sobre un tema religioso importante.

A pesar de que se merecen ni de mucho ni tan cerca de discurso á escucharse a, como es mi primer ensayo y lo era de tanto no he tenido inconveniente en traerle aquí, más ó menos fiel, para que cuando guies pases por él a tus oídos.

La letra era sobre las pretendidas contradicciones entre la ciencia y la fe.

Poco más ó menos dije así:

Aunque á vosotros, como á todos en los estudios del globo, se os venga de nuevo a que ya pueda decirse, no obstante, cese recordaros algo de lo que exponen en sus luminosas obras de controversia a guisa insignes sabios y áridos de exacta pengia alguna que está considerada, como un árboles y abnarr a veces de la incomparable plenitud de la ciencia del globo que se ve en nuestras creaciones.

Sólo en el supuesto de una gran diligencia por parte vuestra y que espero merecer, y suplicándoos perdón por mi atrevimiento y benignidad para conmigo, me aliento á pasar adelante.

Dice Pa ves en su filosofía fundamental que sucede con frecuencia—en las controversias metafísicas—que le grave, lo significativo, lo que hace meditar á la filosofía pensador no son ni los resultados de una disputa, ni la razones que en ella se adocen, sino la existencia misma del objeto de la disputa.

Algo pater de sucede con los problemas científicos y contradictorios entre la ciencia y la fe. No quiero decir que en la religión no existan misterios y cuestiones profundísimas, cuando la filosofía y los ojos dispu-

tan displica la humanidad misma; y todo lo que afecta al linaje humano es digno de un exámen puntual; despreciarle por los trabajos y cavilaciones que le rodean sería caer en la mayor de ellas. Pero lo que ya deseo demostrar es que el mantener con sólo la balanza de la razón en la mano, el origen y causa de las teorías y doctrinas heterodoxas, de los errores y preteridos conflictos entre la ciencia y la fe, que se han levantado contra el cristianismo, y se ven bajo el aspecto literario y científico, se hace el literatillo y snob, se ve que aquellas causas son hijas casi siempre no de la humildad, sino de orgullo y soberbia, no de la caridad y amor al hombre sino del más refinado egoísmo; que esos conflictos nacen en cerebros que más que ver ni ideas rectas arman intercepciones torcidas y que por el amargo trato que han producido las doctrinas heterodoxas puede ducarse de la brevedad de las relaciones.

Algo alresido me parecerá mi aserto, pero nada más cierto que lo que en él sustento, ya que cada prueba tiene la evidencia de una doctrina o tesis, como la bondad de los hechos que parecen al ser plebeo o precioso.

¿Pero es que existen verdaderas contradicciones entre la ciencia y la fe?

Los pedantes, presuntuosos, como todo lo que es literatillo dotados, tal vez de esa eridición que parece embalsa por la oscuridad, y ensombreados con el furor de la impotencia a despreciar lo que ellos no comprenden;

Los eclesiásticos en quienes su profesión ha embolado el conocimiento de lo verdadero, y que abundantes en preterores, enana escasa en saber y dignidad se alardean a decir lo que nadie oír y a explicarle todo.

Los poderosos espiritistas a quienes a perpetuidad en de la sentir esos dolores que desamparan la conciencia del ser y que dan temple al alma para aspirar a grandes cosas y a conocimiento de lo verdadero,

Los rayos de la explosión que se hacen aporreados y truenos cuando cesan los rayos de la fuerza, alaridos alérgicos, se cabozan y fallan en sobrellevar de los demás, y predardo alopios nec e esaben convertirse en zánganos de un infortunadamente burlidos.

Los leclones y escl'lores que, encigulles des por es-lyóns ligeros que des ombiar en vez de lustrar y por este especie de ilustración que dá á es inle'geres má- gnr ligeros y átreximienlo.

Los polilicos maledicenes y de escudicia dudosa á quienes las tiriblas lánaronen para extender sus redes.

Todas esas ac aman la austera enseñanza de á ver cac porque en loren de su orgullosa inteligencia y de su coradón; esos, si, ven contradicciones no adlo entre la ciencia y la lésinn en lódo lo que ellos no abten com- prencor ni explicor, sin rannor, imbéciles, que en es cuestiones embles y eligirsa la burla en arma que adlo h ere á lo que la esgrina.

No ex sien, no, catidad celones entre la ciencia y la fí, existen m lées es; toisón no nos parins para la subli- mirad de la religión y sobre los cuales no liege la ciencia l'araisceide de ringura e as para trandar descorrer el vein —¿Acaso no liere también maledicón la ciencia?— La naturaleza lódo igné es sún or lémoror maderin? —¿Ha resuete la cleve á o que es la vida?—¿Ha compren- dido n agún fildento er qué consiste esta fuerza má gnr por la cual se arda, se mueve, pierse, sierre y quiere? —¿No se saben los sábs os parn kis resculrimienrs no a duda y de la l'pdiésis?—¿No negen hoy o que ayer afirmabaí otros sábs os?—¿No están en contradicción ciertas lerrías cleruliles entre sí?—¿Acaso no han ecle- lesado eles mirros la impolencia de espíritu humano parz reso cor ven sá o sus luerce, los mides os que er- riera el eliger y destino dal un veteo de la lumaridad, y de lódos os demás seres creados?

Si han afirmado que en el vestíbulo interior del templo de la filosofía se encuentra la duda y escepticismo, y penetrando en su santuario no se ve más que el orgullo disputado sobre lo que no puede espirar, y procurando con vergas de palabras simbólicas é ininteligibles ocultar su ignorancia.

Hay más: la verdad no puede ser contradecida por la verdad misma. Es lo está al alcance de todo el mundo. Lo que hay es que cuando se presenta una aparente contradicción entre dos verdades, aquella, no es que exista en la verdad misma sino en la manera de expresarla.

Muchos ejemplos podría presentarles de ello, pero me contentaré con uno sólo.

Una de las objeciones á que más se han aterrado los racionalistas para desvelar 'a solemnidad de los libros sagrados es la de que el reino bíblico de la creación en los seis días es lazo, aduciendo como pruebas el que las ciencias físico-naturales reseñan que necesitan por lo menos muchos miles de años en formarse y tomar la estructura que ahora tiene.

Aun advirtiendo como existe á que los racionalistas afirman,—á pesar de las discrepancias científicas que sobre el particular reúnen—el ellos se hubieran tomado el trabajo de estudiar los comentarios bíblicos de la Iglesia, habrían venido en conocimiento de que la palabra hebrea que fué traducida por día, o puede ser también por época ó período de tiempo; y aún prescindiendo de esto, guiándose sólo por la misma razón, hubieran deducido que no podía admitirse el significado de la palabra día, puesto que estudiando la relación bíblica á antes de la creación en que existían los siglos, es evidente que no podía existir el día.

Otro ejemplo se me viene á la memoria, que demuestra hasta la evidencia los errores en que cae la intelligen-

la humana que se gule sólo por sí misma; y por tanto el énfasis arbitrario es el querer siempre en todo la salvedad a la autoridad científica.

Allí, en los tiempos medievales, la ciencia afirmaba y sostenía que nuestra parcela era una superficie plana. Más tarde, cuando los descubrimientos de Colón y Magallanes hicieron caer en el ridículo a aquella teoría, se movió otra vez menos peregrina, que volcaba a la esfera terrestre, en el centro del universo, nuestro planeta en su círculo astral, y, al fin, el siglo de gran magnitud, como inquietos de un mundo que apenas si veía pasar, en las vastas urbes de un inmenso.

Y esa ciencia que se afirma que necesita del tiempo para confirmar sus suposiciones, que tiene que ser una hipótesis para sus descubrimientos, que tiene que esperar en la duda para proseguir por el camino de la investigación, que los secretos que arranca a la naturaleza no son sino una guía de agua de inmenso océano que le da por descubrir para llegar al completo conocimiento de la verdad, y cuyos sacerdotes científicos elevan hoy la que ayer ellos negaban esa autoridad, armonía, es la que pretende echar el cara a la luna la sedad de sus misterios.

La ciencia física se queda en la nada, en la obscuridad, es decir, en lo sensible, es lo que sólo está el silencio de los sentidos. Y la razón por sí sola, aunque el hombre vive varios siglos, aunque confiese con el cansa de conocer mientras que va alejando el tiempo, adelantarse muy poco en la investigación de aquel no verdades que se le niegan por Dios, y con nuestra razón y fe. La razón es completamente ciega; al sacarse de la tierra de la obscuridad de sensible, y sólo, hacia a alcanzar un paso más a él del orden temen en el del universo.

se; interrogada acerca de lo que pasa en aquellas regiones que están fuera de alcance de la experiencia y que a que nada sabe. Si en la dicha que por la inmensidad del espacio giran ilicítos cuerpos luminosos, es porque aque- os cuerpos le han enviado algún débil rayo de luz al través de un telescopio; si os asegure que en la microscópica gota de agua, mora innumerable muchedumbre de seres organizados y vivientes, es porque según maltramiento de óptica le ha facilitado a visión de aque fenómeno. Si así no fuese locos estos seres exterior ocultas para la vista tras un velo impenetrable.

¡Cuán reducida es la inteligencia humana, y cuán limitada su orgullo!

Pasemos ahora a hacer un pequeño examen de los más aventajados doctores de esas portentosas del saber, de esos heterodoxos tan celebrados; hagámonles destilar ante nosotros y llamémosles a juzgar no por lo que ellos mismos predicar, por sus máximas, por sus clichés y por sus hechos.

La colección es magnífica y variada; sus ejemplares, desde los Platonos de la escuela de Espirito, hasta los libros más modernos, ofrecen contradicciones monstruosas y los espantosos más grotescos de la ciencia y de la vida que se entrega el magín que no se acepta a más autoridad que a sí mismo.

Y desfilan Pílagoras, con todos sus discípulos; aquel cuya autoridad se creía de tanto peso como la de un dios; autor de un abultado de errores, algunos de ellos resueltos hoy por los modernos escepticismo.

Vienen luego Sócrates, Platón, Aristóteles, Séneca, Protagoras y otros. Uno fue condenado por corruptor de la juventud; otro levantaba templos a Venus; aquel, enseñaba que las mujeres deben ser comunes; éste, aconsejaba matar o dejar morir a los hijos que nacieren re-

cullicos; y todos se general, además de ser «linces de tierras tan peregrinas, y de verdades como setas más que humanas, preguntan que el hombre sabio, es el que en tierra desnat para sí, las cosas mejores y más aporadables. De Séneca se cuenta que poseía riquezas por valor de muchos millones.

Saló también el padre de los escépticos, Pirión, el *dal perro*, aquel que afirmaba a sus discípulos que nada veía claro y que nuestros sentidos nos engañan. Un día le impidió ver a un can que corriescirmos nada envidiosos querían hacer el diente en una de sus patirrellas, lo cual procuró, huyendo que el fui de Plcieta.

Y finalmente viene Epicuro, padre de los sensuales, el cual enseñaba en su lincolia, que el placer es el sumo bien, estableció en él ningún otro la religión del yo individual: el egoísmo.

A la serie de estos filósofos se preparan, cuyos doctrinas, puede afirmarse sin equivocarse, fueron por regla general el cullo al egoísmo, debe añadirse la de sus principios heterodoxos de los tiempos modernos y de éstos el que haya formado la historia universal y religiosa, no le vendrá de nuevo el ni siquiera le mismo. Los mundos de gloria, la ambición de grandezas, la avaricia, el lucro, y el deseo de suculer todo yugo religioso que reprimirase el corazón y la inteligencia, d é lo menos el deber de encomendarle a sus irracionalismos: fue la familia y la evadura de que las guerras religiosas y civiles que tanto ensangrentaron el globe.

También los tiempos modernos han sido leucados en li esolastros de ese juez, pero en fondo a la verdad, debe decirse, que han ventajado a los antiguos en una cosa: no en sabiduría, sino en d sponer a más y peor.

En primer lugar colocó en el Lufem, sien era por ser la persecuticac de de a inel scripura religiosa y civil, y a

milado á Zuinglio y Calvino. Á quienes tanto les daba predicar la libertad religiosa como mandar castigar á los que no comulgaban con sus ideas.

Pergamen luego á Voltaire, aquel que arrastraba su lengua por los suelos de los palacios para luego sacudirla contra los más sagrados, y á quien ni la creía y sarcasmo, arma que manejaba con igual, le bastaban para desembarazarse del malhumor á que le ponía su escepticismo.

Y á Rousseau, uno de los principales causantes de aquella herejía que se llamó Revolución francesa, y seguida y doctrina fueron una perpétua contrariedad.

Entre los racionalistas, hagamos desfilar á Diderot, Proudhon y algunos que aún representaban de la filosofía alemana. En cuanto al primero debemos decir que la teoría que lleva su nombre no es más que un acercamiento de la que ya sustentó el antiguo Empédocles resucitada por el moderno Lamarck. La teoría evolucionista en sí, es decir cuando se llama sólo á estudiar y separar los modificaciones que en los seres causan los agentes físicos, no está relacionada con el origen bíblico de la creación—como lo enseñan diversos teatadistas modernos—pues aunque la relación se limita sólo á exponer que Dios creó los primeros seres ó gérmenes y no especifica si eran susceptibles de perturbación retroceso ó evolución. Darwin, pues, se llevó un poco—como vulgarmente se dice—al ver que sus obras no habían producido el efecto y el ruido apetecidos, que dan nombre y dinero á los autores; y entonces hubo cuando se decidió á regalar un mono á la humanidad y hacerlo pasar por asombroso sujeto, publicando la obra «El origen del hombre».

Y venga Proudhon padre de los socialistas, aquel que afirma que la propiedad es un robo, y eso que se esfuerza de poner en sus obras «en propiedad». Sin duda se creyó

esta bellísima mujer era para ser Firdus o inventar
la peregrina leyenda y pobrecito no hay más que repetir
a que dices los bandoleros está en Andalucía á el Rill,
cuando se pone el puñal en el pecho del viajero, no pa-
saron con hacer es llamar a cordero.

Respecto á la tan ponderada filosofía alemana, cuyos
mañidos son peyorados como paterna universal, dicen
Balmes, madame Stael y otros ultraderechos en materia,
que aunque las escuelas han subido mucho en las ciencias
rutas si se leen que no sólo los alemanes en filosofía han
podido hacerse de poseer sus profundidades. En sus
lecturas de metafísica, Kant, toma las palabras como co-
fres y es de a saber que le arredra sin parar en el que
tienen por el uso. Los filósofos alemanes, se pasan por
un mundo imaginario, repleto de matices, y quien los imita
puede en seguida en necesidad que se despierte no sólo de
todo lo que se parece á los pensamientos vulgares, sino
también de del sentido común. De esta manera la filosofía
que quiere pasar por profunda cuando no es más que va-
riedad y embrollada, puede afirmarse, que no es más que
una jerga y pobreza más pretenida aún que la
de los alemanes de los antiguos filósofos.

Ver en esta á Drappier, autor del libro «Cartillas
entre la Ciencia y la Religión», obra llena de la sedada
de las verdades históricas, y no donde se se la forma de
hechos y expresiones sencillas, convirtiéndose en densas
y tempestuosas nubes, lo que demuestra no ser más que
la intención de autor, ya ha sido verificado y refutado
por el célebre autor de las «Armas entre la Ciencia y
la Fés».

Relaxar á los aristócratas, nobles y terratenientes, en-
gordados aborrecidos de la filosofía racionalista, no nos in-
terestamos en comentarlos. Se recomiendan ellos solos.

He aquí, entre otros, a guisa de los principales paros

de la insolencia, y lamemos de colores que han pretendido instruir á la humanidad con solo las luces de la inteligencia, los que con sus doctrinas han convertido á la tierra en una Torre de Babel, los que predicando charidad, pretenden conquistar en esclavos de sí mismos á sus insínticos, á los hombres.

Discutámoslos un poco, y pensemos lo que sería de la humanidad presa de las locelinas filosóficas. Solo por un momento supurgamos al género humano practicando las doctrinas de Pícoro, Hebea, Proudhon, ó de los socialistas; ¡Qué ruido tan horrendo! Desterrado el heroísmo y la caridad, sólo veríase por doquier bestias salvajes en lucha sangrienta disputándose si que sus instintos apreciarán; no teniendo más dios que el feto el más reciente que el gece. Y es que el hombre, en las trabas de la conciencia, de sus creencias, ó de la religión, es bestia más lenta y más sensible, por la misma que es la más inteligente; porque esta inteligencia, rotas las leyes que la esprimaban y un saber á quien servir, se hace esclava de las saúlides, del eguismo, del yo.

Resumámos: A la ligera han desfilado algunas de las principales pretendidas direcciones de los hombres, y nos preguntamos: ¿Habeis visto en ellos verdadera humildad? ¿Habeis oído de sus labios y deducido de sus actos un rasgo de sublime caridad?

Todos ellos pretender de sabios de héroes, y hércules, por un del bien; todos ellos se venden como amantes de la humanidad, como altruistas; y á la vez, lo que se descubre en ellos es en el fondo, eguismo, y en la superficie una capa muy sutil de filantropía; y bien sabéis, amigos, que la filantropía, como dijo un gran hombre, es la manera falsa de la caridad.

Es frente de ellos aparecer Jesucristo. Su filosofía es la caridad, su método el amor, y amor corroborado con

muelle en crisis, y en palabras con que da a correr sus delirios son sencillas a la par que sublimes, y en todas ellas resalta una extraña humanidad y heroico sacrificio. Y él es quien, tratándole al A. el Nazarelo, a la vez que es el ejemplo de la elevación que no es posible para él.

¿Quién puede hoy correrlo sin experimentar profundas emociones?

Y qué diferencia entre las predicciones y el empleo de Jesucristo con los demás cristianos, y con de amonición de los predilectos amores y verdaderos de la humanidad!

Aquí los predican el amor, la caridad la resaca el dolor; y con Jesucristo el su frente destempera su sangre, no esgrimiendo arma homicida de ningún género, sino ofreciendo de ellos mismos como víctimas.

Estos por el contrario predicaban la libertad, la guerra a la autoridad y la revolución. En dinamita y el puñal son los medios armados de estos héroes de la fraternidad.

Aquí es en todos sus predicaciones acompañadas de penas de amor y sacrificio. Estos en cambio a sus promesas y buenos discursos preceden a semejantes reglas, antes de repéndidos y surtiéndolos banquetes.

Aquí es, en fin, dar a la sociedad verdaderos héroes de la caridad como en Vicente de Paul y un Juan de Dios. Estos engendran a los asesinos y dinamiteros como An. el 10, Mirel, y otros de cuyo nombre no quiero acordarme.

Termino:

Crea, hermanos, que, si bien debido a mi ruindad y a la brevedad de esta periquita, no hemos desarrollado con claridad de razones y apoyo de argumentos lo que tenía propuesto, por lo menos, al embargo, son suficientes las

expuestas, para preveniros contra el error de no menos mirar con prevención á sus apóstoles. De todas maneras, por muy bien pagado me daré y por extremo satisfecho, si con ello he conseguido aportar un grano de arena á la obra de hacer brillar la suprema verdad.

Este es el discurso que me permití dirigir á mis amigos.





CAPÍTULO III

Es el que se continúa en Carlos

VI

Hasta que se ha perdido la tranquilidad, se descubre el inmenso valor de la paz del alma.

Te extrañas de que después de haberle tan lesado en mis anteriores de hace unos meses que era feo, me que ahora emergente. No es para menos.

El maltrato de la vida religiosa ha venido á perturbar mi vida interior; cejan de mi bienestar he ido á dar amargarme; riñe en las peregrinaciones por el seno de la Iglesia me crea caminar por terreno seguro, y por lo último á mi Dios, la suprema verdad, me ha impuesto el camino este fantasma horrible que crea creales en las é m d m, desgarra mi corazón y trastorna mi cerebro.

Un día me sentí diebre y había mallo. Con mi mercancía conseguí llegar hasta el pino de Formentor en

un día viví, lo que me dió ámbros para seguir el chaceo del Montezón; mis experimentos con el litopiano, y estudios para utilizar como combustible la fuerza de las mareas y de los ríos, diéronme buen resultado; mis progresos morales y religiosos eran de' agrado de mi director, lo que prometíame en este mismo día, que desde luego sería admitido en su orden como novicio, lo que me alegró en extremo.

Pero al pensar de todo, acudía un vago lema, un pensamiento de desgracia, como si alguna linterna se acercase: veía allí en el horizonte de mi interior, un punto negro, una de esas nubecillas que luego se fueran en tempestades y profundas nubes. Con este lema, acercóse la noche. Intenté combatir el sueño, pero en vano. Erhé mano de mi libro de meditaciones y escribí algún alivio. En página por donde se abrió el libro, hacia referencia á la crucifixión: era una meditación sobre la bondad, poder y sabiduría del Creador. El siguiente día, y luego cerré el libro impreso, para leer en el libro de la vida, á mis meditaciones.

La noche convidaba á la meditación. Sonaban en aquel momento las doce en nuestro reloj, cuyos sonos se perdían tranquilamente en medio de silencio de la noche. Era ésta, una de las más hermosas de verano: noche pura y serena, revelada de un mar de horizonte de estrellas, la luna misteriosa; la misma quietud, la de ceplados de la luna la suave fragancia de ambiente natural con las perfumes que esparcían las plantas de nuestro jardín; el trillido de la noche; el débil murmullo de la brisa; el estado extático de mi alma... Todo arrastraba á la contemplación y á dejarse llevar en alas de la fantasía.

¡Oh, qué paz y dulzura sentía todo mi ser! El momento aquel purísimo cielo con sus misteriosos mundos, siempre el mismo é impasible y siempre tan interesante y desconocido.

Me ve como por un espacio de tiempo por los luzes
 desconocidos parecían — en su ilusión — que me elevaba
 por los espacios sin fin. Creí atravesar las capas más su-
 lizas de la atmósfera, y por fin llegar a aquellas regiones
 ignotas para el hombre. Allí me gané gulárdome por
 senderos desconocidos llevándome á un punto donde todo era
 luz. Vi y conocí como los brillantes sales y á las merce-
 dades. Subí más arriba y hallé á los celestes habitantes, y
 allí muy lejos y muy arriba entre un trueno se declaraba
 la suprema Verdad; para volverme hacia mí me quedaba
 la verdad de nuestra patria y sus habitantes y loaré las idó-
 las empoderadas más altas, y al quererles dirigirlas a su pre-
 ma Verdad como para interrogarlas, la luz me cegó.

Así divagaba mi espíritu, cuando el celerrillo harín
 fresco, soñando me trajo, sacándome de mi arrebatamiento.
 Al relevarme, dirigí una mirada de despedida á aquellos es-
 pacios sin fin y parecíame que la luna con su cara hermosa,
 y fría como de máscara carnavalesca, me había hecho
 una seña.

— ¡Adiós! — Me dije.

Cerré la ventana y me acordé. Una curiosidad, una
 duda no me dejó conciliar el sueño.

He aquí:

Entre tantos miles de millones de ástros, in-
 mensamente mayores de más importancia, tal vez de
 mejores condiciones de estabilidad, que el que habita-
 mos... ¿por qué exagerar Dios el nuestro para habi-
 tación de la Humanidad, patria de su propio Hijo y
 teatro de la Redención: en una palabra para
 centro de las voluntades divinas?

Esta curiosidad, esta reflexión é la que se urrieron
 varias dudas y objeciones, atormentándome toda la noche.

He aquí algunas:

— ¿Es casita dad grande que á la tierra le haya es-

birlo o suerte ser la patria del hijo de Dios ó verdaderamente existe alguna causa desconocida de cosmica para ser nuestro planeta la patria de los malditos.

—Si no es casualidad cabe preguntar: En los otros astros ¿hay hombres? ¿han sido visitados por el Creador? ¿han sido redimidos también por el Hijo de Dios? las iglesias y los infiernos ¿ser también para aquellos habitantes, ó es que los infiernos son sólo palenquillo de los trameros?

—Es raro que los principales magos y cortesanos de élá arriba hayan sido humanos.

—En los otros mundos ¿habrá habido también, parecidos terrenales, Adanes tan bonacharros, Evas tan gelositas, serpientes tan habladoras y Luzbelos que hayan ido también por el 2.º á ejercer sus habilidades?

—Si no es casualidad ¿qué mal va hay para que cursare por allá haya tenido la importancia de lo que sea, para ser el teatro de tan grandes acontecimientos; ya que si hay que reírse por el papel que juega nuestro planeta en el Universo no merece pena de lepariencia?

—Tal vez se ergallen nuestros pretendidos sabios al pensar que nuestro planeta en esa vida que un grano de arena lanzado en la inmensidad, y que no es el punto más culminante de la creación.

—¡Puede...!

—¿Acaso no han variado las *entendidas*, de sistemas astronómicos como ya de zapalos? ¿lo han descubierto ya todo? ¿No es una gota de agua o carneida comparado con el océano que lo ha todavía por descubrir? ¿No se vege hoy lo que ayer se afirmaba? ¿?

—El ser que como un Dios se apareció á nuestros primeros padres, que dió leyes á Moisés, que luego murió en cruz, que se ha presentado bajo tan diferentes aspectos ya terrible, ya manso, como un Jesucristo é

como un jehová por siempre el mismo á los séculos siglos?
 ¿será de al á escriba?

—Esos sobrelunales seres si ya interviene en el
 mundo no se pueda dudar; esos seres tan extraños que
 se han paseado por el mundo, que han dado lugar á heró-
 ticos varos, pero ciegos y maldes magos ¿seren
 sólo y no es hombres?

—C'ón ciencia sólo un simple hombre, al presentarse
 por primera vez ante los senos de judios no sólo pudo
 hacerse pasar por rey de los españoles y no sólo lo lo,
 sino también como un Dios.

VII

La lluvia de obispos y diácos que leon como é me-
 jor y atribar mi arco misal en ra ha cesado; sales al
 contrario, á medida que voy leyendo las chras de entrec-
 versala para calmar á tempestad de mi ánimo, como há-
 cen para mis herólas su lectura engendra en mí ideas
 nuevas.

Unos días después de haberle escrito mi querido cor-
 le, estando ya desahogado en mi habitación, y á los
 muros de mis cuadros que entranle de mí en gahar de la
 pared Representaba uno de ellas la calca de nuestros
 primeros padres, con la serie de desgracias y males con-
 siguióles á aquel a culpa; y el otro figuraba el sacrificio
 de Abraham.

Algún rato había que miraba ya los leterla equívocos
 cuadros, cuando há aquí que se me ocurre este pensa-
 miento:

Siendo Dios el sumo poder, la sabiduría y la caridad
 misral, ¿por qué pasar el mundo á nuestros primeros
 padres, y permitir que fueran tentados, si previa si lieque-
 ra, los amores males de algulentes, y deducir el do-
 ces sacrificio de su Hijo?

No es cómo expresarse la impresión de sorpresa que me causó esta duda al profundizarla, por las consecuencias que se desprenden, y ulnomo a'igo á la memoria de lo que sobre el relato bíblico de la caída de Adam y Eva, había leído.

—La resurrección bíblica del pecado original más bien parece alegórica que real, dicen algunos polemistas. Agregan entre otras cosas que el Génesis no hace mención expresa del ángel malo en la historia de aquella culpa, y tampoco habla de la serpiente, y sin embargo é la serpiente se la ha presentado como ligura del espíritu del mal; así pues, del mismo modo que á la serpiente se le ha dado la ligura del mal, Adam y Eva podían ser ligurados y no reñidos.

—Además, ¿Cómo al de Eva que a serpiente hablaba no huyó? En natural era huir, escaparse, no prestar, enseguida, atención á sus palabras, á no ser que las demás se resies también fueran ni una habilidad que no vemos en ellas y que no hay motivo para haber perdido.

—La serpiente se arrastraba sobre el vientre y comería polvo todos los días de su vida... no puede tomarse en el sentido literal de la profecía —pues seguramente la serpiente ya se arrastraba por los suelos en aquel tiempo— es una prueba más de que aquella tradición es más ligurada que real y de que sus frases se prestan á diversidad de interpretaciones.

—No es de extrañar que se haya mirado como alegórica y no como real el relato bíblico ya que se duró desde muy antiguo de la autenticidad de la Biblia. Sabido es que á la desconfianza y deslealtad de los jerarcas cupo la culpa que le á los ejemplares de la Santa Escritura, tanto á los que servían para el ejercicio público de la religión, como á los que usaban los particulares. De los transcritos ejemplares que quedaban, multiplicábanse las copias

y traducciones, debiendo de introducirse por ende ante
muchas variaciones y modificaciones, ya por no existir
el sacerdote el permitirse al culto de los judíos, ya por
la ignorancia de los traductores y copistas, á por las ne-
cesidades de leerlos por personas y ayendas á que eran ajenas
neces los pueblos antiguos. Los doctores y ecclia de la Igle-
sia metiendo en las lenguas antiguas, como cuando escri-
ben y de los que pudo recoger, compuso y tradujo á que lue-
go ha servido de modelo y se tiene ahora por escritura
sacra que por eso pueda regularse por exacta, como no se
tendría por la á la copia de un cuadro que á su vez lo
fuera de otro ó otros sacados por pliegos más ó menos
hábiles. Prescindamos, para de ello y larguemos como
cuello la historia de aquella hecatombe.

Ocurrenos en el paraiso Adam y Eva, dioses de Crea-
dor libertad por serlos en los ángeles de los ángeles en la
existencia á excepción de uno sólo porque era de muerte.
Pero el espíritu de los ángeles — es de suponer que con permiso
de Dios — se dirige á Eva — en cual según el sentir de va-
rios doctores de la Iglesia, entre ellos San Agustín, ya
existía dolida de no sentir amor á la propia libertad y
presunción de sí misma — lo que fué tentado por las el-
gientes palabras: «De ninguna manera morireis porque
sabe Dios que en cualquier día comiereis de él según
abierlos vuestros ojos». Resulta pues, que de salida de
Eva la desechad en ella, que en era en la ingenuidad el clauder
al Señor, por manera que fué preciso que viera el es-
píritu del mal á través aquel pecado, obrando Eva se-
ducida por la palabra de Iubal, Dios les había prohibido
que comieran de aquel fruto. El demonio alega aquel
prohibido, diciéndoles que no merecía. Dios afirma,
Iubal niega, y Eva cede, y cae. Sin la tentación no
hubiera habido culpa, y la tentación fué con la permisión
de Dios que previó el fatal desenlace, luego la perm-

sión de que Sóloñ ensayara sus habilidades de seducir y la potencia de sus garras en los inocentes hijos de Dios, Adán y Eva, por la culpa de aquella flaqueza. Hé ahí un ejemplo: Supóngase un padre y una hija que se amasen en extremo por aquel pero que tiene el defecto de ser ciego. Se le ocurre al primero examinar los grados de curtosidad de aquella, y al efecto le hace varias preguntas, dirigiéndole son para que pueda leer los índices de corrección de esa vejía. A lo cual no abre porque no le da la juventud en deseos de ver su confusión, pero la prohibición del padre a detiene. Más he aquí que un amigo a un doncello—con el permiso del señor padre—le da una con avisos a fingirle a abrirlo. Ella se agita recordando el mandato de su padre. Le insiste afirmando que seguramente nada más encierra aquella cosa sino una preciosa joya. Presta oído a esta observación, abre la caja, se espantó de gases venenosos y muere tras horribles sufrimientos... La joven ha la lado (cual lo dudó) por las persecuciones. El padre estaba en el derecho de encerrar la curiosidad de su hija; es cierto, pero también ha visto y más que evidente que no padre que expone a riesgo de muerte a su hija sólo por un capricho, que deduce a flaqueza de su hija y sin embargo a tientas a no tiene error de padre a es también... Si este cabe de decir en un ejemplo de animal humano, mayor es el resultado opinado el anterior razonamiento a en ser más, poderoso y amante por excelencia, porque aquella sabiduría no deduce los hechos sólo a algunas veces por hacerla al hombre sino que los prueba con toda claridad y exactitud aquel amor no es simple cariño o simpatía sino amor y buen mal corresponde al ser Supremo... ¿Qué padre amante de sus hijos se leía una letra que inviera encadenada para luchar con su hijo, aunque le creía excrementos acerca al deducir que probablemente sería despedido?

En mismo cabe preguntar con respecto al sacrificio de Abraham. Si Dios sabía a obediencia de su siervo y que sacrificarla gustasen á su hijo ¿por qué tentarle? Si por el contrario, Abraham, al modo de la liegre de Egipto hubiera resistido el mandado de una y fuera condecorado al castigo eterno; ¿cómo esperar que la suma caridad expusiera en la riesgo? Abraham preclara su fidelidad?

Se dice que los terribles enen son mecán de prueba. Muy exagerada ó contradictoria parece tal afirmación. El buen médico no prueba ni ensaya sobre sus enfermos. Los médicos que saben las causas de la muerte. Quien sabe en ensaya; quien no sabe, prueba.

Resulta, pues, que el relato bíblico de la caída del hombre, más que un misterio parece un contraste entre la sabiduría y la caridad divina. Ahora bien—se dice—la existencia del mal moral y físico es un hecho innegable. Por el tanto, ha a cualquier punto de vista se mire el mundo, el estúpido y crueldad en los salvajes, hipocresía y sensualidad, en los civilizados, y egoísmo en todos es a que generalmente desconfía en la Historia. Si la existencia del mal moral y físico es innegable ¿cuál es su origen? Muchos se han empeñado los filósofos en explicar, en presentar medios de combatir y en ofrecer seguras soluciones. Pero en vano. Sólo el cristiano ofrece la solución más satisfactoria y que más llena el corazón. Luego si el mal existe y la solución que éste problema da el cristianismo es la más satisfactoria ¿por qué dudar de ver el relato bíblico? He aquí la ironía, he aquí el contraste, he aquí la lucha que tiene que sostener todo creyente amigo de volver al hacerse como vulgarmente se dice, entre la espada y la pared. Entre la certeza del relato bíblico necesario para explicar la existencia del mal moral y la contradicción en que se halla al parecer, el amor y la sabiduría divina.

Esto es un misterio—me dije—Si misterio, pero pareciera que a una verdad para ser aceptada y admitida debe presentársela por lo menos bajo formas que no sean absurdas ni contradictorias. Otros misterios hay que, si bien no pueden ser comprendidos y explicados por nuestros conocimientos en por eso están residos con la lógica y el sentido común. Sólo después de mucho tiempo de pensar, de discutir y de estudiar, para no tener que repetir, cada noche, el cabeza sobre la almohada, empapada en lágrimas de dolor causadas por la ceguera dada, creí encontrar la solución en un libro religioso que trataba sólo por llegar; sostenía como solución del problema que Dios permitió la caída de Adam y Eva porque había determinado hacerse hombre y morir en Cruz. Ya he hallado la solución—me dije—pero no así, porque al examinarla a la luz de la razón, ocurre preguntar: prescindiendo a cada de nuestros primeros padres y el nacimiento del Hijo de Dios, ¿cómo en existir aquélla para no dar lugar a la más sacrificio? Además, si la permisión de aquella culpa tuvo por objeto la Redención, resultaría que el fin de la Creación humana fué la Redención y los medios a prevalecer de de Luzbel y de nuestros primeros padres, la primera tal vez como inclinadora de la segunda: lo que equivale a tener por falta el modo de obrar de Adam y Eva y a hacer a Dios inclinador de la desobediencia.

VIII

Lo que se es visto por desgracia—ya sea por la prevaricación de nuestros primeros padres o por otro motivo de nosotros no conocido—es la existencia de mal y de su consecuencia, a saber, que devota al prójimo ser humano. ¿Qué es lo que caracteriza a hombre? La estupidez

Para él a edad burricelada de las pasiones, potlendo edroa en hospitalis y manicomios. Se desencadena el instinto sexual bajo dos formas: amor y desamor. Bajo la primera parece un demente y bajo la segunda un ser mal estúpido y sádico. Seguramente a bestia humana herida por la pasión amorosa, a causa de las luchas, fiebre ardorosa se desena, i cines y cienn en que se revuelve, atrere el espectáculo más grotesco que la imaginación de un gran buido inventara.

Para negro del fuego de la sensibilidad que le domina a la hoguera de la ambición y cuando élies le abac-doren se presa de a murcin.

Llega luego a vejez, tan estúpida como la infancia, con sus enfermedades y debilidades sin curria.

Concluyendo esta gran traji-cinnacia humana con la muerte terrible para unos, reheleada por otros, tem da por'os más; llevando unos, rando otros, indifferentes a qué'los, según crean les espere gloria, placer, do ar, el gran arren é a rede.

Así concluye la vida, este trágl é impreceplible dic-ma llamado hombre coge orgullo desmedido contraria con su pequeñez, síomo que se rubhe por breves momnfos en este teatro llamado mundo para luego trancirse en la inmensidad y concluir su misteriosa vida.

Esta es la real dad de la vida humana; la historia lo prueba por desgracia, en cada una de sus páginas sobre la multitud de hechos que relata, de crímenes sin cuento, de emboscadas desmiedidas, de guerras sin número, con palabras en grosera caracteres escritas con sangre y á-grima: se declaran e mal y e diron.

Esto es lo evidente y claro, lo que no pueden tapar las escrituras más parcelales. La felicidad y la dicha para el hombre son negal oes, sólo el do ar es posidiva como ya dñ un eflebre nucer.

Esta es lo que se hace aquí y lo que yo ven por ir-
des partes.

Yo veo el mal abundante y trullar por exceso y por
seguido el bien; llamar desequilibrado á un heredero y ve-
lido gracioso á lo malvado y escamotado.

Yo veo á los grandes miserables meritos y ser parásitos
de un pueblo prometiendo limpias y menudas bienestar.

Yo veo á los labriegos pueblos obedecer á sus tiranos.

Lanzados—se les dice—á las heladas, despreciados, su-
frend y merced por dentro y lo faren. Se castiga con el
veneno á un Sártales, y sin embargo él en gloria de su
pueblo. Se asesina cruelmente á un Jesucristo y él es
todo amor. Se aguijotina á un Lapicidas y es monumento
de saber. Se tuesta á una Juana de Arco y es la salva-
dora de su pueblo. Se giralliza á nuestro Moloch ya sea
un Alejandro Magno á un Napoleón y apenas se acuer-
dar de un San Vicente de Paul á de un San Juan de Dios.

Yo veo á los estúpidamente seguros, seguros de
múltiples personales, citar los de sus antepasados, en otros
presente que de nada sirve al hijo elego al que su padre
muere *esta vez* y que la sangre para ser buena ilera
que ser roja lo que pretende de azul es á veces aguada
á poco de.

Yo veo á los infames, á los de *perro chico*, á los que
procuran con chupar *esta* á *infinitos* veneno, la ser-
la opulencia bichondola de las esperanzas; llamar bien
al lo negro y viceversa; lanzar la opulencia con fines
aviesos; deantar crímenes espeluznantes, desgracias sen-
sacionales, guerras interminables, combates sangrientos,
pueden como se ni fre por *panzer*, *ligeridad* de su medio,
y según consintiendo en directo la sangre de los víctimas
y es legítima de los desgraciados.

Yo veo subir y triunfar al atrevido porvenir, al pro-
fiter astuto y escudado y acudir al rabio y estúpido;

clar como sabio no al que le da sed al que suelviéndose en una jergona de pañetea instantánea sabe parecer hablando es pro ó en contra de cualquier opinión. Más se festeja á un bandido de ley, á un lenguaraz, á un alreído, á un cómico, á un frere que no á una heroína de la Ciudad.

Y en vez que muchas veces se llena por grande hambre en al que es grande en sabiduría y virtud siné al que le es en caridad, al pródigo y esquivandoz; hórreo no á los que creen en su salir á su patria en pedazos de la prosperidad; bienestar siné á los que se enlodan y sangran á saben matar y matar más hombres en menos tiempo. Y es que los rebates de los muchedumbres crucifican á sus bienhechores y aduan á quien les da peo; dar su dinero y se postean ante quien les divierte á halaga á sus volutas. Ya sea un acatado intelectual, un inclinador de la bestialidad, á un leso vendente con capa revolve carita. La profesión de un artes, á más vil cuando en vez de ser el brazo de la justicia, lo es de la política, ha producido tal intimidad de preferidos hórreo que aún demuestran ariete de herencia que ha sido olvidada.

Nadie se conforma con su suerte, ni quiere ser igual y se da la igualdad; fraternidad y aún se piensa en el reino libertad, cuando lo que hace falta es freno, es una casa de cruce á estable de bestias como en el mundo, el alge es la primera necesidad. ¡Cuántos pellejos que festejan la tierra serían excelentes beatas para en gar de una encierla!

Se mira el oro como la necesidad suprema, y como símbolo del poder y del placer, por él se cometen crímenes, por él se mueven guerras por él los enlados y naciones se agitan, por él se vende todo, y por él chulan los lases de San Pedro impas ordinadas no parecen abieran las puertas del cielo, sino porque eran de oro.

Yo veo, en fin, que en la historia humana poco se halla de bueno: sangre, lágrimas y suciedad es lo que llenan sus páginas al moverse el humano sobre el egoísmo, único centro de todos sus movimientos, estado, monarquía, patria, nombres son que ha inventado ese egoísmo para hacerse respetar, al es quien, desde el engaño, robo, asesinato, hasta dar la muerte á miles de hombres por el sólo placer de proporcionarse un espectáculo, emplea estos medios para sacrificarlo todo para sí; y él es quien exige á las débiles mujeres, el honor, la virginidad, la robustez del alma; á los fuertes, los hombres, la galantería y la impetuosidad, y así obligado unos á guardar lo que á otros gusta poseer ayuda á los fuertes á saborear las primicias del amor.

Más no es sólo con el mal la lucha que hay que sostener sino también con el dolor producido por el sin fin de miserias de que está llena nuestra existencia. Ambas se unen, y juntos dan la batalla al humano. Apenas nace ya es su prisionero, y continúa siéndolo toda su vida hasta que luego es abandonado á las garras de la muerte.

Lucha confusa es, pues, la vida. Todo lo que el hombre trata de alcanzar le opone resistencia. Si descubre algo agradable y llega á poseerlo, se ve luego impedido de seguir gozándolo. Si tras mil trabajos llega á obtener un relativo bienestar, se le sigue una desgracia o enfermedad se cuida de amargárselo. Y al venturoso llega á la obtención de algo relativamente bueno, siempre es en perjuicio de los demás.

Lo mismo sucede con los pueblos: la grandeza de las naciones mayores es siempre en perjuicio de las pequeñas. «La gloria de los pueblos es sinónimo de sangre y dolor». Las mejoras sociales y engrandecimiento de los estados, tienen que prepararse antes haciendo rodar miles de cabezas y sacrificando millares de vidas.

Tal es la realidad de la existencia que hace parecer á nuestro mundo un teatro y á nosotros, los cómicos por los espectáculos, se gesticona ya se ríen, á que damos lugar con nuestros actos.

Corre el hombre tras el placer y en presa del dolor; aspira á lo sublime y cae en lo ridículo; lucha entre la verdad y el error y cae generalmente en el niñismo, ya se mueve hacia Dios á no le comprende y huye; ya nina, á se arroparía, ya se ilusiona, á se engaña; ya ríe como un imbécil, á llora como un niño.

Na parece más que el mundo es dirigido por los caprichos de Salán á un guile de algún ser poderoso y eternal que se compare con las luchas y contrariedades de los humanos.





CAPÍTULO IV

En el que se termina el libro

IX

Hay á peras se le comen. No te sda ni por falta de
apetito, ni por tener á una indigestión.

El mallo ha sido olo. Cuando lo conocas te burla-
rás de mí.

Hay mallo; pero en ha estado en mi mano el evitar
la causa.

Estábamos en la mesa. Uno de los primeros platos que
se nos fue presentando, era un ave excesivamente ren-
dimentaria. Al servirme de aquel plato, acordéme como es-
tos pensamientos que vienen á fomentar las presump-
ciones, y á no dejarme comer con tranquilidad.

Según se desprende de la lectura del Génesis, y es la
opinión general, no habéis ros ha sido dados para nues-
tro servicio y utilidad.

Altra ben me dije: Y los inferiores animales que ya existían en las edades anteriores al hombre ¿qué objeto tenían? ¿Servir de alimento á la naturaleza?

¿Engañar la tierra y servir al hombre, y no más, es el fin de los brutos?

¿Qué premios esperar al alma de un bruto ó fuerza espiritual que les anima, ya que por el mero hecho de ser fuerza inmateral tiene que subsistir? ¿Qué recompensa y exaltación les serán dados por los inmensos dolores que sufren, por las crueldades del hombre y de la naturaleza? Obsérvese los inferiores brutos que diariamente sacrifican al hombre para alimentarse; los que inmola para sus necesidades; los auxilios que le proporcionan en la agricultura, industria y comercio, los que inmola en las guerras, espectáculos y diversiones. En cambio, el hombre ¿qué les da? ¿palo ó aguijón? Además, ¿qué inmensidad de ellos son destruidos por sí mismos, por la naturaleza y por los animales terrestres! Seguramente si en una tan alta lúese posible pesar los sufrimientos físicos del hombre y los de los brutos, pesaría mucho más los suyos que los nuestros.

¿No son dignos de otra cosa y no son necesarios?

Pero ¿para qué existe a tray entre el animal hombre y el animal medio perfecto bruto, para que á uno se le destine un cielo, los ángeles y Dioses que se lo disputen, y muera por el único Dios; y para el otro la nacimiento, el dolor, según parece? Si el Creador cuida de alimentar al más pequeño insecto y una hormiga puede mirar con indiferencia tanto dolor?

También somos nosotros, como ellos, individuos de un mismo planeta; vivimos juntos y mutuamente nos servimos de elemento de animales se entre el hombre, y á su vez su cuerpo es comido por ellos.

Si esos brutos, que también poseen algo inmateral,

pues lionen mueren a, entender, y cierta voluntad les anima, nos son necesarios, y su vida es mala, ¿quién no le habla al oído de dar que esa fatalidad pueda repercutir en algún de los hombres?

Tal vez, para seres desmembrados por coyotismo, nuestra existencia sea una carnicería, nuestras luchas un pasatiempo, como lo es para nosotros una rifa de gallina. Si se divierten con nosotros ejercitando sus feroces descarnaciones... ¿Por qué no? ¿Acaso es humano más tanto el milico más elevado en esta vida de tanta inocencia bruta para tolerar sus cecidades, o el pobre escarpido, la más sensible doncella quita la libertad y á veces la vida al débil pajarillo, sólo para recrear su vista y oído, es decir, por una sensibilidad, y considera en poco todas las crueldades que comele con un razón, porque siendo débil, requilice y embarda, y en libertad, perdesele y regaña como un gato, se le alfreo á las garras desprecie y mieda...?

La naturaleza naturaleza es igualmente cruel con nuestros compañeros de inclinación. El dolor parece ser su principal codicia, uno de los principales fines que sobresalen en su existencia. Y si me es así, ¿por qué la naturaleza permanece impasible ante la lucha de unas especies de animales contra otros, sin ningún tipo de aparente? ¿por qué esta lucha del hombre con sus parásitos y enemigos y de estos contra él? ¿por qué hace tanta carne que luego es reducida á desperdicio sangriento y por fin se pudre...? ¿por qué tanta vida, tanto sangre, tanto dolor...?

La eterna lucha que parece desprenderse es, que la naturaleza se esfuerza en propiciando en gran escala combates que destruyéndose mutuamente, con gran dosis de sangre y dolor, dan un espectáculo grandioso interesante, fenomenal.

¡Entre os seres..., el á n munda en esta lucha en que
somos actores, desde el más viciado al más elevado
hombre, conocierámos el espectáculo, le admiráremos,
cual vuestros gladiadores, y olfagmos sus aplausos.

X

Ya que he ido expone rdo le 'cidades que han verido
á enirrhine mi tranquilidad espiritual, seguiré reseñando
las que posteriormente se me han presentado, como
afirmando que eres á todo o melafístico; si no fuerz así,
no me permitiría narrarle tales cosas porán que no es
matena propia para élle.

Según la ecociencia católica sobre la 'liberidad de los
actores humanos se desprende que el hombre no e
irritado al mal que o siquiera puede obrar el bien, ni
deserir o, á no ser por la gracia divina. Abno bien' des
privilegios con aces—dipón del cristianismo—se admi
ten sobre la gracia y predest nac ón. Uoces sostienen que
la predest nac ón á la gloria y grar a elica es irrealizable
con que son elig das y adoresdas algunas a aces, en entie
ramente graci'la sin tener ec cuenta el mérito del pre
destinado por puta on aces d'una. Otros, por el con
trario, afirman que la predest nac ón y la gracia elica es
irrealizable sólo se oten presuposiciones no mérito indol
duales. Así, pues, según los primeros «No predestica á
algunos á la gloria y respue es de gracia el cas á irre
sistible» y según los á otros «previsto el buen uso de a
gracia suficiente 'es de a elica y la irresistible y luego
los predestina á la gloria». Si es cierta la primera tenia
rta deducir lo siguiente: por el mero hecho de estar
predestnados es que se salven su modo de obrar más
que libre ex fatal, los sentos parecen más bien máquinas
que seres libres. Si la bienaventuranza no es un premio
ó recompensa sino una gracia ¿quién la ntendrá?

Cuál de los dos sistemas sea el más difícil averiguarle ya que ambos son admitidos y defendidos por los doctores cristianos, aunque al parecer razonable que lo sea el segundo y no el primero. Prescindiendo de ello, lo que sí parece evidente es que si el hombre se sintiera completamente libre para desear el mal ó el bien, su poca clara inteligencia para conocer sus ventajas ó inconvenientes y prever sus consecuencias, se dirigiría generalmente hacia lo bueno y nunca á lo malo. Si su libertad consistiera sólo en la elección entre dos inclinaciones de iguales ventajas ó inconvenientes, habría probablemente igual número de malos y de buenos. Pero el mal es tan excesivo y el mal tan abominable es prueba de que la libertad del hombre es pobrísima para el bien y abundante para el mal.

¿Dónde está esta gran libertad que han creído ver algunos en el hombre cuando en sólo para obrar el bien, sino hasta para desearlo ya necesita de la gracia?

¿Dónde está, si hasta para cumplir con uno de sus fines, la procreación tiene que valerse de sus pasiones, del mal, á darle cierta igualdad con el matrimonio?

¿Dónde se ha de esa gran libertad, si apenas se tiene para escoger entre dos potestades que conoce de una manera muy emborazada y en extremo misteriosa que se no distingue y de como puede escaparse á él una que le promete un cielo pero menos que imposible por el difícil á él que se martirizará por toda una eternidad?

Si el hombre estuviera dotado de bastante inteligencia para conocer siempre la verdad y el bien, de bastante prudencia para no dar entrada al mal y de bastante rectitud en la voluntad para inclinarse sólo á lo que le fuera conveniente, entonces que en este caso la libertad del hombre sería grande, porque no se entregaría al mal ó no sería que lo eligiera expresamente para rebelarse contra el Creador.

Al observar en el hombre su débil libertad, al verle tan inclinado al error por su flojo entendimiento, presa de dolo, engañado fácilmente por sus sentidos, tan contradictorio en sus actos y pensamientos, paseándose con esta lastimosa carga de miseria por el mundo, parece como si se exhibiera no un espectáculo propio para hacer divertirse.

Sus bulonacas ideas y aspiraciones, sus ilusiones y deseos; sus mentidos placeres y engaños, las tempestades y naufragios, las locuras y devaneos; las baladas y calaveras; y por último el furioso resaca tras la ilusión, perseguido por sus pesaciones que le breven, hacen en él ridículos cuando es herido por el dardo del amor, y cruzado con la traidora espada de la muerte... son espectáculos divertidos por la curiosidad, de interés por la grandiosidad... suficientes a divertir a los magos de un Salón bíblico.

Pero Dios no puede tener tales meniscuridades. Así es de creer. Pero hay que tener presente que el que pone en Dios un amor como el nuestro de una entidad y compasión de la manera que nosotros las comprendemos en el todo admite por varias razones, entre ellas las siguientes:

El ser supremo no puede tener otro objeto que sí mismo, ni otro fin que se conduzca a sí propio.

Si en Él hubiera un mismo riesgo de amor que en el hombre, estaría sujeto a las debilidades y flaquezas que caracterizan al mismo, pues amor sin deseos, sin ilusiones, sin abstracciones y variaciones, para nosotros, no es amor.

Amor es desear. Es evidente que el Creador no puede tener lo que nosotros llamamos deseos, porque el eterno poder supone la realización inmediata del acto deseado.

Además la entidad y compasión brotan a la vista del mal ó desgracia y con el deseo de evitarlo ó remediarlo.

Si no existiera el dolor, no brotaría la compasión. Si el Creador, pues, deseara la extinción del mal, es de suponer que no hubiera permitido su nacimiento.

XI

No puede tener de exponerse a guisa de baldeacreaciones que se me ocurrieron al examinar las lecciones que sobre las penas eternas me enseñaron.

¡Cuán triste la condición del hombre! No sólo sus contradicciones le deparan tan amarga existencia en este mundo, sino también, según el dogma católico, por el mismo mal va, á la medida de los humanos, los espera el consuelo de un infierno eterno.

No hay duda que sería difícil encontrar una religión que, poco ó mucho, no haya acribillado como viento el premio ó castigo futuros. Verdad necesaria, dogma indispensable; pero un Dios todo amor, poderoso y sabio, que aplica un castigo á otro y eternos por una sola falta ó culpa de esos que han dado en llamar mortales, es al parecer una contradicción.

Hé ahí algunas observaciones, entre otras, que revelan lo que cae de mi cerebro:

—¿Cómo la Suprema Perfección creó al hombre el grave error su linaje á ser presa del mal de una manera eterna? ¿Qué objeto tenía la creación humana si debía dar por resultado su condenación? ¿Por qué no se dejó en la vida al mundo de tantos seres que pasarán por él para luego hundirse en el abismo?

—Aun suponiendo que Dios no tuviera ningún interés por el ser humano ¿cómo puede permitir y mirar indolente las victorias de su enemigo?

—En contraposición él á él o se nos dice: Fren la imagen y semejanza del mismo Dios; que te crea lento; que

miró por él, inmensamente sabio, amante y poderoso; de quien bastaría una sola mirada para arduos y pa-
decimientos.

— ¡Tanlo error, tanto poder, tanta sabiduría y no dar por resultado la salvación de la humanidad y su liberación de todo mal! ¡Pobre libertad eterna! Pero para qué tenerla si poseyéndola no se consiguen mejores resultados?

— Si el objeto de ofrecerse al Salvador como víctima es para salvar al hombre, queriéndolo. El mal ¿cómo es posible le contrarío? El mismo poder sugiere la salvación sin obstáculos del acto deseado. Si quiere la salvación y no nos da dudas es debido a su poder. Si pudiendo no lo quiere, lo es su amor.

Si una gota de aquella sangre, un suspiro de aquel corazón, una lágrima de aquellos ojos, una palabra de aquella boca, una mirada aople al cielo era de un valor inapreciable, de un poder infinito, ¿cómo es posible la redención eterna del hombre? ¿Qué precio, pues, tendrían esa sangre y esas lágrimas?

— ¡Tú eres un Dios!

Como puede ser así si el bien parece ser muestra de impotencia a contras de él? ¿Lloras lo que padeces, lo que duele a un ser que tú y no puede recobrarle; lloras el dolor sus miserias; lloras el dolor sus debilidades; lloras, en fin el impotente para conseguir sus deseos.

— ¡Lloras por mí!

¿De dónde á mi tanto bien para conseguir las ternuras de un Dios? ¿De dónde á mi tanto mal para merecer un castigo eterno y eterno?

— Mas en donde reside el parecer la contradicción en gran medida es al considerar que queriendo e intentando en esta lucha por el alma humana es el Creador sino su enemigo.

En efecto: A causa de las debilidades é inclinaciones de que está doado el humano se entrega por regla general más á los vicios que á las virtudes; por manera que, ógicamente daciéndolo es de suponer que la mayoría de los hombres, por no decir casi todos, se merecen ser castigados.

Resulta, pues, que el espíritu del bien pierce los hombres á quienes dió el ser; y el del mal es el que se aprovecha.

El primero no sabe los creó sino que los redimirá con su sangre; el segundo sin crearlos ni redimirlos se espantará de ellos.

El primero les ama, les desea el bien, les promete un reino y no es obedecido; el otro que les aborrece, que les persigue, que tiene que martirizarlos, lo es.

El primero es el que todo le puede, el todo poder, y no concibe que el otro es un simple espíritu creado por el primero, y sin embargo resulta, al parecer, victorioso.

El uno es el señor, el dueño, el supremo existis; el otro no es señor, el último ni pobre diablo que le soba sus obras.

La afirmación, pues, de un castigo eterno y doloroso parece una afirmación exagerada y desprovista de verdaderos fundamentos lógicos, si en tiene que estar refutada por otra afirmación: la de las tribulaciones y persecuciones de Creador. Si no fuera así, más valiera á los hijos el saber que los padres se refulgeran al perseguirlos para librarlos con seguridad de aquel tormento.

Además es evidente que es más elevado y digno obrar el bien por correspondencia á un amor y esperanza de una recompensación en por venir al tormento. Lo primero tiende á la libertad; lo segundo á la esclavitud. Lo primero anima á la cabal criatura, desarrolla las simpatías y el amor hacia el Creador, y le hace aprender un re-

pugnare a el arte de sufrir. Lo segundo le alija, le inspira horror y desesperación. A los grandes martirios, cuyo terrible alia admira el más indolente, con seguridad el ardiente amor que les en mucha era inspirado no por el castigo—pero esto a lo más les dispusiera a un respoito servil—sino por la suma piedad y sublimidad que supieron encontrar en Él.

Estas y otras objeciones me hicieron ver en esta doctrina una exageración. La misma necesidad de su existencia, *supone si no existiera tendrían que inventársela* exagerada su terribilidad, dando por perpetuo lo que no puede ser más que limitado, es decir, preparándose a la culpa.

XII

Por mis anteriores cartas habrás observado las luchas de mi espíritu y de mi corazón: habrás conocido la clase de tormentos que se me han atravesado en el camino de la verdad que han verdado mis ojos y de tal manera embrollado mi cerebro que no sé por cuál camino llamar.

¡Pobre de mí! ¿Qué hará ahora en este laberinto oscuro, sin saber por dónde salirse, cargado con mis miserias y malas inclinaciones?

Combate constante é insostenible para mis pobres fuerzas luchas ilánicas entre la razón y la voluntad, lueles de loco conculmante.

La verdad es luz: pero cómo mirarla para conocerla? ¿De qué enien hay que valerse para ver a claró y concencerse de que las imágenes proyectadas no son mayores ni menores que en la realidad? ¿A habré querido mostrar de demostrado cerca y me habrá quedado los ojos? ¿Habrá abesado de alia y no de plume?

¿Será patrimonio de esta vida o la verdad, sino las ilusiones, las esperanzas, lo que parece mentira, en fin o falso?

¿Dónde estará lo verdadero?

He ido en busca de la luz clarísima de la verdad y lo que he visto está encubierto en tinieblas y yo no veo bien. He querido subir arriba, muy arriba en el monte de la subiduría para mirarla pura y sin velo, y luego amarla, pero ha resultado ser demasiada exquisita, que antes de darse a conocer se quiere ser amada. He visto dos caminos, el de la fe y el de la razón; he subido por ambos y cuando creía llegar a la cumbre y abrazar al ideal, he ido a dar de bruces contra una barrera tan gruesa para los que suben por la escalera de la fe, llega, barrera fuertemente cerrada que no nos deja pasar más al á; he probado de pasar mi cabeza por entre sus batientes para ver si que no creía verdad, y sólo he conseguido lastimar mi pobre melón, que nada ve con claridad. Creía llegar al conocimiento de la verdad por medio de un razonamiento puro y obtener lo sublime, y tal vez haya obtenido un juicio cristianísimo y temo haberme desengañado.

Pero no ¿cómo puede ser eso si creo no haber dejado de razonar, si estoy sólo montando a razón, la lógica, y el sentido común? Las objeciones que han ido lesionándose en mi cerebro lindan con las mismas principios religiosos que me han enseñado y son consecuencias que los desprecian, deducciones que nacen en mi cerebro aunque de observar, pensar y razonar.

Si la razón y la fe se basan en una misma piedra, la verdad, ¿cómo se investigan en el terreno religioso—pero con la razón en la mano—he ido a parar en el campo de la duda? ¿Por haberme metido en la maraña de los misterios? Si estos misterios no fueran en sí mismos

almas... y hasta algo contradictorias por sí mismas, a parecer —no me hubieran causado á mí un efecto tan sorprendente.

«Tendré que desprenderme de la razón? No. ¿Cómo podré hacer un acto de lá perfecta y verdadera, si antes, por madurez, la razón no me convence de la bondad y certeza de lo que debo creer? ¿Cómo podré amar á Dios, cumplir su primer mandamiento, si antes no me convencer de su bondad?

Es evidente que no puedo desprenderme de la razón. Pero la razón sin una autoridad, es quin libro de lecturas.

¿Qué hacer pues?

¡Pobre de mí! ¡Mis me valiera no haber nacido!

«Eso sí, maldito, que envuellos en la casaca de la fatalismo puedes hurta de los que se creen superiores á él por ser escépticos. Yo le envidio!

«Cristiano que sabes regerle espantadamente. Yo le admiro!

«Vosotros sois los que con ojos cerrados veis la luz á lo menos de una estela persuadidos.

«Vosotros, si sois los verdaderos libertadores, pues, desde la firme roca de vuestras creencias podéis desahogar las tempestades; y bajo tan fuerte escudo resguardaros de los envenenados dardos de la duda.

«Vosotros sois los fuertes, porque podéis vencer á los débiles; los robustos, porque poseéis la virilidad que da la convicción; los poderosos, porque no necesitáis ayuda y la tenéis todo siendo creyentes.

¡Pobre de mí!

La vida se me hace odiosa.

Si no vuelvas á recitar esta mia, compadéceme.

XIII

T'no me había fuié á ver la pascua marillina con mi hidro-
aéreo como solía hacer en muchos días. Cruzé la bahía y
ya cerca de la playa paré el aparato y dejé que los merles
con las redes que la brisa trabajada empezaba á rizar. Un
rápido hacia que me enteraría en sacar con un lazo comen-
dizo conchas grandes, de esas que sólo se encuentran en
este lugar de la isla y que á veces conllevan alguna que
alza perla, cuando al fin fuere suspiro, mejor dicho, un
grito. Me volví hacia el sitio en donde parecía venir la
voz y vi que hacían sepa y al parecer me pedían secreto.
Me acerqué, salté un cable al zústraga y, una mujer
toda mojada con un ligero traje de baño que apenas el
pelo llamaba tal, porque dejaba al descubierto todo su
seno y parte de su cuerpo enladrado en un bañiquero aju-
dado por mí. Mi chaqueta y una ligera mantita que solía
yo traer para preservarme de la humedad y fresco mañá-
ra fui á darle que la pude ofrecer.

Ya puedes figurarte la impresión que me causaría
aquel a mujer semidesnuda, fresca, blanca y sonriente,
con intomas irreprochables y de molde aristocrático. A veces
de que durante mi niñez vió agrandé á serpiente ante
que la mujer, mi naturaleza se rebeló en un estremo de
voluptuosidad y sentí hambre de mujer.

No sé que a dije, á si por el contrario no pronuncié
palabras alguna, á que ni puedo afirmarle en que nuestros
ojos se dijeron mucho más que nuestros labios.

El a se paró á de haberse llamado, díjole las gracias
con ligera y discreción, y suplicóme la condujera á un
hermoso embarcación de recreo que había un día es-
tado á la anclada, á que había llamado nuestra atención de
parque, salvo algo no que otro bañiquero, con muy con-

tadas las embarraciones de algún porte que frecuentan esta bahía.

En la escalerilla del buque me agilaba con impaciencia un hombrecillo ya vejesto y de rostro aviragrado pero que fué serenándose por momentos, insuando un aire imposible é indiferente.

Subimos a' bordo y mientras «*ella*» fué á vestirse yo lamenté el porvenir, contando á aquel hombre lo sucedido, «*ella*» con' no hizo el menor caso, contentándose en expresar amor por algún extranjero; —*interfusa*— Ya vestida, entramos en una cámara tal'n esp'endidamente decorada. Preguntéleirme si era yo quien era una máquina aérea cruzaba diariamente aquellos parajes; y al ser por fin, «*ella*» fué: «*pad'* de aquel hotel que en la cima de uno de aquellos montes se ergula.

Ella demostró elon interés en conocer mi parecer; le dije que vendría á verlo, y quedé yo también comprometido en volver al buque.

Así lo hicimos. Menudearon las visitas á mi hotel y las mías á su yate.

Ya sentía elirón hacia aquella mujer; desahaba su traía, y me gustaba toda ella. Mi director advirtiéndome que podía verme peligrosa, pero la dejó porque la creía inapetente, pero por lo visto no era así. Ya, considerándola de ninguna moda no me mostraba galante, brevida y ardencia sino que disminuía, me presentaba la o á ir á la escuela, lo que como sucede en muchas mujeres —*de*— mantenía su emoción.

Varias veces hicimos visitas, á veces. Nuestras relaciones siempre se encontraban: nuestras lenguas no obedecían á la mente, procurando, á veces, palabras inofensivas y que no tenían al caso, lealmente proceder de estado de cosas que se desean.

En una ocasión empeñase en que la acompañara á dar

un paseo en su capota. El día convidaba á ello. El sol se despedía risueño sonrojando las nubes; la brisa rizaba las olas, meciéndolas blandamente. Reclinado á un lado del barquichuelo y cerquita de mí estaba ella. Sus formas esculturales se dibujaban bajo el tamiz claro de su fino vestido, propio de la exaltación calorosa. Mis sentidos se excitaron de nuevo, y ella conociéndolo, se acercó más, dejándose caer con cierto abandono; sus ojos brillaban con fulgor voluptuoso y sus labios se movían rítmicamente engendrando un beso. Fulí debili y á pesar de no amar á aquella mujer la besé con ardor y la abracé con impetuosidad.

Nuestro idilio amoroso duró poco tiempo. Ella cansóse de mí y yo de ella. No podía ser de otra manera. Satisfecho su capricho, sin amor verdadero, sólo ligado por una superficial simpatía y hallando en mí no un marcho ardoroso sino un ser melancólico y necesitado de entusiasmo, debió concluir por aburrirme.

Por mi parte sucedióme con aquella mujer lo que con otras. No la amaba, la deseé, sí, pero luego concluyó por serme indiferente.

Aunque la pasión amorosa proporciona sensaciones fuertes y esquisitas, es necesario para saborearlas desprenderse del espíritu, de la preocupación, del lustre místico á fin de que otros pensamientos no enfurben ni oscurecen su fulgor.

Quien como yo tras el rostro risueño de una juvenil cabecita femenina descubre la sarcástica mueca de una futura calavera, no puede gozar con tranquilidad de los placeres de la vida.

Por lo mismo que esta existencia es fugaz, no es de cuerdos el no aprovecharla, pero para sacar de ella algún provecho es preciso creer que es interminable: no considerar las cosas y los objetos como imágenes que pasan y

hacer voluntades, sino como estas alerías, no como pasajero á quien la preocupación de la llegada y salida del tren no deja descansar tranquilo en el hotel en que se detiene, sino como aquel á quien todo todo esto le es indiferente.

Por lo visto hay en la vida dos filosofías: la teórica y la práctica. La primera á veces puede ser un camino hacia la verdad, pero generalmente es un medio para volverse loco; la segunda es el arte del saber vivir. La primera la profesó don Quijote y por eso recibía pedradas, palizas y pellizcos, amén de otros sinsabores. La segunda la practicaba cuando podía Sancho Panza, quien, aparte de las peripecias á que le traía su oficio escudero, se refocilaba cuando le era dable, no descuidaba su estómago, recibía alguno que otro abrazo femenino, y prudente y combativo como buen filósofo se apartaba de su amo en los combates y se acercaba para despojar á los vespelgos.

Yo vencí á D. Quijote, pero deploro sus malandanzas.

Yo detesto á Sancho Panza, pero envidio su seblido práctico, su habilidad y buen humor.

XIV

Ciel en volverte á escribir.

Fuiste feliz hace algún tiempo, ahora soy un extremo desgraciado. La felicidad es cosa tan extraña en nuestro planeta que ni siquiera el puro placer de conocer la verdad es dado saborear aquí. Mi desgracia es tan cruel, es tan terrible que sólo la muerte, un milagro, ó un fenómeno psíquico raro pueden aligerar mi mal.

Ciel que la anterior carta sería mi última pero por motivos que hasta me da vergüenza decirte, no ha sido así.

Fué una mañana alegre de un día espléndido, unos

mares habían tremado irridó donde la lerta en que mi plimor duda vino á exponer mi felicidad. Me levanté de mañana; no tenía sueño en toda la noche ni pude pagar los ojos, llovían lágrimas de dolor y tristeza, los pájaros despertaban y con sus cantos de alegría festejaban la aurora; la brisa empezaba á acariciar las plantas y ellas se movían y agitar sus ramas; las flores, abriendo los brazos de tal nacimiento, abrían sus capullos al cielo, los arroyos se resacaban y salían a regar las rocas y ricas las ermitas y guirras de extrañidad hacían dár una campana, llamando, con sus enguños de hombre, á los sencillos campesinos quienes dejaban el lecho y corrían devotos sus oraciones al Señor que les despertaba un nuevo día, y los religiosos y eremitas entonaban sus cánticos para pedir que la gracia divina reglase sus mercedos. Todas las cosas, en fin, y la naturaleza toda al despertar consagraba al Señor un día más, y en armonía consagraba, cada una á su manera, le rendían homenaje.

Sólo yo, sentado sobre una peña, estaba indiferente, estúpido y repugnante á todo aquello; no sabía ni alegrar ni doler porque me conservaba en existencia á quejarme porque no me lo quitaba; dudaba de que, al amándole y por casualidad se fijara en mí, se vea mi suerte favorable; y temía que por mucho que gritare ni inquietara ni tan ínfimo pudiese como el ruido de fuera sido.

[Pobre de mí—me dije—Soy un ser inútil y como tal merezco la muerte. La ensé. A mis pies, á una distancia enorme y profunda, los olas del mar luchaban con las rocas. Miré y no sé qué pasó por mi mente una sensación que experimenté el momento por las alas en mi armilato, el volar de las alturas; una fuerza irresistible me impidió á echarme á aquel abismo. El instinto del suicidio me me pareció de tan horrible, el de la muerte pareció-

me no lan fan faltar nada en el descanso. Creí que una vez con el aliento de aquel aliento a cargo de las alas, te cambiaba a que lo de

«Nihil vivit nisi in te vivit»
mi oscuridad al mi cambré».

Una nube oscurcía mi vida, «Nihil mi creaba y me dándome sobre el borde de precipicio a medida de arrojarse, cuando una duda, un pensamiento, una de esas objeciones que se anejaban a mis actos, ya sean buenos o malos, en el mismo instante en que voy a caer, delivóme.

En que la vida se lece por pérdida por completo de la sensibilidad y de la se distingue por el momento hasta estar se con la descomposición del cadáver».

Va me figuraba diluirse, rodeado de las personas más queridas, viendo y oyéndole todo sin poder sentirse gozoso ni dar la menor señal de vida. Este lema, esa coque me hizo temblar de miedo.

En repón, mi cobardía primera y luego la valía de me desviaron de la par que se agolpaban en mi mente a que los pensamientos y consideraciones los recibían. «Algo más que le pareciera estúpido ante la vida y mecejas por el mundo lleno por fin el hombre». «Algo más que nacer, reproducirse y morir, es su vida». «Algo más que el aumento de la vida de los seres. Llenan por fin las generaciones humanas el pasar por el mundo».

Cobarde, escéptico, indiferente. Soy un miserable, un ser inútil, cuando un destino, en un libro.

¡Pobre de mí! ¿Qué hará ahora en la vida? ¿Qué es la vida en un libro, sin esperanza, sin fanatismo?

Así me extendía yo cuando él que desde el hotel me llamaba. Me serené cuando pude a fin de disimular mi estado de ánimo. Diferente que una mujer preguntaba por mí, y a penas llegué se me echó a risa por la cara, de quien no había vuelto a tener noticias, llorando averge-

mente, plidiéndome mi perdones por su vileza y ampliándome aceptación a cantidad que se recibía de lo que me había entregado.

A pesar de que procuré mirarla con indiferencia, sus lágrimas me estremecían. Le dije que la perdonaba y en prueba de ello, y como recuerdo de amistad, le entregué la mitad de la suma que habíamos devuelto, pero suplicándole que se ausentara porque su presencia en mi hotel podía verme peligroso.

Con las emociones de aquella mañana me encontraba extralimitado. Descansé un rato y luego subí al buen amigo director á consolarle con sus buenos consejos y prudentes observaciones que, si bien había eran importantes para resolver mis dudas, procuraba por lo menos disminuir mi esperanza á fin de arribar un medio para conseguirlo.

Primero estaba á qué destinaria la cantidad que me había entregado Maslo, cuando una idea feliz vino á presentarse en mi mente y que celebré al director con estremita alegría. Abrir un negocio ofreciéndole como premio aquella suma para resolver las dudas que le he expuesto.

Así le he planteado. No seamos tan cobardes y exigentes que no tengamos nada para esperar. Luego será ¡Esperemos!





CAPÍTULO V

De donde se parócerá á Pray el Hacedor

Compáñola de Ramon Iull, via la luz en tierra ba-
lar Ramoncillo Polleus. Prentimiente aprenhó á verer y
á guardar raldas, á coger lixos y desvengar zeciluras;
corrió por montas y por valles, y sus ojos cendelecta y
contemplaron lo sublime, lo bello, lo liado y lo gracioso
que en continuo enlaza y en singular armonía se suceden
en el incomparable paisaje mellecuelo que tanto enamora
á George Squd.

Allí en la costa abrupta y salvádica del Norte, entre
pues, estalacas y aliuas que parecen cristales, estabz
averizada á carila de sus pedres, como nica de águila, y
desde ella teria por límites el inmensa mar y el cielo
azul.

Indavia poblado pues, traseru a aire, piernas sin
verda, camilla levandada herba no hudo en la espalga,
se arrastraba o lo por los slalos y ya su madre le enve-

había de buscar plegarias á todas las Vírgenes de España, desde la del Puig á la de Bonanova.

Nuestro héroe heredó merced de los caracteres de sus padres: la energía del padre han heredado en el hijo una gran rectitud hacia el bien y la verdad, y el misticismo de la madre que cuando dicen quise ser monja y torcí sixones de arries y riablos, trece en él se ve fiero entusiasmo por todo grande y elevado.

Cuando tuvo once años, á fuerza de súplicas de un tio cura, consiguió de sus padres le deseara ir á la escuela, y en ella con la ayuda de los repases del buen clérigo, á quien los domingos se leía misa, aprendió las primeras letras.

El lenguaje le quicó, sintió trolar en su corazón un malestar especial. Una curiosidad malsana, a lengua se defendía en el paladar al dirigir la palabra á alguna jóven y se prala como; sintió la pasión loca, el amor físico, ese amor que sólo se siente en la primera juventud, ese amor loco adrede de cual si fuera de ángeles, ese amor risiñe de la pasión amorosa, que hace su luz y leer con gusto, que luego en la voluptuosidad sube la vista al cielo viendo en el objeto amado un ángel adredable y no una hembra.

Tal angelic parecer dio á él una payesa vecina suya y con quien había cogido higos y guardado castañas, desde entonces más de una vez tenía de ángel el rostro, de cosa el cuerpo, y el corazón de mujer.

Ella correspondíale y Fray el Bufo creyóse en la gloria. Él se comportaba con su ídolo cual lo hiciera con las mismas mujeres que en forma mujeril venían en las procesiones de las iglesias de su pueblo. Un piñón enjén que vino de América con un puñado de miles de duros en un bolsillo, una dosis de afrodisíaco y otra cantidad no menor de buen humor en el alma, empezó á trolar á la payesa—

sin saberlo Ramoncillo — como á mujer. Así pasaron varios meses.

Y una vez sucedió en Mayo que Ramoncillo se entrelucó haciendo dos ramilletes de flores: uno para llevarlo á la iglesia á la Virgen, como de costumbre, y otro á su amada, llegando por la noche más tarde á entregarla. Acercóse de puntillas muy agitado el creyente, como pajarito envuelto en red, llevando en una mano el ramillete y con la otra separaba las ramas de una higuera que delante de una ventana se erguía, y sus ojos vieron lo que no quisieron: su ángel se dejó caer en los brazos del pariente con rostro de expresión muy distinta de la que él solía ver: los ojos brillaban con fulgor especial, los labios, comúnmente pálidos ó sonrosados, eran ahora rojos como, sensuales, pedían besos, y toda ella dejaba de parecer un ángel.

Ramoncillo quiso á llevar.

Otro que no fuera él hubiera probablemente pensado en semejantes cosas en gentes heréticas; pero su bondad no permitía tales sospechas, además de que tal vez consideró con después de ser vencido en amor, podía serle á propósito.

No, Ramoncillo, impresionado fuertemente por todo ello, decidió poner su amor en algo más alto y duradero, más elevado y digno.

Como su amor no se había continuado con la sueta de la pasión amorosa, á penas conocía más que las primeras impulsividades de la sexualidad. Si hubiera llegado á la edad viril, para ser despojado del lastre sensual, tal vez habría sido necesario un desengaño más fuerte, como el que sufrió ya Ramón Iñigo á un San Francisco de Borja. Pero á Ramoncillo bastaba con su aventura para quedar semicastado espiritualmente.

Desde entonces Ramoncillo reconcentró todo su enfo-

slasma y esparasmieria, toda su energía y sensibilidad
 en conocer la verdad y hacer el bien.

Algún tiempo después reconcócese de exilio con una
 familia meliorquista que pasaba á Madrid; allí conoció á
 Fedre Pérez, entró luego en una comunidad religiosa,
 dedicóse á estudios místicos con sufriendo un nuevo
 desengaño: por último pasó á Valencia y de allí al extran-
 jero, á cuidar leprosas.

Ramónilo, admirador de Balzac aprendió del sábio
 Tomás de Kempis, á necesaria para impedir de variedad
 el pensamiento y en la sábia y sedante lincolia de la
 imitación de Cristo, del «Hombre Feliz» y otros textos
 halló métodos que admirar, con lo cual su espíritu adqui-
 rió fuerza para embelar la lansa de la desgracia, la ex-
 pósito del dolor y el puñal de la tentación, saliendo de sus
 heridas un sangre empuñada por la desesperación,
 con el nulo convertible en celestiales caracoles.

En una carta que escribió á Fray Buscón en catíes
 varió á otra suya dándole á conocer sus Memorias, de-
 cía lo siguiente:

—También é mi, como é él, el noble fuego de rebar
 en la ciudad en algún estado y noble, fíjame contar para
 de asparle á sábio el afán de celarme sobre la cienti-
 fica y de subir á regones en que toda fuerza es el deseo
 de penetrar el principio de todas las cosas y leerme
 velo que cubre los secretos de la naturaleza, encaminá-
 onme á hacerme digno del sermón de la creencia.

Cree que los estudios sobre la lógica y ideología me
 darían un elemental conocimiento de las operaciones de
 espíritu y la manera de combinarlas para hallar un segun-
 dum non cognoscitur; las ciencias matemáticas y físicas
 me revelarían la clave para la explicación de los secretos
 de la naturaleza y conseguirían «velo de la misteriosa de-
 creación; la psicología me llevaría á formarme una

compañía de la alma humana, de su naturaleza, de su mundo de acción, llegado a convertirse a mi mismo en ciencias morales, sociales y políticas me ofrecerían en vasto cuadro la armonía de la marcha moral, las leyes de progreso social y las reglas del arte del buen gobierno.

¡Vaya ilusión!

Clarín más dorados habían sido mis sueños y mayor por corrigiente mi avidez para conocer la realidad. Tenía más dura aún la lección y el desengaño que recibí. A penas iniciado en el arte de aprender y entrando en aquellos estudios donde se venían cuestiones importantes se apoderó de mi espíritu cierta inquietud indefinible a causa de no comprender ni ver claro lo que era y leía. Y después de haberlo consecuencia de mi ineptitud, llegué a persuadirme de que hombres que hablar consiguieron su vida entera, y no breves años como yo, en el estudio y meditación sólo aprendieron el arte de vestir a la ignorancia, de engañarse unos a otros, y de que el templo de la filosofía era otra Babel.

Entonces me rebelé contra los poderes científicos pero no le creía que la anarquía intelectual y la excepción al orden absoluto vinieran a apoderarse de mí.

No me explicaba, sediento de verdad, no podía quedar en un estado de inercia, y en el naufragio de mis convicciones filosóficas buscaba buen recodo las religiones, pero que las emprendía a brincar como única tabla de salvación en el peligroso mar de las cavilaciones humanas.

Recordando las cuestiones que me inquietaron, los problemas de la ontología, de la moralidad y de la metafísica, me interrogaba sobre las alternativas del más allá, nunca podía contestarme sobre la naturaleza y la inmortalidad del alma, sobre el porqué de la creación y la existencia de uno o varios creadores, nada lograba saber de

en motivos providenciales para estar condenados al do-
blar del alma moral y al mal físico; no sabía explicar los
grandes callosismos que tantas vidas han costado inútil-
mente, la pluralidad de los trances habidos, ni otros
muchos misterios.

Por eso me ataré en conservar y mantener bien
le de a la fe cédula, porque ella me daba la explicación
de todo, repitiéndome poco fueran o no razonables,
contradictorias o insulciantes las razones que me enro-
ñaba. Me encontraba bien en ella.

Tu quisiste una varita y sometierles al enigma y en la
pretensión llevaste el castigo, porque el dominio del en-
ciclopedia fue el premio a la razón.

Va sé que con el castigo de la razón, al parecer, se
descubren misterios que tienen forma de contradicciones.

Así por ejemplo:

No pretenderé probar que en buena lógica sea acce-
sible a la razón como explicación de la nada que
caracteriza a nuestra planta en punto a la nada de las
miradas de estos; ni que en nuestros ojos sean sosteni-
bles algunas conclusiones que en pretér los tiempos estu-
vieran en boga. No desconozco que la pluralidad de mi-
das habidas viene a disputar al hombre el centro del
de la Creación, y que el castigo del grito humano ya no
influye sobre el Sol.

Pero no obstante, seguiré aterrado a mis creencias,
me ató porque las crea, más porque necesito y quiero
creerlas.

20/1/1914

LIBRO CUARTO

cor
mos
cos
pro
far
sida
una
Esp
fund
E
cida
algu
cinc
pese
ser p



CAPÍTULO I

Una casa para todo

Cuenta la Historia que mientras don Pedro Pérez corría tras lo imposible buscando un método filosófico mediante el cual llegar á conocer el por qué de todas las cosas Sancho Sánchez, en su afán de sacar el mayor provecho de todo, buscaba un procedimiento para explotar de esa manera más completa el negocio de las necesidades humanas; y así discutiendo, viósele á la mente una idea: idea que sólo podía ocurrírsele á un Sánchez: *Establecer una casa para todo.*

Madurado el asunto y con el apoyo de varios amigos, fundó la *Casa para todo*.

Buscó un edificio que reuniera las condiciones apetecidas y en uno de los barrios más á propósito para ello alquiló un edificio completo. El alquiler se convino por cinco años, bajo la condición de que pagando cien mil pesetas dentro el plazo del alquiler, el edificio pasaría á ser propiedad de Sánchez.

Hizo la distribución de la casa en esta forma:

Los bajos destinados a una tienda de comestibles y a café cantable. El entresuelo a casa de préstamos. El primer piso a casa de huéspedes. El segundo a una de rillas. El tercero a otra de juego; y el último a habitaciones del personal, entre las cuales se hallaba la de Pérez, reservándose Sánchez las suyas en el primer piso, desde las cuales una escalera interior comunicaba con todas las demás.

Luego escogió el personal.

Lo formaban una veintena de individuos de uno y de otro sexo: «lo contar á nuestros héroes, y éranse gentes de toda clase, de variada catadura y de diversa estofa».

Sánchez actuaba de director, gerente y propietario, todo en una pieza. Pérez llevaba las cuentas, ejercía de amanuense, secretario y tenedor de libros. Arignósele un sueldo de duro diario con comida y habitación; aceptando tal empleo por necesidad y por no enemistarse con Sánchez.

La distribución del personal estudió á con delención y minuciosidad, procurando en hacer sospechar en el público la íntima índole del negocio ni su mecanismo.

En la tienda de comestibles se vendían almorcios. Las ventas se hacían al contado y al fiado, en efectivo ó á plazos y ha a todas 'os formas especulativas. Don Poncio, que de ella es parte interesada, afirma que de las tiendas de ultramarinos que hay en el barrio, esta es una de las mejores para los parroquianos: no se ha envenenado a nadie todavía; los naturales viejos han sido ligeros. Han causado sólo indigestiones. En el café cantable se practica la diversión de los parroquianos agudado á ello varias cantaderas. Cuidan de todo, sea en mover, siendo uno de los tales, el *Pitrafas*, quien, además, actúa de *pincho ó matón*, cuando es menester.

En el entresuelo funciona la casa de préstamos, que

además en agencia de capitales. D. Lucas se instala en ella y la dirige. Aprueba algún capital y recibe las propuestas de ganancias.

El primer piso es el de la casa de huéspedes. Sánchez puso para patrona a una que toda su vida hizo de tal, y que, habiendo envejecido y sufrido diversas revueltas de fortuna, tuvo que liquidar la suya y ponerse al frente de una casa.

En el segundo piso se halla instalada la casa de citas. En ella se hace lo que en su demás. A su frente se halla Beria y a sus órdenes para todo lo que es menester se encuentra Simplicia.

La casa de juego ocupa el tercer piso. Sin juego de todo. No se han puestas; no hallan garzones ni quien levante apuestas.

En el último piso están las habitaciones de empesos y alquileres, es que sin ser buenas ni de mucho carácter, pueden ser buenas. Entre ellas está la de Pérez. El tejaposeño, con ventana estrecha que da al patio, es capaz y lea contribuyendo a dar vida abreviable al que vive en él. Compónese el mobiliario de un escritorio una mesita que hace a poner la mano sobre ella, de una alfombra y jarrón en semicirculo de brasa sin pintar, de dos sillones de paja, de una percha de pino; un armario con libros y una mesa escritorio repleta de papeles y libras de correo.

Para el mayor éxito de la Casa para todo se han instalado las operaciones al sistema Sánchez. El tal consiste en una combinación por la cual todo consumidor o comprador recibe un vale de beneficiación de un diez por ciento de lo gastado, que le sirve de rebaja en el precio de valor de las demás transacciones; por manera que hay el año que un empleado en la diez por ciento más a la, oh pías que no se habían sido por igual van en otra casa que no fuera la de Sánchez.



CAPÍTULO II

De lo que recordará el lector

Al relatar la Historia la vida y milagros de los personajes que intervienen en la *Casa para todos*, daremos datos biográficos de todos ellos. Señala entre los principales los siguientes.

REPORTA

—Ya sé que soy vieja, legañosa y pelo canas. Pero no siempre he sido igual.

Soy hija de Fepilla la Solada, bailarina famosa por su belleza, andaluza de garbato, cuyo garbo y gentileza eran famosos en toda Granada.

Apenas cumplí las quince, murió mi madre y me vi sola.

Una tía que me crió paró, dedóme al baile, empezó á hacer giruetas, y entre fandango y flamenco, hice mis primeras enseñanzas de maestra de baile.

Creí en hermosura y en fama, y seguí de mí decíar, era yo Varus en carne humana. ¡Y qué carne! fuerte y apretada que á pora podía hacerse en e a pellizcos. Mis caderas eran como ejemplares rarísimos eran de verde esmeralda, tenían el mismo lugar y fuego que los regna y estaban rodeados de un cerco espeso de pieladura. Mis brazos marmóreos eran la envidia de otras mujeres y el paroxismo á donde convergían miradas masculinas. Y todo mi cuerpo seguía en perfección.

Viejos habrían con cabeza de bola de billar y nariz de botargosa se derretían y desmenuzaban por mí.

Muchachos casi monjes, con trenes bestial, lloraban y morían la almita pensando en mí.

Hombres completos, sexados y heróicos, me perseguían, me suplicaban y me amenazaban.

A los veinte y dos años paré á Paris con elán de lujo y esplendor; mi aparición fué un éxito. Coné con príncipes rufes y dormí con eñes austríacos. Un barón alemán acordóme las espaldas, y un embajador etno enligóse de mis senos. Millonarios me traíeron oro y poderados me rubricaron de poderío. Pero á penas logué hacer ternos á mis manos, mis manos se cuidaban de derretirlos. Tuve muchos amantes y pocos virados; eran á á muchos á he sufrir á más.

Y entre de otros paré cinco años, hasta que una desgracia vino á embarme del pedestal en que estaba adormecido por un descuido, se prendieron luego mis cabellos, y herriles quemadores me desfiguraron por completo. Yo, que lucía á mis pies á príncipes y monjes; á mi cuerpo que fué admirado como una maravilla, y á mi pelo que había sido bocado de tanta lésa; ya no les esperaba más que el podridero.

Desesperada, me eché haín las ruedas de un acín y ro fui atropellada; me tiré al Sena y fui su vador debía

u ve para sufrir las miradas de desprecio y compasión de todos aquellas que antes me adoraban.

Y so, que luso aliecs de reha, para no morirme de hambre ha aceptado ahora los de Celestina.



FLORINDA

Tal se llama una de las conladonas del cult de Casa y la que más gustidos liere en la de ellas.

—Posiáronme en ma' brace y en por estado las cariclas de un exiliado, jéven surra! y fogoso por temperamento d'n par que asusto lino y perstraxión por educación.

Unos becos d' huzlocillas y por lo mismo sabrosos y apeteridos, uras coquillas oporlunas, incitantes y en ello adecuadas; varios abrazos, apreiciones y mordiscos, encendieron en mí tales deseos, que cal en sus brazos ardientia de gases ignitos tacharientia de aréadas delicias, llene de llumoceros placenteros que perdi cuando hu llerada de tristes realidades.

Yo habín sido educada en colegio aristocrático—de Sagrada Corazón—y, como sucede en muchas de nosotras, el velo cor que se nos encubre lo pecaminoso es 'nuego exiente y curiosidad, lo cor, d' veras, exelando la fusión y se troca en lleresé auiriendo a que cierto San-In-Dexlor llama tentaciones de virgos, cosa que en las muchachas de esta desvulgar educación y más exocodoras de la realidad, no es tan común.

En mis anlas amorosas coñé con un tipo ideal y desé que se consiguiera en realidad. Tal cosa pedí a Celestina. Celestina Pepito 'má, no me alrevi d' pedirlo d' un Jesús Nazareno con 'n cast d' cuetas y la corona de espinas, ni d' un Ecce-homo ultrajado y azotado, con lo casta por ultraccio casto y la éspere sega por ligadura de

los indios, ni el un Crisín crucificado, sangriento y malherido, ni una Virgen Encarnada, ni siquiera el un Niño Dios bello, sano y de buen color, ni. Su lapidario un santo cuyo nombre no recuerdo, pero cuya imagen lleva grabada en mi frente y que recibía énfasis en la capilla del colegio; era un santo fresco, medio desnudo, cubierto de pecas con una piel de bestia, birco laminado, de mirada ardiente, y cuyos brazos abiertos, parecían de alfileres.

Al día siguiente salí del Colegio y se me presentó un nuevo, un ambiente: un período no del todo despreciable. Nuestras relaciones fueron subiendo en amor, en deseo, y un fuego nos consumía. Logué hacerle jurar la vigilancia de nuestras familias varias veces, y tiempo después le narraba ya amargamente cómo me costaban los duros y subrepticios caricias de mi amante. Este venía de bien en casarse conmigo pero razones económicas se opusieron. Mi padre había hecho de la fortuna de fuerza de aferrarse a ella y tenía debajo la conciencia el sacrificio que suponía el pensar que lo hacía que gastar. Tenía un vago que creyó en la eterna deshonrada antes que comenzar a perder una pensión de dos mil duros anuales, cosa que exigía mi familia para aceptar mi mano. Faltó a vivir con él creyendo reducir la contradicción a mi padre, pero su amor al dinero venció al amor a la hija. Mi amor quedó al fin caído de mí y me abandonó. Fuego un nuevo amor vino a reemplazar al primero, y es como que yo me ha disociado varias cuando los he encontrado mejores.

Actualmente estoy involucrada en un plan de explotación, donde gozará unos amores o relaciones que alivian, aquí, con otros mercenarios.

Mi padre me ha amenazado con destituirme, pero al decirlo, herido de no, necesito vivir, gozar y divertirme.



CAPÍTULO III

En el que se termina el anterior

ISABEL.

—Fui premiada en un concurso de bellas, y este fué mi perdición, porque en la práctica resulta, á veces, que tanta desgracia causa a ser muy hermosa como el ser afeada.

Mi cara era un sol. Mis pedernales valían un mundo según se preguntó. Yo, desde entonces me lo creí.

Mi padre, un pobre empleado del Estado, ganaba la aule ante para pasarlo mal. Sólo tenía yo que contar, por tanto, con mi belleza.

Un joven haradado, con regular medín de vestir, que me miraba, pretendíame. Yo le rechacé porque me casé alguna vez un príncipe indio. Rechacé á un millonario porque no tenía hijos, y mordí á paseo á un marquésito rico porque era cojo.

No quise á quien me amaba, y me prendí de quien
sin sentirlo por mi un capricho escapeme con una *gallar-*
do y *calaverón* que me resultó casado.

Breve tiempo después tenía que contentarme con ser
la querida de aquel millonario de quien antes no quise ser
la esposa.

Averigué después que no eran sólo sus brazos los que
me aprisionaban, y se oía como un león, me amezcaba,
me dió un bostón y un puntapié. Retírome.

Un buen hombre prendíse de mí y nos casamos, ac-
pariendo reparar á mi parado. Solo los hombres más vi-
riosos son los más exigentes con las mujeres cuando les
buscan para casorio.

Flegué á repullear con mi esposo, faldando, sólo
cuando tuve ocasión sin yo buscarla. Morí, y de nuevo
sentí nostalgia de libertad, de vida alegre, sin pensar en
muerte le día, porque prefería morirme de gusto que de
misericordia.

He logrado casar mi alma y mi cuerpo de todo re-
sentimiento inquietante. Desafío al más desdichado de los
hombres á ver si es capaz de hacerme sufrir la menor
pena. Con mi fidelidad he conseguido lograr por años
libertad á muchos hombres y he aprendido el arte de la-
mentar, cosa necesaria, ya que se aman todas las mu-
jeres siempre víctimas cuando conservamos la virtud, se
nos traen ciguñeros é hipócritas, y á veces se nos persi-
guen y amenazan; y cuando hemos caído, dando lo que se
nos pedía, se nos llama de perdidas.

He visto á perdidas ser carne de pudridero, y las he
visto llegar á prietas.

Pero en cambio también he visto morir de hambre á vir-
tuosas mujeres, y á otras ser grandes diosas.

Las farsas sociales me imponían un edicto. Y al á a-
litud de ellos me alejé, conviene tener presente que

si bien hay muchas mujeres de cuerpo virgen, no cambio
no existen generalmente las vírgenes de alma, y que a
la y al cabo tan raramente es la que se vende en estos mer-
cado por cien mil duros como la que da un golpe por unas
peseñas.

FLVIRA

— ¡Fíjate!, la aguja y las agujas eran cosas que, de las
velas y cirios hacían que creciera el día, así como tales
yo con mi mano, durante quince o dieciséis, para no mor-
irme de hambre.

Con mi escasez en jornal y el de dos hermanas más,
debía contribuir al sostenimiento de mi familia, conque-
ra de cinco hermanos además de mi madre, generalmente
enferma.

Mis primeros amores los comparé con un soldado a
quien su mala estrella llevóle a Cuba, reveses tales de
caseros, según corríamos teníamos nuestra boda. Allí
fué a morir. Sé que le llamaban héroe, pero que dejó
allí sus huesos.

Algunos murieron reemplazados en otros demasiado vive-
res, quietos y fogosos. Se me murió bien. No sé si él lo con-
tribuí involuntariamente. Mi padre era un poco exigente: que-
ría trabajar muchas horas y como él [padre] era escaso y
estas horas tenía que robarlas, me resultaba que cada
uno de sus hijos me costaba una ceniza.

Fronto, otro pretendiente, vino a ocupar a verán
porque, —contando y dando la verdad propia a toda mujer—
—a decir verdad, sé que tengo que ir y hermanas, lo
cual era la vida en vano. Este, esa es otra, y a causa
de haber quedado mal en cierto accidente, le despidi.

Estándome loca y enferma, se me presentó un cuervo

nova y el tel me explotó dentro, como que im anteriores no desaperlérnime. Al primero end con amor pte, el segundo me tué ad'o simpático, el tercero crame indiferente y del cuarto me prendé con pasión. A este me entregué y él no se desculpó: el Amor me clató la flecha y Venus desvelóme de la virginidad. Mi madre averiguó y se me mordió á paseo no dándome ni á sol ni á sombra hablar con él. Por el tel motivo se despidió de mí, con lo cual cancel que no me arreba.

Teduna pdae ya pasar por donde le cuacde, como á tel, presenciéme en sujeta en quéda por su posición y comportamiento, vizlumbre wta que ue nueva, un amante.

En efecto: me trompé por lo vía escondida, con joyas y regalos, y así se quietó. Si bien por tel medio no suelen encontrarse donde las enferas pueden hallarse virgenes postizas.

Como he leído la desgracia, a guzas veces, de prenderme de hombres que no me han hecho caso, he estado á la recíproca: en he amado á muchos que me desechan, en tal me ha correspondido sendos disgustos, siendo unas veces perseguido y otras abandonado.

Mi última aventura conmigo fué la siguiente.

Mi amante y des amigos apoyó mi y curidos y versados en aventuras ligeras y gañadas, hicieron ocasión para mostrarme y revelar la honestidad de un antrino suyo, llamado Lirio la.

Conjurados para tal fin se buscaron á mí. Improvisóse una verga: hubo cena y le vertieron á mi lado. Indulgentes por tales sujetos, exalado mi amor propio anhelando victoria, y preñada además de la guardia é inocencia que recordé en el muchacho, me estoró en rendirle. Tuviéronse estubo firme como una roca, con tel dignidad y tan sin melindres, remiges y ridículas, que,

inspirándome primero admiración y simpatía. A mí me ue-
ge y la imagen se grabó en mí.

Él siempre me despreció.



SIMEONCITO

Cuando Simeoncillo fue expuesto a este pleuro mundo, trajóse unas narices de padre y se las me. Él le fue debo-
do, según se decía, a que al estar su madre preñada de él, dio a un sueño en enmascarando o encubierta con care-
ta de lencemenales y pañuelos naranjas. Aque, así, aquel
temer, horror a en su hijo, regalándole la calura esa una
narices que debió guardar para algún gigante o algún
de preteritos tiempos. Simeoncillo por el tal adorno a su
pequeño cuerpo, era un forzado buén víctima de las
burlas de grandes y chicos y hasta de la guerra de sus
propias padres.

Creció Simeoncillo y con él sus orondas narices, y
cuando ya mayor lo se sentía moroso, fue que proceer-
se de majúsculos pañuelos, gastar en calzoncillos farda en
invierno para preservar se de calambres y de sudores
mostrinos en verano. Y de él puede decirse, *que fue un
hombre a una nariz pegada*.

Simeoncillo era bueno como eliger, de sensible entre-
sión y de ingerición del lado bato, pero a pesar de eso
no logró hacerse amar de mujer con pasión amorosa. Sólo
cursó a hacer sentir compasión a una muchacha regu-
lamente bonita pero algo loca.

Simeoncillo pidió a un beso. E a tarde quince días en
accesión, y cuando gozoso a algún latido se interna de
exhilar para darle un éxtasis a tibiarado, sus narices se
interpretarían, no pudiendo leer los latidos. A donde qui-
quier.

Simoncillo fué á la escuela, pero no pudo aprender porque los demás chiquillos no le dejaban en sosiego, queriéndole meargar más aún las nasces, y se les marchaban cuando estaba dormidito. Desesperado se dió á los diables, y como no le quisieron, llamó á los niños y mandó que escuchasen, dudó entre corrérselos con un cuchillo ó marchárselos entre dos piedras. No hizo la una ni la otra.

Simoncillo se puso á trabajar, se hizo barbeleta, y en la puerta del niño á cuyo pesele estaba, cuidó con primor de melones y sandías. Meses después un día cercano á la fiesta, desbarbóse y le desbarbó, Simoncillo ya no pudo regar melones.

Verdo Sarcho Sánchez de propaganda electoral, acudió á pasar por el pueblecito de Simoncillo—no lejaron de Madrid—y en el mitin que al efecto celebró, Sánchez habló en decir, saltó palabras gruesas, levantó contra el partido contrario al suyo, dió muchas vaciedades y pocas razones, y prometió infinidad de cosas para cuando fuera poder, incluso sacar al curso del río desbarbado.

Simoncillo, que habíale sido mal á un candilón, acordósele terriblemente y después de hacerle con la cabeza medida grande cual reverencia, díjole usted que ha prometido tantas cosas debe ser grande y poderoso señor, ¿podría acomodarme de sirviente en Madrid?

Sánchez por toda cortesía mirándole de través, pensó que era un putapán, pero observándole con ligeza y penetración díjole para si tu me servieses.

El otro día; días después, Simoncillo servía en la Casa para todo, granjeaba la simpatía de cual todos los parroquianos y sirvió á Sánchez cual el mejor servidor del mundo.



CAPÍTULO IV

En el que se prosigue algo de la Casa para toda.

Además de las ratillas completas referidas á los personajes que integran la Casa para toda que trata la Historia, añade también, todo o cuanto en aque-lla, que con ser murbo y ser en papel y suelo agradabedó regil-sion ha, á mezquino, interesante y sugestivo, no se ha considerado suficiente para llenar páginas, ni ocuparin para cubrir la extensión de este Resumen de la Historia de la vida y ve la de Don Quijote.

Escribiendo la vida de ingenio á inventiva ilustres mineros que nojan pluma en baco, este libro á casa de estudio, narradores de todo lo maravilloso recenelores de toda historia en la ciencia en fin y la presentar como belleza, fatelar hinchado serdrá tantas de muchas páginas con una Casa para toda.

Pero en el fin de este Resumen, debe comparse con el propósito de concenar el mayor número de cosas que

hay en la Historia en el menor número de páginas, en los
de él en el mayor número de hojas, el menor de ideas
de hechos.

Basle sabe que no hallar historias puestas, enve-
nidas de todos colores, narraciones ya adas e interman-
ten y todo lo que es presumible deuse e en e tar singular
Casa para todo.

Entre otras cosas agonia que Sánchez permitida en
la Casa e gura que otra juequeita, siempre que la cea-
da en trajea malvosa.

A via ce e emplea ardientes cleris francocasta cele-
brada para celebran e p mer aniversario de e fuda-
ción de la Casa.

En las habitaciones que Sánchez ocupaba, preparáse
una cena abundante y suculenta. Después de agitar las
palas fuertes, veían los pastres y los sirvos con sus
perfumes y sus llamas. Los plómidos de leñas frías
restruidas; volaron raras en pedanos y cerejedas estó-
pidas eixitaron como colirios.

Un comensal león de crecheta y se puso e locar en
marcha y en carlador en la crecheta eixitivos. La as-
hles delirante en la, eixit, se la y rebuad.

Un prito magistrado, púese las faldas de una xoca y
ésta eixit se ponía ora, ora que hacia e mentido.

Un pianista mediano en conclaba con todos los be-
nos e uno en virgen adobada.

Un ilustre mefosa tenaba unas cuatillas sobre des-
nuras y sonnadas espaldas que servir e ce pupile.

Un vejete humorista, fucenando entre los seros de
terra fembra, preguntaba si eran maridros.

Uno de eixitros muy argos e ideas muy cerias, des-
miriendo e Schopenhauer desembuchaba chistes de ma-
la pata y hacia noherias.

Un coleudo sirliéndose en la paza, tomaba una ser-

utiliza por trazo y lenedores por banderolas endilgraba moradas, saliendo dos dedos para enseñarlas en las revistas de Simenente y el por se momento en que ésto aparecía era una cosa de nuevas sobre las de champagne.

Un creyente que no leste á prota, recibía versos á un epese insípida que siempre consolaba en Irón.

Personas naturalmente juve en inhérence sombrías. Hembras salutes enseñaban secretos á rivales que no escuchaban. Me ancillón enseñaban como bailar nes que acaban de escuchar prucias. Amigos íntimos recibir. Ir- Irélicas cradnos pronunciar locasie pa abras vagas ci yz venidas no comprendían e en mismas, y luego en- trudeclar. Algunas ind víduna de esas que dándose aires de antiduría hablan sólo en forma de sentencias, gritan, brava á fuera! aires que los demás y traen por no embellez frases y palabras que han pasado á hombres de ingenio, no daban repase á su orgullo.

«Las semejanzas animales, inseridas en las costuras humanas y tan copiosamente demostradas por los fisiólogos, se aparecieren vagamente en las partes y adormecidas del cuerpo de casi todos los comensales».





CAPÍTULO V

De las terribles consecuencias de unas cartas

A pesar de que los hombres todo espíritu parece que van desordenados y como libros de las miserias que más integran la envergadura espiritual, á veces caen en ellas, y más si no sólo se huyen del peligro sino que viven en él.

Tal aconteció a buen Pérez un día que el diablo entonces oculto se propuso vengarse.

Para la maridamen de la *Casa para indio*, tenía su cuarte junto al de Pérez, separados sólo un tabique y una puerta. Para tanto servicio para un fuego como para un hogar; culchete de los quehaceres domésticos de la Casa y de lo que era necesario, por manera que había de irse, y habida ocasión se entregaba todo á no parquizaras que le acollaban, porque creía que tres parcelas más les perdían son solo. Limpiando en clara ocasión a habitación conlugar á la suya, encontrábase en un cajón de la única mesa que en ella había, un billete de

á veinte y cinco pesetas, sobre el ábaco de Pérez, y no teniendo pretexto para apoderarse de él, pensó hacerle.

El impasible Pérez, dominado por las preocupaciones, hipnotizado por sus montas, no había dejado acercarsele ninguna mujer y parecía insensible al sexo. Una noche cruda de invierno mientras se acostaba, entró Para pidiéndole le leyera una carta que había recibido. Pérez saltó en el desec, y ella además de las gracias dióle un abrazo que él soportó con indiferencia. A la noche siguiente, con el pretexto de que un ratón corría travieso por el cuarto, volvió en la habitación de Pérez, suplicándole compartir con él el lecho. Nuevamente al entre tanto averiguaba y discutía lo que debía hacer se sintió expujado y confortado con un suave calorillo. Observó luego que en la no lra la camisa se apiliera, su pelo se tiraba á cre nes y su alente se oía á cada ada fiambre y braxnebrada, antes bien rebosaba en perfumería basal y cubierta con camisa de balarda á sedalla no parec de á él del todo mal.

Si la actual matutinas se presentara como la nultén-lle, desolada y repulsiva y Pérez se hallara enamorado de alguna Dulcinea, habría probablemente huido á un consuelo de en compartir el lecho con prima alguna. Pero Paquilla no iba mal aderezada, tal vez mejor que alguna remilgada dama de pretéritos tiempos, y además la Pu e era de quien Pérez andaba enamorado es equiva-ne hace favores, se abraza y no tiene vergüenza. El, por tanto, dejóse valentear y acariciar con com derando cpor-luno tener que pasar la noche en el santo cielo, no est-ludo á arrea cardando, á gu'a'mente tomó tal resoluc-ion uos cuantas noches más que fué en la misma forma calentado.

Unos meses después todo frescidad se acortaba.

guardar cama y llamar á un galeno, y como se le ocurrió
que si no fuera porque en su casa por lo comedido,
pudiera y por lo tanto, le era necesario de mercurio.

Pérez, con fiebre, echado en el camastro, tenía el
cabeza hecha un horno, sus ojos vagaban lúgubres, la
cara y desesperada. Sus pensamientos se balanceaban en el
labio y revolaban. Frecuentemente deliraba, otros veían
traces de memoria en su confusión con sentimientos
máximas y pensamientos, de desesperación.





CAPÍTULO VI

De algunas sentencias, máximas y letradas que dijo Pérez
estando enfermo.

A vía de ejemplo y como prueba de las desventajas que
en la vida imaginada aglaban en desorden, trae la Histo-
ria lo siguiente, descubriendo a esta día y a esta noche

—Nuestra edad y siglos dichosos aquellos a quien las
antiguas pusieron nombre de dorados, y no porque en
ellos el oro se alcanzase en aquella cenicienta sin la lig-
adura, a no porque entonces los que en ella vivían igno-
raban su valor y no había lugar a no más. Bien en aquella
santa edad todas las cosas remanes cuando dejaban de
ser propias, á nadie le era necesario para alcanzar el
ordinario sustento tomar otro tanto que el de encen-
tizarse á quitarlo al próximo cuando era más débil. Las
claras fuentes y corrientes rías, en magnífica abundan-
cia sabrosas y francas de aguas le ofrecían cuando las
peñas no se apartaban de él y le arrastraban. En a

alle de las montañas y en la profunda de los valles. Los árboles se trencan sus frutos y subiendo y bajando no cogen edemulmetis. Los animales le ofrecen garlosos en canchales y despojos, no necesitan más trabajo que el de crotica con piedra ó paño. Entonces si que ardehan las alamples y hermosas zaga vian en valle y valle y se afloja en cielo, en tierra y en retén, en pedida á sír ella, sin más vestidos que los necesarios para losarar al sol á helarse de frío; y era sus adonias no de na que ahora se usen, más ó menos estrellens, sino despojos de estrellens á de compesetas, cruzan no hojas y las. Frisores se crotaraban as conreptos enreptos del alma sleep y sencillamente, del mismo modo y manera que más los concebla, al buscar artillosos indeo de pexetas para encerecros, pues en mediazo un apíromo, un pelico en los molletes á las palas en las pases, era las remi-lexiaciones más genuinamente se andra de aguilas car-rina. La natría se estaba en sus fragina térmica, es de el, que to se debían, porque la vore con la fuerza de los puñes se le drica sentido en la temole del juzgarle. Herminia edad por que era todo paz, todo amistad, todo enreptos, se admiraban as herminas formas a necesidad de admirarlas y pexar unites; se podía caer toda clase de birlos y almas as necesidad de pexar. Africa se viajaba sin lemos é ríques ni vauicms. Itan los hombres siempre amigos, herica por por lo los bes-cues y por habitarle a riedad de ex pexas, y con e n en enreptos caseros. «It herminas edad!

Y herminas edad también aquel a de sig as trasterlines en que el arte del puñal y de la aguada y la industria de aguljear pellosos eran las herminas y tan grandes hechos se sealizar. Feliz tiempo aquel en que podía larir hídros y hídros tanto tanto y hermin, tanto fardico é ignorante. Ardehan conquisiagores que inceda-

ban ciudades y paraban á rutilar reluciosos de amigos; héroes que conquistando reinos para la fe sabían morder al fiero mundo millones de infames que así cubren su esterco, héroes que tanto se gozaban el pecho como asallaban la ciudad de los Papas, y santiguándose las espaldas á diligentes descubrieron el medio de conjurar las calamidades cuando no se repellan con más fuertes guerras, pestes y terremotos. Los especúculos y diquesanos, las catumbres y creencias, las opiniones é ideas, era todo traidadísimo, bueno, cruel y edificante; por eso se testaba á los herejes, se degollaban los cañalleros en las uslas y toreros, celebraban hilos de Dios, y en neces saben saber leer y escribir porque la palabra vale la por lo escribible. Dichosa edad porque se levantaban cañalleros, se sabía montar mejor á caballo, había más aventuras, las damas iban en carreta con encaperuzco ha con, no gravantes iban en las estrellas y nacieron caballerescos andantes. ¡Oh / oh oh oh oh!

—Aquí es una que casa por casa que d'ile me es en sbrón inerte y aprelado.

—Aquí se ahurre uno á quien una casa es de d'ile pesetas más á trescientas de ga eno.

—Aquí, más y en agua'elos ornados relucientes, martillos, carcer frías y un pajeles terrenlos, se mezclan, se usan, y alrededor del amor hallan un canción.

Unos hablanos se muerden el cráneo, otros con sus dedos como lancetas agujerean pel ejes; á gunos aburridos gruñendo las palas por las castillas se los resguapan como á una gallina.

—Aquí te quiero, Amor: s'afnote, pila y zardo. Ardeale y si lo enja por el pascuazo te ahogará, tanto si lo s'as hecho por Dios como si te ensió al mundo Salán.

—Sólo al d'ab'o se le ocurre poner la horra en silón tan menguado como el es que'n llevan cargado las miljetes.

—¡Que bien le dice aquel naturalista, Fray Luis de Granada, en sus *Meditaciones*, en un capítulo sobre las miserias humanas.

«Si los hombres supiesen tener vergüenza de lo que era suyo, ceñiríanse a no alienarlas más que de lo que les merecen en que son concebidos.

Qué cosa más miserable que ver por una mujer....

Los alcañales y las brujas a la hora que nacen luego saben buscar a que les sirvan, y tienen habilidades para ello. Sólo el hombre ninguna cosa sabe, ni puede hacer sino ser bocado ajeno.

Una sola cosa sabe hacer por sí mismo, que es llevar.

Los árboles y las yerbas y aún algunos animales dan de sí muy suaves olores, más de limbre, etc....»

—¡Oh pío meo amor!

Las noticias encordadas, las armonías preñadas, las sabrosas caricias y demás fili grana amorosa con que los amores surden en mundo egualmente en son más que los giles encubiertos de carne que quiere nacer y procura vivir. Son los juegos voluptuosos de la eterna Sirena que empieza a harla e pudridero de la carne vieja y llama a la nueva.

—Resulta, pues, que el amor es el alcañal de la naturaleza, es el secretario, el criado, el fabricante de carne nueva.

Por la lucha entre la Vida y la Muerte, esta agudada por las enfermedades donde a veces muere el alma. El amor en cambio se gila de hacer brotar cosas nuevas.

El amor sí síla y la muerte sí síla la existencia, con el lujo y el veí l'lo del mundo, con a síla e y a sí síla de a naturaleza.

—El hombre cuando nace ya viene encerrado en una especie de baul, la panza y guarda mlete se e mlete en nro.

Además de ser el amor un alcahuete, es un ladrón porque paga en engaña a quien se sirve; a unos amiguitos, a otros de muerte; a otros envenena, y a muchos los rebaja el jirón. Con el robo de la voluptuosidad, lo trastoca todo, y al poco momentos les entrega a sus víctimas lundiboleros en fuego sagrado, dándoles a gusto dulzura celestial, no es para apagar su sed sino para enredar con el recuerdo.

No sólo es alcahuete y ladrón, sino también egoísta, egoísta y avaro. El amor no se contenta en convertirse de cualquier modo en víctima para ser, lo exige de prisa, porque necesita mucha carne y carne fresca con que satisfacer a la naturaleza, y luego entregada a la muerte. Engaña a los amantes bajo capa de hacerles sus deseos, la mirada brillante y voluptuosa de dos amantes es electricidad positiva en el varón y negativa en la hembra; el amor cuida de que haya contacto. No se contenta con apropiarse a la naturaleza leca para de carne, co; quiere la mejor y más apta en la reproducción para que además de buena la haga abundante. De esta manera en las pocas pasiones hacia las mujeres viejas, muy leas y calientes. No empuja hacia una mujer deforme porque no le sea su generosa intervención hacia una mujer excesivamente gruesa; porque no es apta, tampoco hacia una mujer muy flaca y débil; porque usará carne requilada. Además, para que no dejen de ser carnosas las mujeres a naturaleza la pone más impetuosa e intensidad en la sexualidad de los varones que en la de las hembras.

Y que la pasión amorosa es anula, eso lo niegan los imbróles, los escribidos y a calientes de pluma que les enseñan a presentar a como bella.

—¡Qué hombre verdaderamente egoísta y perverso, no se avergüenza de ser el producto de la bestialidad de sus padres!

— ¡Pierde en el juego o pierda el cordero
Llegas el día más precioso... etc.

— ¡Oh *frescura arciprestal!* Tú bien dijiste en las
palabras lo que muchos ilustres han servido en gran-
des lomas.

• Para dos cosas trabajo en el mundo

Para hacer mantenimiento y con mujer y si niniente a

— ¡Leer horrigos o hacer panes!

— Comer y reírse

— ¡Ah! ¡Oh!





CAPÍTULO VII

De cómo como telargosistas

Afirma la Historia que la suerte siguió favoreciendo
ta o todos corresponden a Sánchez.

Las negociaciones se iban haciendo en prepa, por manera
que un año antes de vender el control se le quitó todo
pueden imprimir la cantidad que deseara, quedar dueño del
edificio de la Casa para más, y desolver las sumas y
participaciones con que creó la base de la empresa.

Esto tanto sucedió en política. Al mismo tiempo
que quedaba un en dueño de la Casa y buscaba un susti-
tuto para mejor abarcar otros negocios financieros y de-
dicar el tiempo necesario a los asuntos políticos. Fue re-
glado diputado liberal por uno de los distritos de Madrid.

Las elecciones en que le eligieron fueron reñidísimas
y la Casa jugó papel principalísimo.

Tres o cuatro meses antes empezaron los trabajos y
desde entonces a Casa para todo tuvo en explotación

una wisería más, la política, fué sujeta de preces, de encargos y de enlazarieros, labros de embuchados, nido de maldades y aspillero de la belquería de Inda, c'e-se de que se valen los capataces del nido a pilli en cruciadero y aqueleire con beasah, en los osios.

Serelic Sánchez fué el gran miembro de esos con tén pa lina y sus habilidades fueron celebradas por sus amigos, era excelente patior de esos rebates d' quiones se toma la ana y a corre.

Todos los empleados de la Casa ebeah hajo enregra, según plan especial y con aglin seguros.

El *Pitirafus* isquiere entre los patroglanca, averigua sus credos polli cos, sus aficiones y todo lo en.

Baela hueras y adiestra su e d' rlin Juenerio.

Simeonelito kuele, sigile y arafa.

Tampoco se dan repese los *ganchos* de la Casa. Y hasta e bien Pérez, así se su grado en y uore, sube y baja, y sobre a masu de e i egritelo campeon el Cersa que es maderosa de cenlises.

Desde que empezaron los trabajos po lina se hizo propaganda e electoral y se rezaron vites de muchas maneras con troco, con diavro, con la dex y con nira co-ma, d' urne se se liaba, d' urne se se prelabo, d' cuales se les hoga e egritelo y boca e e de carlitos, d' cuieres se les se agaba, no la ten la liliadur que pasó por todos en pira ó e eueales de la Casa sin pagar un céntimo.

Arase hay e en en el mundo más servil que la genle pollica en tiempo de elecciones.

La lucha en que venció noster *toro* uerco elegión dignado, fué reglido ma. La victoria dependia de de uia dorera más ó menos de uiaa.

El *Pitirafus* averiguó que el eon labrarle en el yre la lere daba lreba n e un cenlises de ebreas, estaba disgustado con e paslido cenlizarlo de Sánchez, por no

habérselo concedido ciertos intereses y que estaba indeciso sobre á quien apoyar con sus ciento y cinco.

Un sobrino de dicho industrial, parroquiano de la Casa, fué el granito que pesó al tal sujeto.

La Casa agarró primero al sobrino, desahucióle espantosamente unos llos y rompiendo con apostuclidad unos pagarés, y el sobrino trataba al llo.

Fale fin á pesar de ciertos aires modestos y comedidos, tenía un adn ilaco no era indiferente á las faldas por este lado se le alach.

La Casa por conducto de Beria y ésta por otros di versos, logró averiguar primero la vida, milagrosa y domi- el llo de certa n'la por á que el llo tenía los cientos, y luego dentro un poco prudencial conduclir á sus hermanos.

A pesar de que en la Casa todo está n'brecla á un plan, no dejaba de acudir alguna que otra vez descuidos de toda clase, y á el que acurrió con Simeonse, el sobrino que hemos mentado.

Un día luso el rapelcho de tener un colquio íntimo con una joven que frecundaba por primeras veces la Casa. Al encerrarse juntos en una habitación, á quien no cuidó de darse en el talien recogido, ni de advertir á la muchacha no permitiera que el parroquiano le diese dinero ó gana. Mientras se hablan averiguaríamos, Beria y Simeoncito sostenían el siguiente diálogo:

—Arde Simeoncito, mira por la cerradura de la puerta de los dos cuartos del corredor de la derecha y si descubres al señorito Simeonse, haz la seña de no cobrar.

—No almanzo á ver la cara de nadie.

—Pues pregunta á la Pascualita si el señorito tiene alguna cosa.

—¡Qué le ha dicho!

—Me dice que tiene dos uneras con lentejas, el uno junto al orgote y el otro más abajo.

- Pues tira si lo ves las lurdas.
- No las veo como lente a las más grandes.
- Inbecil Mira bien.
- Ahora se les le vislo.
- Fuer haz señá.
- Y Simoncillo se gran á albar.





CAPÍTULO VIII

En el que se irá á conocer á dos amigos y discípulos
de Sánchez

Así como en *Cartas de Fray Ruzbén* y los notician sobre Fray el Bueno ser complemento de la *lira* de don Pedro Pérez, sin ende á ser el primero un retrato de su *carácter*, y una *biografía* de su *carácter* el segundo; así también para dar á conocer á *Sánchez* Sánchez, apuntaremos algo acerca de Antonio Angelats y del *hombre* de la *Lechuga*.

ANTONIO ANGELATS

En la isla de Mallorca, en la *perla* del Mediterráneo, en la *geni* i Mallorca y en el *oeste* nacido de *Sálles*, se hacen sus primeras palabras Antonio Angelats.

Como su padre, como sus tíos, como casi todos sus parientes, aprendidos las primeras letras preparándose para

embarracarse y correr truncan y luego ce factos una aherron, regresar, construir un hotelito confortable y rodearlo de naranjos.

Muchos de sus paisanos le aconsejaban y podía lograrle al igualmente, tres mallorquines que les incitantes manifestase en su país cual si descendieran son de africanos, una vez libre de la sumisión que los ensueve y cubiertos de nuevo barniz, trócense en expertos «aventureros» en otras misérrimas, navegantes, conquistadores, etíopes, espartañados y hasta bardeleros, ludren e indudios que en su país habrían pasado desapercibidos, y que probah emente se hubieran llamado a otros ensalmados, rezar mucho, leer poco, trabajar menos, chismoslear, hacer arborescencias y contemplar el cielo azul.

En un escape se en el hotelito, con una peca de reros y con muchas más ganas de ganárselos, bardenido por su madre y un la cura, y sermoneado por su abuelo que corría madro mundo, embarcándose le día que luso ocasión para las costas de África. Faltó luego a Argel, de allí a Marsella y dos años después regresó a España, estableciéndose en Madrid. Aquí conoció a Sancho Sánchez; tuvo negocios con él, se quedó aprendiendo máltimas y consejos y al año siguiente embarcándose para América. Corrió por la Argentina y el Brasil; trató con franceses, regresó y amigos, y por último se estableció en la ciudad que fundó su paisano el trolle Justo pero Serra.

En este país inscribió sus aherron en un negocio que al parecer prometía grandes resultados; pero por diversas causas le perdió todo.

Flegó a Nueva York, y sólo le quedaba un collar en el bolsillo cuando se vendió en matrimonio.

Una vez muy dichu guiado, muy rico y muy caprichoso, *firteando* tuvo un deal x y para salvar su reputación y una herencia que le toraba, debía existir casada derinto

de un mes. Las agencias de matrimonios se encargó de encontrarle un marido. A ser posible debían reunir un número determinado de condiciones, entre ellas no ser católico, tener la misma o parecida edad y buen aspecto. Además no debía conocer personalmente a su futura mujer que en el próximo momento de contraer matrimonio, podría verse reflejado en el estado del cuerpo con antelación a este de la cara.

El precio a dársele sería de ochenta a diez mil dólares; y a comisión de la agencia, del cinco al diez por ciento; el diez si reunía todas las condiciones apetecidas y no podía retratarse, el nueve si se contentaba con solo el retrato de la cara, el ocho si exigía el otro retrato, el siete según anteceder las comerciales, y el seis a cinco según otras menudencias.

Faltaban tres días para cumplir el plazo señalado y la agencia tal a tres europeos y dos japoneses con las condiciones apetecidas, pero sus exigencias no daban lugar al matrimonio diez por ciento de comisión aún sería cobrable un cinco a un seis.

Frente del domicilio de la agencia, en un restaurant cerca de donde nuestro héroe y repantando en el uso de los empleados de la oficina, acercósele, y más tarde después Antonio Argelais proporcionaba en buena lección y se apretó de diez por ciento a la Agencia de Vison, Katón y C.^{ta}


Cinco días después, Argelais era el marido de una elegante y apellada mujer, si bien el tal no entró en las condiciones de marido, porque ella no quería casarse sin antes hacer pasar al hombre que le costara diez mil dólares, amarándole con un título al ser se acercaba antes de ser millonario.

Con el dinero de su venta en matrimonio esperaba Antonio tan favorablemente, que dos años después du-

plegó el capital y cinco años más tarde llegó á ser millonario.

La *Miss*, que al principio del matrimonio despreciaba á su marido, viendo en él un especulador que daba quince y raya á muchos yanquis, llegó á amarle con pasión.





CAPÍTULO IX

El Barón de La Lechuga

El Barón de la Lechuga y de otras yerbas viejo é insulso, crédulo y fanático, donjuanesco y cazador, no tenía hijos pero en cambio tuvo un sobriño, heredero del título, futuro baroncillo, por lo cual dió sempiternas gracias á Dios porque se le había habiendo en su patria Barones de La Lechuga, cosa tan necesaria y útil en el mundo. Tenía intereses creados y se hizo conservador.

Hasta los catorce años el sobriño, futuro baroncillo, fué educado escrupulosamente por su preceptor, cura administrador, limosnero y confesor del señor barón, todo en una pieza.

Pasó luego á un colegio de Jesuitas, no comprendiendo lo que debían, á pesar de que tales religiosos no dejan de ser hombres instruidos, discretos y enseñan bien. Allí estuvo hasta los diez y ocho años, en que escapose con una modistilla, la que habitaba frente al colegio y con la cual se hacía sebas y enlabdín desde su cuarto.

Enlancee empezó á hacer habilidades de todo género llegando á ser digno de su propia heráldica en *no despreciar la ocasión* cuyo valor es el siguiente:

Añó, en el siglo XV, en Italia, hubo una princesa casada por ordenes de Estado con un hombre á quien no amaba. La tal dama tenía un paje, aventurero malloquit, berbilumplo, arriscado y cachigordo, á quien no miraba con mal ojo, y á quien hubiera dado de platos más de un noche en pos de él en el efecto. Sus miradas habían envenenado pero sus lenguas no se habían atado. Él era algo indolente y descuidado, por lo cual no se propasaba; ella era regalada y farsaca y por tanto no se entregaba. Un día estando juntos en una casa y él á la sazón de la vejez y estrechándole la mano con dulzura, se la besó con pasión; ella superiorle replicó entre un desmayo los labios, se les hizo atravesar los ojos y se hizo atravesar las cejas. Una dueña que tenía una manzana contempló la escena, encobriéndose al día siguiente con el pretexto de un poco en su linza enroscada, dándole el castigo de *no despreciar la ocasión*. Desde entonces á veces se la ha aconsejado por el paje con mimo á ella, pero con gracia y energía propia — más que de un asarato — de un joven vil, porque que ella agradezca, regala la fecluga, haría de no despreciable valer.

... por todos los vecinos y vecinas
y perros, asnos, cerdos y gallinas.

eriger y son de tan ilustres señores. Años después los Lortugas fueron grandes por la vanidad reñida de esta tal dama hubo conceder al paje alguna grandeza que en la desagravió.

Entre los muchos sucesores de primer orden he habido un buen traje, uno excelso entre muchos y media docena de hombres honorables; los demás han sido compuestos con su divina.

El futuro bordador y ex-estudiante en crisis de juventud pasó á Madrid á estudiar Diserter. Derivado de rebelión á la férrea estudiantil; 'na 'bron fueron miradas de lejos, menudearon las suspensas y empezó á hacer diabluras; frecuentó bollos y fiestas, tales-conciertos y cascos de juego; entre ellas 'a *Casa para todos*: galanías á toda clase de mujeres; sesenté caballos montárdolos y apistó perros guiando autos, por todo lo cual era burlado en las crónicas de sociedad de alguno que otro periodista, por distinguido *sportman*.

El lio deseaba que se casara á su vielerá bralle y por sí le tiraba lo de la ligadura, asegúndle que le haría llegar á obispo. El sobrino bien lo era por casarse encia á para aporcar á su lio tirando por algún tiempo el berrito pero pronto conoció el viejo barón que se trataba de un trapo fresco á lamble, y le dijo: y díjale:

—Necesitas casarte para tener un hogar, tener una familia y ser juicioso.

—Buena—

—¿Has escogido mujer?

—Tocada me—

—Pues ve si—

—¿Para qué?

—No para ti—

—Mientras me agrada y a lo en me rechace—

—Todo lo tengo preparado. Te heven que le deslino la guislaré, pues no es fea y lu le agradarán, porque además de no ser doctero, estáis rotollindo de casavera, cosa por la cual algunas mujeres sienten cierta debilidad.

—Mi buen tío está de cuerpo acoyó y al mismo tiempo te acoró te acoró.

—Deseo, pues, que cuando antes marches á Sevilla á casa de mi sobrina Fulana. Allí conocerás á su padrastro y a su familia, gente muy romperhaxa que se deslizará por

compiere. Ya le escribí hace días. Te esperan y
s: rás bien recibido. Puedes llevarle el ojal, y como allí
le javia hay pocas esteras de esa calidad que pides y
almacén. Aleria é despenarse por que se camina y
é alrepe de hombres el alma es, porque vieren escocion-
nes y no conviene la actividad de aquel distrito. El tiem-
po que no dad que a Fula la compierele entre los espe-
ros y los electores.

E haced lo era ayer, elegible, allego y de buen
humor: estaba bastante melancólico y en la última
épera. Con estas disposiciones podía ir á cualquier sitio.

Despidióse de su tío y tres unas cuantas horas ce-
caron llegó á una quinta, hermosa finca rodeada de jer-
dines y arbolado en el almenzo. Momentos después es-
trechaba la mano á una preciosa criatura.

—¿Tú debes de ser Natalia, para quien me lo han ha-
dado este carta.

—No señor; soy la esposa de Sr. López.

—Su esposa. Con que a raposa del amigo de mi tío.

El barón le quedó siempre lido, porque creía salir
de este de su finca, y se recordaba que el señor López
estuviera casado con una mujer tan joven y tan grapa,
una soberbia andaluza cual era la que con él estaba.

¿Cómo interesarse por la sobrina ante una tal
hermosa? Expresamos, sin embargo —dijo al barón
para sí.—Esta tierra es el paraíso de los jóvenes y qui-
zás se me presente la misma Verus.

La señora de López lanzó é un suspiro para se ir al
huésped.

—Mucho se alegrará de verle a usted y no digamos
de Filis.

Y al decir esto con sonrisas en los labios fijó sus oja-
ros en el barón.

—Ahí viene

En efecto: en breves días ya entrado en ellos, rectorcho, coleccionista, de música estúpida, con un círculo de circuncidencia igual a la de su panza y una Vesilmeria notipática, se acerca apresuradamente

— ¡Ah!

— ¡Oh!

— ¡Hola! ¿Con qué eres tú? Ven aquí. Dame seis circo huesos. ¿Qué tal? ¿Cómo le va?

— Bien, ¿y d' Vd.

Y siguieron esa serie forzada de cumplidos, lecherías y frases de costumbre.

Camóse á Eulalia y apareció una joven alta y llucircha que al bien no podía llamarse fea, con una ruba desera y simpáticas.

Al contemplar á ella y ámbrosos y compaciarse, temió que la naturaleza en trozo le i papales.

Flegó la comida y á la noche la cena y durante ellas el baroncillo encontraba con que los ojos de la bella, a bien por la enseñanza se mostraron prudentes, acabaron por aguantar las miradas impetuosas del huésped, y con interpretaban invariablemente, creyendo errar por lo en funciones dorjadas.

Al día siguiente fué la tarde por el señor López á una raceta y luego á dar una gachadería de forma sencilla. El baroncillo buscaba para hacer compañía á su futura y á le espasa de aquí, le fue.

Iguualmente acusaba días después al tener que ir á una casa en un coetón vecino.

A fin de no inspirar sospechas en Eulalia y en el señor López, y al mismo tiempo tener ocasión para seguir adelante á leer, hizo mil habilidades encaminadas á conseguir la de discípula en el manejo del autómata, como con el que se simpatizaba el señor López.

Pasaba á manejar el volante, la palanca, los brazos

y ceinís plezora rezearlos. Aquí un menaseo, e'í' un po-
llizo, un lizo, un beso y otras ill' grans xarinas. Lerer
la sal del apredizaje, la familiaridad suficiente con que
el tronello corría en su vida más que de grisa, agradable
y cu' cemarle con o señara de López. E'le llegó a su-
guir mucho y se cerso d' un porr porque la esposa lo-
gía harle creer que e' in siempre se resalid y se com-
fivo cerecha.

El tir regañó al abtrino pero, e'le después de pro-
metidas en un enra algi d' ajendo d' gón de su dixa, co-
mellendo ir de a' de lecharlas y dios uras.





CAPÍTULO X

De como el decir verdades y razones á quienes no las quieren oír, puede dar lugar á chinchacos y palcos

Con lija de detalles cuenta la Historia la vida política de Sánchez. Y como en ella no hay nada es harmonía, campañas dignas, puros marcos lógicos, revoluciones de arriba, de abajo, ni de ningún lado, es todo tan ordinario y conocido, tan vulgar y corriente, que ni se ha creído necesario escribir unos capítulos con ella. Porque es de saber que el diputado y futuro ministro don Sancho Sánchez, no tiene más ideal político que su modo de beneficiar personal. A él le es igual la monarquía que la república, la libertad que el absolutismo, la autocracia que la democracia. Descansa á fondo el origen del liberalismo, de los principios de la Revolución y del Derecho. No se ha tomado la molestia de estudiar nada de ello detenidamente. Posee un ligero barnz instructivo adquirido en la mezquina fuente de lectura de periódicos y a guisa que

otra reunión; se ha ensayado en la cerboidad, y al malicia, así en y regular talento sup en la demás.

Fato acalado y á pensar de 'n dicho, republiaron el molle y calce de la nueva conveniencia de Pérez.

Entre los diversos mil nes políticos en que leles no directo é indirectamente Sánchez, sétese que lord paze arí vo en la campaña política que se agló para estar á ludo con la á cierto ministerio y p rncipalmente para arliqui ar d c erlo ministro que queriendo meter en cintura á muchos imitadores de la Casa para todo a ludo enérgico en l erre de violencia.

Á uno de esos mil nes, de esesa importancia, concurren Pérez en delegación de Sánchez. Esta varregé con barronease unas cuerdas sobre ele quer cosa y las leyeta prescindiendo en ludo p rncipalmente con el objeto á preloque del milir.

Pérez contestó que veria de comp ararle mientras estuviera en le poble.

—Ardo Simeoncito, lrdeme el cordón y la larda de cuer vatos y penit tó la chagella y la gerra, que temer ce reluar en funciones elv cas—díjole á Pi lrales, y p rncipalmente después, junto con otros dependientes de la Casa se encaminaron á allá que debían hallar con su presencia.

La concejserela era rurese de, inversamente selecta, y los ardores d gros de su pñl er. Todo alio á un en c e, m seria é nel libro.

Se empezó

Un demagego se ludo que hace s grandes esfuerzos para demostrar al preloque de ser un salujo.

Otro que gestlen sta y se movio enro un ensigimero probó que se habla escapado de una casa de creles.

Ur 'nlame, temedando á otro, relitó una letaria en cito Hovrah vatos que son jóvenes debarros, ro faz el á virgo virginis y e vchsalutis, os planca stito.

Un hombre moroso edificador de «Tu Libertad» leyó algo que escribía con sencillez.

En el modo de Sánchez escuchó la lengua que solía arrastrar por los suelos de toda la Casa.

Y si bien no hallaron seguros más comedidos y prudentes que dijese algo verdadero, lógico y razonable, se tergiversaron y confundieron tan lastimosamente que éste de parecer no.

Pareció que el último le había, el que cerró el acto. De muy buen gusto al decir que nunca sospechó, burlaba el condonado su pueblo; pero luego reflexionando, pensó en darle algunas consideraciones a sus similitudes, como desvirtuaron a la verdad, a la razón y al sentido común, y que desvirtuaron lo más verdadero; creyendo además que muchos escuchaban porque le hacían orejas y aplaudían porque eran mones.

De su parecer en entresacamos los siguientes párrafos:

—Esloy conforme con lo dicho por uno de los oradores cuando se hablan de precederme. Creo en efecto que es una anomalía y estultitud el que en pleno siglo XX se muerden ejércitos forzados para luchar con fieras. Estos ejércitos deben ser voluntarios. Matar soldados con ningún beneficio material haré de repetirles lo que tan cruel es torturarlos es matarlos.

Por lo menos allí en los siglos medievales, generalmente lo conquistado se repartía entre todos los conquistadores desde el más alto al más bajo, y la esperanza de hallar prestaba servidores que muchas veces se entriquecían.

Pero ahora se rehúsan en hacer merced, se les da y miserable, principalmente para los letrados, pues la gloria militar y la heroicidad es una burla y una ironía para los que no les quieren ni les admiran. Ni siquiera la esperanza de una recompensa en la vida futura para los

dejanter que si curten las anas, desde que se ha averiguado que el malar mios no lee subir a nad e des de dios er la gñ a colegia'.

Pero lo obstatie, no comulga con su violento sentimiento: ingratitud hombre humado, cuerdo y razonable debe ser pacifista pero no antipacífico—en el sentido y alcance que se ha querido dárles—como no se puede ser antitélico, antipolítico o antistogado.

2. Atribuirea de servicii militare comenzi militare.

Yo vivo como a cualquier más y por la verdad y el bien. Y no porque deba y... a salud se me ha ocurrido odiar a los médicos.

La cancellata del articolo patriottismo verrà, per
 un ramo di linea che per a po, la clon e, le infuocida,
 e, prescòso, marca la violenza

La única condicio de quella è la guerra come el
la se resera el volome.

Phoebe prueba de año en año que le han ofrecido las tristes
sucesos—y se g'ociólos como han preferido llamarles
una de mis compañeras—ocurridos en donde y como en
sueños, de lo que no quiero acordarme.

Estas convulsiones se son muestras de progreso. En vez de mostrar lo hay que correr sino en el tray de subir de una manera sedente, a c der grandes salios, porque un salto en vano conducirá a retrocesos; imposibilidad de afemús para ser dignos representantes de la evolución.

¿Cómo preñados de tales ante otros países?

Tal refresco leve que hacerme no ha mucho, siendo
 día en que recibi una carta de un amigo, en que —acabó
 el con legeros ándes con tal cosa— me preguntaba si cuando
 en verano llegase á *Jóven Anchoza* para acortarla,
 tendría que votar a sea luna de agua variada.

Ne le contesté a pesar de rogármelo y estar fren-
guendo la requesta.

Mientras haya se volva de toda caula llena que haber el mundo. El bien é la bestia humana debe el mundo, ser una maga, providencialista, la cuerda de la libertad, é in libro que sea mientras con la otra se exprima el libro, al estirarlo la cuerda, la ciencia y la justicia suplen lo uno y lo otro.

Toda este respecto á la primera cuestión de los tres sobre las que se ha hablado, hoy, aquí, largo y tendido.

Primer punto é la segunda, la política es general por el esfuerzo tendido que hacer para desampliar, al respecto quisiera e ordenar que es una calamidad.

Todavía a cosa pública algo estande monopolizada por los partidos políticos. A medida que vayan disminuyendo esta monopolización, e ntiendo pública será más pública y menos privada, y los políticos bajarán de este pedestal desde el cual se adaptan por sus intereses.

Existe aún a herencia política en eminentísimos los que lo han sido en calamidades, excelentes los que han hecho poco de bien, y son nulidad los que se han llamado á ser grandes. La herencia política es todavía del tipo de la herencia guerrera.

Concretándose á los dos partidos turnantes cuya historia, vida y muerte se desconoce, me limito á exteriorizar una reprensión al uno me en silencio y al otro repulso. Los desastres de la guerra en muchos claman vergüenza y piden castigo político.

Los únicos partidos contra los que no puedo concebir verdaderos orgánicos no integristas y socialistas.

Los republicanos se empeñan en restar partidos en vez de sumarlos, haciendo de la forma de gobierno más racional y lógica, una edificación de la autoridad y del orden.

El mundo raro no haria la forma socialista. El progreso no es incompatible con el socialismo, y su león es

separe mientras no haya con aquéllo es decir, mientras sea razonable, digno y en el camino del enemigo del principio de autoridad.

Antes de terminar no puedo menos de hacer unas breves observaciones sobre la cuestión tercera y última: la acción.

Hijos de la raza política, pecres que la madre, son os la ses redentoras, os que explisan á los muchadumbres, los intaman que enlurbien la escasa luz del pueblo y demás predicadores de mierda.

En ninguno de ellos se trasluce amor, caridad, desinterés el sacellero.

Todo es por él, sin enclm, m sea a y lara.

Esley conforme en que debe procurarse el mayor bien á mayor número de individuos, pero no se le debe dar de una clase determinada porque otra vendría á caer y reemplazar á la reducida.

No e progreso se sólo castas sino el de toda la humanidad.

«No hay cortar levitas sin alargar chacholas».

No hay que pearse para ser más é meros fuecos sine procurar abundancia de lajaras.

No es entreteniéndose—por e cavira de progreso—con discusiones y peera y luego dar se los revoluciones por e acatlar la perdica, como se avanza efunda y fructíferamente.

No es la lucha de blancos contra negros, de blancos contra negros n de geros contra blancos le que ha re empujar con fuerza. Sino armonizade las creencias y teorías se matiendo al servicio del hombre las fuerzas que encerra la naturaleza, adelagando en los ramos científicos, disminuyendo miseries y enfermedades, descubriendo los secretos de fuerza, riqueza y abundancia que se hallan latando a mercedos en el tierra.

El mundo lucha por la existencia y por la muerte. Sólo dos caminos conducen á su salvación esta lucha siempre eterna: el cristianismo y el progreso.

El primero sirve adig á sus adeptos, es algo estrecho, no vence más que en donde reina, á pesar de que la moral cristiana es la mejor. El segundo es más ancho, tiene límites á más recusas porque no hace distinción de creencias, pudiéndose armonizar con todas.

Estos caminos no son las algaras, ni las violencias, ni el saqueo, ni la anarquía, ni el asesinato. Todas estas medidas son indiferentes por sí solas, y cuando se suman sirven por dentro son peores que la enfermedad.

Una verdadera se llama *Paz y Ciencia*.

Antes la Hister le que Pérez no pudo acabar con su ego su discurso. Tuvo que pararle, entre otras, de unas espantosas comentarios á observaciones sobre la enseñanza, con las cuales probaba con razonados argumentos que si bien en el terreno legal—una vez admitido el liberalismo—puede ó debe permitirse la enseñanza laica, es preferible—en el terreno ideal—la enseñanza religiosa.

Durante su peroración, unas veces alboros y silens; gritos, horlas y amenazas, fué con lo que le favorecieron las oyentes. Unos se limitaron á engañar y otros á insultarlo y traidor. Antes de terminar, las manifestaciones de desagrado degeneraron en escándalo, y en el preciso momento en que cerraba su discurso con las herencias por otros *Paz y Ciencia*, una botella lanzada con aviesas intenciones vino á rozarle la cabeza arrojándole con un chirrido.

Minutos después, un hombre en y celgado con la cabeza vendada con un pañuelo de verbas, agacharse en el hombro de Simencito y en el de un guardia de orden público. Pérez era conducido á la comisaría y á su domicilio.

EPÍLOGO



PROLOGO

Según declara la historia, las malandanzas siguieron á Pérez de cerco y á todos lados, y las caricias continuó la fortuna prodigando á Sancho; si bien luego se trocaron en brazos de la desgracia.

Sábase que Sánchez redondeó una fortuna de un millonaje de duros y que llegó á ministro, siéndolo durante unos meses. Una crisis echóle pronto fuera.

También colgósele una gran cruz, cosa que preferió á un título porque no desconocía que su figura y maneras no tenían aires aristocráticos.

Casó luego con mujer distinguida y elegante.

Al año de casado nació un hijo al mismo tiempo que moría la madre.

A compás de esto, debido á excesos de toda clase declaróse fuerte enfermedad. Unos médicos la calificaron de dispepsia, otros de gastralgia y cuáles de úlcera del estómago. Cayó Sánchez en la otra melancolía en

con car un pedrino que se pasó la mayor parte de su vida cumpliendo por conserje para su padre estas buenzas y de regalo, y cuando puede hacerla por su bolsillo llena con desialit por razones de salud de la misma barriga. El encuentro mejor de la quea había resultado harin indigeste para quien sólo había gastado de los que se condimentan en los sombríos logones de las clases proletarias y recinas de inesperada garbanzos m'ones, judes los martes, lentejas los miércoles y casa leña y mal aderezada los demás días.

Los guenon le dieron recetas, le prescribieron regimenes y le dieron consejos.

Para obedecer a'guen, buscó paz, tranquilidad y un buen día.

La pérdida de su repox y de la salud, la desgracia en algunos negocios y conculidades en asuntos políticos, empezaron á amargarle la existencia, y acordó que debía dar repoxo á su espíritu y á su cuerpo.

Resuelto á abandonar la Corte, fijó sus ojos por el Mediterráneo y escogiendo lugares, un negocio de ida y por Mallorca.

Hacia casa de unos años, presó esta cantidad al Barroto de la Luchaga quien le regaló una propiedad que tenía en Mallorca. A la sazón, ya veride el préstamo, debía concederse ejecutivamente, y n'tan des celos datos que fueron del grado de Sánchez, transigió en el asunto con su deude, adquiriéndole la linea.

Mejor después, en un acuerdo con hereros de palacio, granja y castillo, no lejos de los lugares que, desde Ramón III, á George Sord han sido inmorizados por la presencia de sentos, rabas y acillas, se instaló en ruinas h'enas con Sancho y el ilustre Simencón.

Pérez habla en lenguaje alarde perseguido por sus andanzas y peripecias de toda riza, incluso ser metido en la cárcel por supuesta intervención en un crimen pasional en el que no tuvo otra ni parte y ni salir curulesidad por averiguar unos tales amos de la sición, con que alentar una colección en la que — en México a del año — se trataba puntos tan interesantes como... Verdad es inconveniente de llevar a honra las mujeres en el siglo dando a decir... De cómo la pasión sexual es más intensa en los hombres que en las mujeres... De cómo el amor es más bien sentimental en las mujeres y pasional en los hombres que en el contrario... etc.

Fue celebrada luego por Sánchez en el Ministerio, del cual fué despedido al ser el ministro, é pesar de que durarle el tiempo que fué funcionario del Estado, sirvió a éste cual si se le servía de mundo.

Posto después a ser, de una manera definitiva, el secretario particular del exministro y hoy, además, es el preceptor de su hijo.

No le absorben por completo sus ocupaciones; todo lo que se presenta a su observación le analiza y analiza.

Temporero se ha casado indolente y al valterario fusar mi... dice sobre las ventajas e inconvenientes del casarse, repase su colección de curiosidades entre el amor, excluidas el arte de conocer mujeres y las cualidades que más convenga a la que debe ser su esposa; piensa sobre la posibilidad de enterarse de los secretos de los otros, si se le avarán o no empezarán al regular y tener la serpiente del siglo.

«Hagá en que quieras
siempre te quierás»

En ocasión del matrimonio de Sánchez se ser interro-

gadir sobre el por qué no se casaba, confesó le que ya era el dicho papo'ero.

—Porque la mujer que tal le a es buena la tengo que buscar, si es mo a que agualar; si es pobre que mantener; si es rica que salir; si es la que deleitar, y si es hermana que guardar.

Le *Casa para todo*, pudo con la mayor parte de sus individuos siguen en sus puestos y funciones. Se continúan expoliando miserias humanas.

Sánchez liquidó su interesencia, adquiriéndosela en partes iguales D. Blas, D. Lucas y D. Poncio, quedando así ellos entreseros y señores.

De esa mujer cuya presencia en la *Casa* era más como nada hay digno de mencionar. Han salido muerte varla y la carrera a ella propia. Esin no obstante, no la hallado excepción Pluvia, en vez de haber por la perdición de la miseria, ha sucedido en hoy Hermana de la Caridad.

Vendo de perra, cierto día, acortó a entrar en Iglesia donde se predicaban sermones de misión. Lulito que se había hecho tralle, era el predicador. Ella sintió reverdecer su amor, y su pasión llevóla hasta buscarle en el confesionario. Luisito, que antes habló a sus sentidos, juróla ahora en el corazón, avivando nueva llama de amor más puro que antes, con no ver, ya en aquel entonces, sólo livano. Tiempo después su pasión hacia un hombre, trocáse en caridad para todos.

Simeoncito está muy contento: ha vuelto a ser hortelano. En la fioca de Sánchez dirige la huerta, que es

magnifico y con agua abundante. No ha perdido su habilidad en el cultivo de frutas y verduras. Melón cido y escogido por él es de cía.

Su mecedor, además, se ha hecho pastelería para ensimbas.

Fray Buendía no ha encontrado lo que busca ni en concreto así claro de lo que busca.

Si se educamos de los impulsivos y se hacen que le la tan y con el instinto de los verdos y perlas que le saben, no vale por dudar de verse.

No la resiste a cogerte de un vivo herido de una robusta encina; se echase al mar desde un muelle para desde un delgado. No en la meta de la vida y hacerse aventurero, si en el mar entre cueros parados de la cráter mundo, si se le place de salir de de cerca de la manada de Epicuro, si se le sobre un Pérez de de verdet feja un Sánchez.

Queda a muchas mujeres y no ama a ninguna con pasión. Esto no obstante, se interesa por algunas, ligadas de entre el agua a quien lleva la del Via Crucis, por cierta aventura.

Fray el Bueno, para reponer su quebrantada salud e errando de verdadero héroe, fue movido por sí a por una a su nativa paz.

Vuelto a Mallorca y sabiendo que se hallaba en la isla don Pedro Pérez fue a visitarlo.

Sánchez convalecía a pasar una temporada en su patria y al guiso se aceptó.

Mientras en pesaos y contrariedades espasmo y con las sumamente el alma, de caracoles a Sánchez y

consejos á Pérez y enseña la doctrina á Sánchez, al fur de aquí. Los dos le sirven formalmente la misa, la cual no es de extrañar porque Sánchez ya que bastante bien de malo procura hacer algo de bien. A pesar de que siempre le da de caldillo sus artes no hablan nada en mucho de tal, á pesar el más vez alguna cosa entera y con devoción, y practica algún acto de caridad.

Pérez sin alardear de caliche como—pues tenía, debido á su racionalismo, no morcer de una manera compela al látigo de la—las veces que frecuentaba la Iglesia al eclesiástico y respete eran d'gras de imbecil, y sus artes llorar gente mala los de hombre que lleva un corazón helado como el hielo.

Es más: casi siempre fué víctima y en verosun. De sus habiles nunca hallaron peligros de carne de cura á de la e, cosa que el calillo Sánchez por motivos políticos pidió más de una vez.



Antoine Angéles á algún en América especulan. Es-
tablece á ser un de las repúblicas sud-americanas, ad-
cuer á él bajo precio unas tierras en los que se han des-
rubierdo unas minas. Hay un millonario y un rico m-
nido dos veces.

Cuando joven á él la ambición de dinero, pero no
soñó en llegar á un orario. Si tal caso ocurría pensó en
en almorzar el día por ser otro, sino en invertirlo en
otras empresas. Regresaría á su país, vería una can-
tina respetable y e resó á enfrentar lo delicado á re-
gocia que el por tuirona diera explender á su pue-
to patria. Sino en línea de vapores que en el aire á
cienas líneas salvaran el charco en ferrocarriles con-
taba es que rodearan toda la isla, ad evadara sus enu-

riendo con los principales puertos del Mediterráneo con-
viviendo á Mallorca en una de las salientes principales;
en un grandioso monumento á Ramón de la Cruz, la puerta del
Mader de la Catedral, en extrema de estar á espaldas
la cupa paldos: liasan besa los en homenaje por las
nadas; y además también en otras muchas que, siendo loc-
libes, sus personas no se alzan al de mucho en las izas.

Pero Antonio Angerito tomó gusto en su y grabó por
embatracoras de millenas. Además, allí es muy re-
pote la simula y leido. Se hace justicia y su infeli-
gencia. No ignora que es su país — como el otro con a go-
do razón un distinguido escritor palero suyo — está en
boga la ca ilicario de leora con que se muchedumbres
suplen lauterer al talento.

Tiene presente también que, debido á su seguridad
apellida, ha la ca en le mola en millenas el tamaño
de su nariz: en la intransigencia que examina en
grado mericópico el poder de su nariz y de su
lilas, porque todaví las hay que sostienen que el ser
crisilino está en la creencia más que en las obras y
que la necesidad antes que serlo es el parecerlo.

Ahora, sería la sobre un millón de oro y en estado de
crisilaciones ha costado á nostalgia que algún tem-
po alfin por su patria china, y recordando á veces cosas
desagradables haré con los brazos algunos gestos expre-
sivos de desprecio y los manito á sus primarios.

El Barroco de la Lechuga, después de mil perpe-
ras y aventuras de todo género ha quedado hecho un
merabio.

Si bien sus actos han sido dignos de su divisa, ha
despreciado las ocasiones de hacer algo de verdadero

provecña y sólo ha estado en las curules algún bien le reportaban. «No ha aprovechado a nadie» para nada más. Ni siquiera elندی indio negro que en momentos de sinceridad hizo Sánchez, del cual fue mal discípulo.

Quenes han aprovechado en ocasiones han sido amigos cercanos, presuntos y amigos.

Después de enagenadas todas sus propiedades de Andorra tuvo que entregar a Sánchez la curul en Mallorca, última que le quedaba.

El nuevo dueño, compadecido de su mala suerte por expropiación de su hijo mayor, aléxico en la curul, le ha pasado una pequeña pena de muerte.

Después de hacer un último viaje médico de generosidad, tuvo la debilidad de chillarse de una muchacha, hoy en posesión, antes su querida, a quien además de estar tan peada como él, le rogaba el chiquillo encanado. El hombre se consuela porque no duda que seguirá conservándose en el mundo. Rerorax de La Leche.

Además, todavía guarda tener para toda la vida de empresas doradas. He pasado unos meses en Mallorca y al fin que los leonenses no tienen nada que envidiar a los más exóticos del mundo y le prueba con toda clase de detalles.



En la actualidad, a nuestros dos héroes se les desliza la vida de manera muy distinta de la que ellos se venían. Alternan entre la pobreza y la tranquilidad, la periferia brava y el suave ambiente, el troteo del cuerpo y del espíritu.

Sánchez había buscado la felicidad, que para él consistía en la obtención del mayor número de gustos y el

meant de malesas. El cuerpo de su vida n había recu-
lido á aumentar e peen y disminuía el dolor.

Su egotismo sensual era imarable; en cada época so-
listecto encontraba nuevas semillas de imágenes ex genas.

En cambio en la actividad, desde que la desgracia
le volvió á su vida, su conciencia le empujó á sentir
toda clase de purgación. Ha hecho balance escrupuloso
de los placeres y dolores, de los bienes y de los males
de su vida y de su conciencia ha congeñado los ne-
cesarios de placer y pena con los que engendran dolor y
amargura. Ha pasado por el tamiz de la razón toda la
memoria que pasa al servicio de su egoísmo y al servicio
de la vida. Principalmente en sueños se rinde, en forma de
pesadilla, se traduce al intranquilidad: veces veces se le
presenta el recuerdo de la manera indigna como se le
concedió la gran cruz; un diablillo le canturrea al oído:

«En tiempo de las bárbaras naciones
de una cruz se colgaba á los ladrones, etc.»

En altas ocasiones acosa victimas en la Casa para
inda en intima diversión quieren le persiguen. Sus encu-
paciones en vislér monstruos le atormentan todo el
cuerpo; su interés en las guerras coloniales y su
celo patriótico le depone una pedrada de cráneos que
le machacan el ojo.

Pocos duermes más largu n y sus desvelos son ce-
dos en á pluchas de la enclerela una á esperu ncle-
nas del deseo de saber, pues hoy que tener prouta que,
si bien prouta elatere y hals de b'ontías, cuando al-
gún lardmann le depare exultón, ya n emprende otras ve-
ces en los aletos y as cosas.

Suelto, al á ocer que persigue á una gultera, á un
fallecon, á una d'ran que se llama Veedad, que n que-
rerla abrazar se escurre; apatenciend en cambio, des

nifas, menos talas y rubas, ci las hermanas, pero que en unariciblem' se llamen Paz y Ciencia

Todavía en las celiclas de su cerebro se acuerder deos de escupiclamn, deb'de más bier á su religiosu y temperamto que á su enrazón, ptes en 'os piegues de éste, nunca se ha encerrado más que amor, paz y caridad.

Perce contempla la natura, libe sus glarideces y armonías y serena su espíritu. Ve á parras, permutaciendo á veces hojas enteras, reña en ristre; cuida de cerdos y galinas, en acirra bichos, raras y plantas no comunes, estores rajas de melón de los que fuele Simeoncito; enseña á de alrear á Sancho, y dos días por semana—ya que no br la en a guna edletra como pudo—hace parte á d'os obichos de las granas vecinas. Da largos paseos y en sus excursiones contempla o indio, o halo, lo artístico y lo sublimo, balidándolo ya en Miramar, Sa Coma, Razo y Luch, ya en Polansa, Randa, y Cuevas de Arla á de Marguer.

Sánchez hace a propo á poverido. Si bien no espe-cila entre los elegtes y as causas, refexiona entre a brevedad de as goces y placeres de la vida, entre las miserias humanas, la ingreza de la currenla política y la ingratitud de la falsa amistad.

Su orgullo, que fúe grande por haber llegado á ligurón prillón, ha tenido que estumarse como vajiga birchada de alre. Recuerda que recibid atencurida por parte de sus boregnos y súbitos, que se le llamó y meió con todas las grandezas que acumula la adulación, y sebe hoy, que nadie se acuerca de é y que sólo la siron ur po'llen m'ia.

Al recordar su pasado, su vida, su revolución, su fregia, su empresa y sus acios laidos y rrimparables con lo que representa a gñ de grande, él, que creyó ser n'cocho, se ve languido.

Y así, hace poco ha dicho á Pérez en cierto comentario Las muecas y mordiseras de un Voltaire á las burlas de un Cervantes, las elucubraciones de un Newton á un Galileo, las empresas de un San Ignacio de Loyola á un San Vicente de Paul, las innovaciones de un Pasteur á de un Edison, etc., etc., en sus verdaderas relaciones, extremos gloriosos y convulsiones, que se traducen en Amor, Paz, Ciencia y Progreso. Son combates de Aguilas y leones, á cuyo lado es peles de la rastrea y ha a política ser luras de pieles y ladras.

Por último, Pérez dice y Sánchez suele repetir: debemos distraernos.

Y añade Simeoncillo: «Pero es preciso que reinventemos nuestra suerte».

Aquí el autor, cansado de meter la pata, cede, dando por terminado el cuento, que pudo ser más largo, rompedor y hermoso y menos descarnado, crudo y requilón, tal como fué concebido y no como ha sido atrilado, para no har la lado quienes—tal vez con mala intención—no se han de ado sacre con tranquilidad, y porque el autor—á pesar de ser un pobre hombre—puede repetir aquí a queja y consideración. El ser ego el lugar apacible.

FIN

BUSCAPIÉ



Epigrama de Ausoncio que hace Mosén Verdaguerr
al libro de José Singain

En talismo lector por cálculos bien probados de un
sábdo estadista, está demostrado, que desde la invención
de los relativos, surgen entre las de la tierra, como
obra de erección, más se dan libros por millón
llen más los periódicos, revistas, folios, memorias y
tratos sur las en las cuales las pasiones humanas se des-
fogan; y, como quiera que por tales leyes no conocidas,
se de día en un hemisferio suena en de noche en el otro
esa gran actividad no se halla jamás interrumpida. Pues
bien, de esa gran pirámide de libros y papeles donde los
hombres nos meamos de cabeza como tiburones dentro de
un queso, y, amantísimo lector, he sacado ese que tu
sin duda acabas de leer devotísimamente. Y he pensado
enseguida (pero cuál será ese que en los tiempos que
corremos, de ma año y mal pecado, se afreue á escribir
con letra tan menuda un libro tan largo? Pero se ha di-

a palo mi estrafalaria al ser en la postal la cosa que a don Quijote le interesa.

Don Quijote es indudable que en la por el mundo, lo dex le sabe más el buen le delgo manchego al bien morir en paz, sossegado el ánimo serlado la cabeza, abominando de los antiguos rodeos y artificios y no andanzas; al morir como sue en morir nuestros vulgares camueros; es indudable que una vez volviendo y ir de carcomida de guano en ilustre en cuerpo, sentir la e frío y la esteche de la tumba que guardaba sus huesos, la inquietud de sus empresas y agitando su mundo cabeza, veria la lanura de la Mancha, e acción simple, el en alegre, la vida buena y el pobre Alonso Quijano el Bueno, más loco y más enleco que nunca, sin esperar, sin adarps y sin y en en Recarte y al Sancho, volví a ser Don Quijote sobre el mundo y sobre la vida. Donde estás oh puma archidona, África y arena del buen C de Hamlet Ben Fage; donde estás para narrar esa deliriosa selica, esa inmortal se ide, esa catafena del esfero del brax? Calando del mero donde le dejó la diosa narte se ha streuido a tocarla. Pero si la charade colgada ritar puma empelláronse en narrar, volví a menos sabiamente; de nuevo la i ena, la pex la oíra, la haxia del mpendar e Don Quijote que más y amando que nunca corre de una a otra continente, de uno a otro poín y con según nre afirma Singala de uno a otro mije. Pero, pobre Don Quijote, a pluma de Manalva se sacudió la hucana más de una vez en aquellas capítulas nadas (según afirma el autor) a Ben Fage; donde mas capítulas en uerced, y que sólo se comprende se a nidaden a Ben Fage; para honra y pro y levantamiento del que frón drapón la fe laisima idea de cernar es. Clira devollu

[1] Capítulas que se le da a don Quijote en Manalva.

ma pluma, tron h delgo, de las bezañas fué la runca
bixante loreda, a murca bastante recortada y reverser-
clada; le salia la discreta y la realista de aquélla maniere,
rapón del buer decir, cordad de las etras y honra de
su palia, que sé (and Navarr y Ledeama (1), de rlyc
l tron es escusado hab ar que otras plumes mejores y más
sñtas que la mia hic eron ya su xerorido elogio. Calles
después en mures académicas, esa ha sido de más grande
relevencia y cómo le do cer de ma parade, mo de,
rcla, desferlin y ra de nline con una de vier, el aque-
line ma dillema endeminh ados de yangñoxes, desirni-
llar la hñ la persona, como no lo sñs, librlina, arli-
cuna no memóles, y arclea ores que seria mal pecado re-
ereder, y a enre lu lila le entersonen ce nbur hñ un
estmule de papeles. Y uhers ruelin h delgo, cambrán
e rrebr y a persona, se ros presen de mde er
libre lileédico de end Singa a ¿Queda en ma parade,
queda irile, queda moier? No muy sñre rera celo
re arzet de buer caballero, pues según cer, en fa predi-
do gñs, de la paz que dexara en casa de xñu huésgñ
el Bachiller Singa; que al en fa bñico curz, bñtere,
ama y arbrñs, cñplestro a echas toda nra biblioteca
de Anedies, Esplandianés y Tñtlos Redcñdes por el
te xñ de la veridara, la hebido el ments nra Alldidoro
mo xñ para la paz, solegie, reflexión y estidie neces-
ros er don Quijot para dñdar al ya nñ brade Bachiller
la dñ nra versión de sus malardarzas, Terr a pesar de
lco y para bñdar os humores y provecho de su añre
la hñteris ha sido compuesta, reñexnada d impreta y
sñe duda será nñda y alabada enuch merera

(1) La vida del Ingenioso hñdo de Miguel de Cervantes Escudñ
per P. Nñsñte Lñsññs.

II

Allí en el extremo de la yerma llanura cubierta de rastrojo, unas molinos diseminados, terrosos, hacían girar sus aspas; algún arbolillo enfermizo pasaba, de cuando en cuando, ante la ventanilla del coche y muy lejos donde el páramo decado de la tierra se confundía con el ná-bano azul del cielo, un campanario asomaba su punta sobre el rastrojo, como el vigia solitario de una aldea ausente en el horizonte. Alguno que otro hombre mercurio y enleco fumaba sentado al borde del camino, vigilando las cabras, una carreta de bueyes pasaba lenta; una esquifa temblaba de lo lejos y las ráfagas de aire, traían algunas veces los rones indecisos y apagados de las campanas lejanas que volteaban allá en el campanario medio hundido en el horizonte. El sol, ya decadente, hería los ojos y alargaba de una manera grotesca las sombras de las paredes y de las piedras, de los árboles solitarios y de los hierbajos; de las cabras que triscaban por el páramo, del zagal inmóvil que fumaba sentado al borde del camino.

Los molinos volteaban acercándose lentamente; el campanario iba subiendo en el horizonte; algunos lecheros roñosos y zigueños centenarios que espejaban el sol de la tarde aparecían también a su lado; la aldea surgía lentamente y sus campanas se oían más distintas, más crujolinas, más alegres bajo la calma del cielo.

En la quietud crepuscular el filósofo José Slogala lle-

gaba á n' d'elo, y echáronla que se iba de la escuela armaban gran alboroto y se echaban sobre él por vía de la corrección, un perro desahuciado ladraba luego desganado; al pavor de tanto ruido galinas con picoreaban entre los pajaros de una higuera fugaron asustadas y, en marfilones de la ventía abrió la portezuela del coche y dijo amablemente: ¡Dina! no guarde...

En la puerta de la venta una carretera accuerría en el momento de salir; galas de una hora de viaje; un galán cantaba una copla. En el pellejo, una breva roja, entre una abolladura de polvo fúlgido colaba salado; como ho- blón pelado por Aldemir Lorenza, por otra naruga Dircio de Tebano, fingió la salud amablemente que eludía el nombre.

Estaba en pena Mancha

En el alele ya oscuro resurgía alguna niña solista, perdía; las confesiones empezaban á parpadear linceas. Las ventosas de la glorieta amarilleaban como pupi- las serenas, linceas; el compaseo jaúdico en los coros desunidos ante el viento algún sereno trataba y el lare de la cueva alumbraba un día. Se cerraban las puertas y ventanas lentamente, pues en aquel pueblo de riberas y párlagos acostumbra a buena gente, á moralizar y levantarse como los pájaros; y sólo las ven- tanas humilladas de oventu pleraban tres cuadros, los de luz amarilla sobre el empedrado desigual del patio en cuyo espacio iluminado destacaban las sombras negras que penicilaban como pelichas azules del Cacique, del Médico y del Maestro que velados tras de las ventanas disculgan sobre los presupuestos, las elecciones la construcción de carreteras la formación de un ejército in- mense de una escuadra formidable, la expulsión de los ingleses de Gibraltar; el dominio de Marruecos; procla- mando á grandes gritos sus utopías e ideologías, ante

algunas labriegas encerradas de sus ideas; mientras dentro de mostrador una moza regordeta y enroscada, con los brazos cruzados, imploraba silenciosa a las casaca desgarbados y verdosos. Los grandes lámparas de petróleo gemían vagamente. Las mujeres pintadas en los arcos de papa de tomar, pegados a la pared blanca, se reflejaban en la penumbra, sobre los cuadros de crema; la guitarra caía y el reloj de caja que al fondo seguía, hacía brillar el péndulo en latido brusco. De pronto se oyó un gran ruido; un libro grande, desmenujado, cayó al suelo en medio de la sala, pudo haber sido lanzado desde arriba de la escalera que conduce al primer piso y desde el libro un fido por larguísimo y luego hizo un brusco salto en la sala.

— ¡Maldito! exclamó el bidalgo, y cuando dijo otra vez! — y con un gran desprecio tirarlo en los ojos plantó el libro. Todas las miradas se volvieron y en ese punto José Singala entró en la sala. Al ver la descomulgada el bidalgo se asustó y se hizo a un lado y José Singala se acercó al libro y lo abrió y dijo: «Crítica de la novela pura—Kafka. Men el bidalgo y se volvió. Y de esa manera se encontró Pedro Pérez con su cronista José Singala que iba a leerle *Lección de la novela pura* de José Singala, con estas páginas históricas, que a la vez que parecen algo erudito se debe considerar que sólo una lección en forma de la vida andante y la vida gloriosa de los personajes que en la vida la novela y la prosa, la historia y la novela andante y la novela y que si hay cosas interesantes, porque a fin de cuentas con que comenzar. Y ahora, dando lectura, añade al todo lo que en tu magia se le ocurra, que creen que yo, por mi parte, ya he dicho bastante.

LAUS DEO

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

(Introducción)

Cap. I.—De la llegada al mismo mundo de Don Quijote de la Mancha y de su escudero	7
Cap. II.—Don Quijote y Sancho entran en el Océano	12
Cap. III.—De la causa que del Océano surgió Don Quijote y de otros incidentes	17
Cap. IV.—De lo que verá el lector	22
Cap. V.—Del principio de la Historia de don Quijote	24
Cap. VI.—Primer Medo de los asustados	27
Cap. VII.—De la causa que termina la Primera Meda de los asustados	32
Cap. VIII.—Primer Medo de los asustados	41
Cap. IX.—La Campaña de la Paz	47
Cap. X.—Edad contemporánea de los asustados	50

LIBRO SEGUNDO

Cap. I.—De el que se empieza las aventuras de Don Pedro Pérez y Sancho Sánchez	52
Cap. II.—De cómo Don Pedro Pérez y Sancho Sánchez fueron a ver al conde	65
Cap. III.—De la causa que surgió el lector	68
Cap. IV.—Del cuento que oyó Don Pedro Pérez	76
Cap. V.—Por un piezo	84
Cap. VI.—Del nuevo domicilio de ciertos héroes	87
Cap. VII.—De cómo Sancho Sánchez fue amigo del Estero	95
Cap. VIII.—De algunos casos desagradables que ocurrieron a Pérez	98

LIBRO TERCERO

Cap. I—De algunas cosas interesantes	105
Cap. II—En el que se principian las Memorias de varias de Fray Juan de	108
Cap. III—En el que se continúan las Cartas	139
Cap. IV—En el que se continúan las Cartas	140
Cap. V—En donde se continúan de Fray el Rector	104

LIBRO CUARTO

Cap. I—Una Carta puse toda	177
Cap. II—En el que se continúan las Cartas	180
Cap. III—En el que se continúan las Cartas	184
Cap. IV—En el que se continúan las Cartas	180
Cap. V—En el que se continúan las Cartas	185
Cap. VI—En el que se continúan las Cartas	189
Cap. VII—De otras cosas interesantes	202
Cap. VIII—En el que se da el nombre a los amigos y discipulos de Sánchez	207
Cap. IX—El Retiro de la Lectura	210
Cap. X—De como el decir varaciones y raciones a quin- taes en la quinquena, pueda dar lugar a chistes y y pelos	216
Epilogo	220
Principio	234

